

Mónica Maier

Un latido tuyo

Incluso un corazón roto puede seguir latiendo



Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, noviembre 2017

© 2017 Mónica Maier

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Paula](#)

[Capítulo 2](#)

[Paula](#)

[Capítulo 3](#)

[Paula](#)

[Capítulo 4](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 5](#)

[Paula](#)

[Capítulo 6](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 7](#)

[Paula](#)

[Capítulo 8](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 9](#)

[Paula](#)

[Capítulo 11](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 12](#)

[Paula](#)

Capítulo 13

Aitor

Capítulo 14

Paula

Capítulo 15

Aitor

Capítulo 16

Paula

Capítulo 17

Aitor

Capítulo 18

Paula

Capítulo 19

Aitor

Capítulo 20

Paula

Capítulo 21

Aitor

Capítulo 22

Paula

Capítulo 23

Aitor

Capítulo 24

Paula

Capítulo 25

Aitor

Capítulo 26

Paula

Capítulo 27

Aitor

Capítulo 28

Paula

Capítulo 29

Aitor

Capítulo 30

Paula

Capítulo 31

Aitor

Capítulo 32

Paula

Capítulo 33

Aitor

Capítulo 34

Paula

Capítulo 35

Aitor

Capítulo 36

Paula

Capítulo 37

Paula

Capítulo 38

Aitor

Capítulo 39

Paula

Capítulo 40

Paula

Capítulo 41

Paula

Capítulo 42

Paula

Capítulo 43

Aitor

Capítulo 44

Paula

Epílogo

Aitor

Agradecimientos

A todos los que, por cada razón para llorar,
encuentran siempre otra para sonreír.

Vive, joder. Vive.
Y si algo no te gusta, cámbialo.
Y si algo te da miedo, supéralo.
Y si algo te enamora, agárralo.

Patricia Benito
Primero de Poeta

Capítulo 1

Paula

Enero. Comienza un nuevo año. Esta época siempre supone un punto de inflexión, el inicio simbólico de una nueva etapa llena de propósitos, que la mayoría de las veces se van diluyendo al mismo tiempo que vamos dejando días atrás según el año va transcurriendo. Yo solía formar parte de ese grupo que comienza el día uno de enero con una lista interminable de objetivos por cumplir en la mano. Bien, este año la lista solo contiene un proyecto: vivir sacando lo mejor que cada nuevo amanecer me ofrezca. Algunos días me cuesta más, los recuerdos aparecen y hacen asomar la cabeza a antiguos miedos que se entrelazan con otros más nuevos, pero en conjunto parece que lo voy consiguiendo.

Me ajusto la bufanda al cuello para protegerme del abrazo helado del viento, mientras camino con paso rápido por las calles más céntricas de Madrid. La Navidad casi ha acabado, solo queda la recta final. La decoración propia de la época todavía engalana las calles y en estos días previos a la celebración de Reyes el ambiente festivo y la rutina diaria de la ciudad se mezclan en un caprichoso equilibrio.

Siempre me han gustado estas fiestas; el ajetreo, las compras, los rostros felices. De hecho, uno de mis recuerdos más queridos lo constituye el de las mañanas de Reyes de mi infancia. Me despertaba la primera, cuando la casa aún se encontraba sumida en la calma de la noche y el sol apenas había hecho su aparición por el horizonte. Si cierro los ojos todavía puedo percibir la sensación del frío en mis pies, mientras recorría descalza, con el corazón latiendo acelerado, la distancia que me separaba de la habitación de mi hermano; porque la ilusión se multiplicaba si al descubrir los regalos su mano aferraba la mía. Esa ilusión por descubrir sigue viva y aumenta con cada nuevo recuerdo que creo y atesoro.

Distingo el cartel de la cafetería donde he quedado con Alicia y acelero el paso deseando entrar en su cálido refugio. No hemos tenido un inicio de estación demasiado frío, sin embargo, los últimos días un viento polar nos ha

sorprendido desplomando los termómetros. Suerte del sol que rara vez nos abandona por demasiado tiempo y que consigue suavizar la gélida sensación térmica.

Empujo la puerta y me detengo en la entrada, mientras mis ojos se mueven por la abarrotada sala hasta dar con la inconfundible melena rubia de mi prima. Esbozo una sonrisa y me voy deshaciendo de la bufanda y los guantes a medida que me acerco a su mesa.

—Hola. —Da un respingo al escuchar mi voz junto a su oído. Me rio y le doy un beso en la mejilla.

—Hola. ¿No sabes que es malo sobresaltar a una mujer en mi estado? —me recrimina con una sonrisa mientras tomo asiento frente a ella.

Pongo los ojos en blanco y acomodo el abrigo y el bolso en el respaldo de mi silla.

—Tampoco creo que sea bueno para tu estado —recalco las palabras—, comerte tres tortitas con nata y chocolate, y un batido.

Se encoge de hombros y se lleva un trozo de esponjosa masa a la boca. Contemplo cómo deja caer los párpados y suspira con una expresión de puro placer, mientras saborea el dulce.

—No sé con qué las han cocinado, pero creo que yo quiero tres platos.

—No seas boba.

—Tú no te has visto la cara.

—Es esta pequeña renacuaja —dice apoyando la palma abierta con suavidad sobre su abdomen que comienza a curvarse—, que tiene hambre a todas horas y le encanta el dulce.

—¿Esta? —pregunto con una sonrisa.

—Sí, va a ser una niña —afirma antes de llevarse la pajita a los labios y dar un trago enorme al batido.

—Cielo, no es por quitarte la ilusión, al fin y al cabo, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que estés en lo cierto, pero ¿no sería mejor esperar a que te lo confirme el médico antes de que lo des por sentado?

—Es una niña, lo sé. Ya lo verás. Y hablando de médicos, recuerda que el martes tienes que acompañarme a revisión.

La miro y aprieto los labios.

—No lo digas.

—Aunque no lo quieras escuchar sabes que tengo razón. Ese bebé tiene un padre y deberías contar con él. Respeto, y bien sabes que no entiendo, que no quieras tener una relación con Sebastián, pero va a formar parte de tu vida, así que más te vale que vayas pensando en la forma de hacerle un hueco.

Cruza los brazos en un gesto inconsciente de protección. Cada vez que Sebastián salta a la palestra se cierra en banda. En el fondo, pienso que solo se encuentra asustada y necesita algo de tiempo para encajar las piezas o, al menos, eso espero. Decido cambiar de tema y relajar la tensión que se ha creado.

—¿Lista para ir de compras? —La artimaña funciona y una sonrisa enorme aparece en el rostro de mi prima.

Tres horas después me dejo caer en el sofá del salón agotada, pero feliz. Suelto la multitud de bolsas que sostengo en las manos y que resbalan hasta quedar apoyadas en el suelo de cualquier manera. La tarde ha resultado de lo más fructífera y he conseguido comprar todos los regalos para el día de Reyes. Solo ha habido un momento extraño, quizá esa no sea la palabra, nostálgico lo definiría mejor. No he podido evitar acordarme de Víctor al pasar por la sección de electrónica de unos grandes almacenes; cualquiera de los *gadgets* que llenaban las estanterías le hubiera encantado. Se me ha hecho raro que este año él no forme parte de mi lista de personas a las que hacer un regalo. En realidad, estas últimas semanas le he tenido muy presente. La Navidad es una dama de dos caras y cuando has perdido a alguien la añoranza también forma parte del paquete. Supongo que lo que siento resulta perfectamente normal. No duele, solo es una opresión en el centro del pecho que llega sin avisar con pequeños detalles que atraen recuerdos felices a mi mente. No dudo de la decisión que tomamos, pero eso no impide que me apene cómo han resultado las cosas. Nos despedimos sintiéndonos dos extraños y los días en los que formábamos un «todo» se me antojan un sueño lejano, a pesar de que solo han transcurrido unos pocos meses. Resulta curioso cómo a quien creemos conocer se puede volver un extraño en tan solo un segundo y que podamos sentir una conexión casi inmediata tras una breve

conversación con un desconocido.

Retengo el aire y luego lo suelto muy despacio, a la vez que el puño que oprime mi corazón va aflojando su agarre. Sus ojos, su rostro, se abren paso desde mi memoria. Aitor. Bloqueo la oleada de sensaciones que provoca su recuerdo. No lo logro del todo y vuelvo por un instante a aquella playa desierta. Y me parece sentir de nuevo el tacto de sus manos sobre mi piel, sus labios besando los míos, su sabor, su olor. Suspiro y los dejo ir. Forman parte de una ilusión, de la memoria de algo bonito que nunca tuvo la oportunidad de ser nada más que eso. En las últimas semanas su recuerdo también se empeña en aparecer más de lo que me gustaría. Ya digo que estas fechas me ponen muy emocional y el caos de sentimientos de los meses anteriores a veces revive con pequeños destellos.

Me levanto y recojo las bolsas esparcidas a mis pies, no es momento de dejarse llevar por la melancolía. Estoy bien, todo va bien. Lo repito como una especie de mantra, mientras coloco los regalos en el armario de mi habitación y me cambio la ropa por algo más cómodo para estar en casa. Luego me dirijo a la cocina, abro el frigorífico y observo con desgana su contenido. No me apetece cocinar, así que saco lo necesario para hacer un sándwich vegetal que termino comiendo frente al televisor. Veo unos cuantos capítulos de Poldark y cuando los bostezos comienzan a encadenarse unos con otros decido que ha llegado el momento de irme a la cama. Apago la televisión y las luces del salón, y paso rápido por el cuarto de baño para lavarme los dientes y ponerme el pijama. El silencio me envuelve cuando me deslizo bajo las sábanas. El frío de la tela traspasa el suave algodón del pantalón hasta erizarme la piel. Me quedo muy quieta con la vista fija en el techo, mientras mi calor corporal se va extendiendo. Ningún sonido sobre mi cabeza. Solo un piso vacío. Hoy me cuesta deshacerme de su recuerdo que revolotea inquieto queriendo hacerse fuerte. Me pregunto si estará bien. Si piensa regresar. Preguntas y más preguntas para las que no tengo respuesta. Agotada, termino durmiéndome con su imagen flotando a mi alrededor.

Capítulo 2

Paula

Me despierto desorientada con el eco del timbre resonando en mis oídos. Me incorporo y lo escucho de nuevo. Una pulsación larga, seguida de otras dos más cortas.

—Ya voy, ya voy —murmuro retirando la ropa de cama y posando los pies descalzos en el suelo.

Avanzo por el pasillo, mientras recojo mi cabello en un moño desordenado a la altura de la nuca. Al abrir la puerta el rostro sonriente de mi hermano me da los buenos días.

—Bonito pijama —dice, examinando con curiosidad los perritos con lazos rojos al cuello que se reparten por mi pecho.

Saco la lengua y de camino a la cocina le dejo ver el estampado que también adorna mi espalda.

—¿No tienes que trabajar? —pregunto, conteniendo un bostezo a la vez que pulso el botón de encendido de la cafetera.

—Es domingo, ya he acabado por hoy. —Se apoya contra la encimera y me mira burlón—. Son las doce, Bella Durmiente.

Abro el armario donde guardo las tazas y se las señalo. Mi hermano hace un gesto declinando el ofrecimiento, así que cojo una para mí y vuelvo a cerrar.

Sirvo el café, le añado un chorro de leche y me siento frente a la mesa. Apoyo los codos sobre el tablero de madera y sostengo la taza con las dos manos.

—Pareces agotada. ¿Te encuentras bien? —Se acerca y se sienta a mi lado.

—Sí, es solo que no descanso como debería.

Las pesadillas hace semanas que me están dando una tregua, quizá tenga que ver con el hecho de que me siento más dueña de mi vida, sin embargo, aunque ya no me despierto temblando en medio de la noche tampoco consigo que mi sueño sea reparador.

—Puede que debieras consultárselo a tu médico. —Una arruga de preocupación se dibuja en su frente.

—O puede que debieras regalarme unas vacaciones en el Caribe. Estoy bien. —Me inclino y le beso en la mejilla—. Me doy una ducha y nos vamos. Ya sabes cómo se pone mamá si llegamos tarde.

Cada casa tiene un olor que le es propio y el de la de mis padres mi cerebro lo identifica como hogar, en la acepción más familiar de la palabra. Me huele a niñez, amor, felicidad. A juegos sobre la alfombra y películas de sábado tumbada en el sofá con las piernas apoyadas sobre los muslos de mi padre. A chocolate caliente y lluvia otoñal. Siempre que traspaso el umbral una sensación cálida se extiende por mi pecho.

—¡Ya hemos llegado!

La voz de Jaime se eleva sobre el sonido del televisor cuando entramos en el salón. Mi padre hace un gesto descuidado con la mano sin levantar la vista del periódico. Me acerco y dejo un beso suave en su mejilla.

—Hola, princesa.

—Hola, papá.

—¿Has tenido una buena semana?

—Eso creo.

Esboza una sonrisa, me palmea la mano y devuelve la atención al estado del mundo.

Me cruzo con Jaime en la puerta de la cocina. Sostiene una cerveza en la mano. Al pasar por su lado me guiña un ojo.

—Parece que hoy estamos de muy buen humor.

Le sonrío y me adentro en la estancia en la que se mezclan los diversos aromas de los platos que se están cocinando y que consiguen provocar un rugido en mi estómago.

—Hola.

Mi madre se encuentra de pie frente a la vitrocerámica repartiendo su atención entre varias cacerolas. Apoya el cucharón que sostiene en la mano sobre un plato y tras secarse las manos en un trapo que cuelga de la cintura del delantal se da la vuelta.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá.

Me envuelve entre sus brazos y me besa. Me dejo hacer un poco sorprendida. No es que mi madre no sea cariñosa, pero nos hemos visto hace apenas tres días.

—¿Has adelgazado? —Me acaricia los brazos y me mira con ese brillo de preocupación en sus ojos que me resulta tan familiar.

Sonrío. Si cada vez que me hace esa pregunta fuese verdad ya habría desaparecido.

—No, que yo sepa. —Tomo una aceituna de uno de los platos de aperitivo que hay colocados sobre la mesa y noto su mirada reprobatoria.

—Espera a que estemos todos sentados, Paula —me regaña con cariño y se gira para retirar una de las cacerolas.

Extiendo la mano para coger otra aceituna.

—Paula...

Me la meto en la boca y salgo corriendo como si todavía fuese una niña pequeña.

Regreso al salón y me siento junto a mi hermano que mira absorto un partido de fútbol americano; con tal de que sea deporte, cualquiera vale. Me relajo contra los cojines del sofá y dejo que los sonidos del que fue mi hogar me arrullen. Me gusta vivir sola, tener mi espacio y disponer de él y de mi tiempo a mi antojo. Meses atrás se convirtió en una necesidad. Ahora que empiezo a encontrarme cómoda en mi propia piel lo disfruto, aunque también hay momentos en los que me siento un poco sola. En esos días me encanta pasar por casa de Jaime o Alicia e incluso venir a ver a mis padres. Ya no creo que para reencontrarme sea necesario aislarme.

—¡A comer! —La llamada de mi madre se escucha alta y clara.

Nos sentamos todos a la mesa y la risa flota en el ambiente. La comida resulta animada. Las conversaciones se entrelazan unas con otras e incluso mi padre se muestra más elocuente de lo normal. Llegamos a la sobremesa y para cuando termino de servir el café y tomo asiento de nuevo un silencio repentino ha invadido la estancia. Me encuentro tres pares de ojos fijos en mí. Les devuelvo la mirada confundida hasta que bajo la vista a mi taza y justo al

lado, sobre el mantel, encuentro un sobre blanco con mi nombre escrito en grandes letras negras. Reconozco la caligrafía de mi padre.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lo sabrás. —Mi madre me hace un gesto para animarme.

Tomo el rectángulo de papel y despliego la solapa. Me tiemblan las manos por la expectación, no me imagino qué voy a encontrar en su interior. Termino de abrir el sobre y cuando reconozco su contenido una intensa emoción se anuda en mi garganta.

—Es un billete de avión. —Lo sostengo entre mis dedos mientras lo observo fascinada.

—Es una tarifa flexible. Así podrás elegir el destino y las fechas que tú quieras —me explica mi padre.

Lo apoyo sobre la mesa y deslizo los dedos por la superficie satinada del papel. Las letras se desdibujan ante mis ojos que se han vuelto vidriosos y trago saliva en un intento por aflojar el nudo que me oprime la garganta.

—¿Te gusta? Es tu regalo de Reyes. No hemos podido esperar hasta mañana para dártelo.

La ternura en la voz de mi madre puede más que mi contención y siento cómo dos gruesas lágrimas desbordan de mis ojos.

—Cariño, ¿estás bien? —La mano de mi padre cubre la mía y su contacto me hace reaccionar.

—Sí, fenomenal —aseguro entre la risa y el llanto.

—Creo que le ha gustado —afirma mi hermano con una sonrisa burlona ante mi ataque de emotividad.

—Me ha encantado. —Me levanto y abrazo a mi padre primero y luego a mi madre, que me retiene unos segundos antes de dejarme ir con un te quiero susurrado al oído. Al pasar junto a Jaime me inclino y le beso en la coronilla.

—Gracias a ti también.

—De nada, peque. —Me guiña un ojo y no puedo evitar sonreír, porque en este pequeño instante soy feliz.

Miro a mi familia y me siento afortunada por ser querida de esta manera. El billete de avión supone una declaración de intenciones y me demuestra

que su amor por mí es mayor que sus miedos y que harán cualquier sacrificio por verme feliz.

Una vez superado el momento sentimental, los cuatro pasamos la tarde viendo películas arrellanados en los sofás. Mis padres abrazados en uno de ellos, de esa forma tan suya en la que mi padre rodea a mi madre con el brazo sobre el hombro como dos adolescentes enamorados, y Jaime y yo enredados en el otro. El sol se va escondiendo, lo cual suele ser la señal para marcharme, sin embargo, hoy me siento reacia a alejarme de esta burbuja de amor y calma. Abrazo el cojín que sostengo contra mi pecho y me muevo buscando una postura que me resulte más cómoda. Me encuentro con los ojos de mi hermano que me estudia un instante antes de inclinarse hacia mí.

—¿Quieres quedarte? —Me lo pregunta con una media sonrisa.

—Sí, creo que sí.

—Vale. Tengo que pasar por el horno. ¿Necesitas que recoja algo de tu casa?

Recuerdo que tengo allí los regalos que he comprado para Reyes. Le pongo ojitos y digo con voz dulce.

—Solo unos cuantos paquetes que están guardados en mi habitación.

—Bien.

—Y algo de ropa.

—Ok.

—Y unas cuantas cosas de aseo. —Me siento tentada de pedirle que me traiga también el ordenador portátil y el libro que estoy leyendo, pero su ceja arqueada me hace cambiar de opinión—. Y nada más. —Ensancho tanto la sonrisa que me tiran los mofletes. Mi hermano se ríe y me estruja contra su pecho. Me siento una privilegiada por todo el amor que recibo.

Capítulo 3

Paula

Cuando entro en mi piso el martes por la mañana, después de pasar los dos últimos días en casa de mis padres, el silencio me envuelve. Me detengo en la puerta del salón, desde donde puedo observar la totalidad de la estancia y dejo que mis ojos la recorran. Tomo aire hasta que mis pulmones se encuentran llenos, lo dejo escapar con lentitud y sonrío complacida. Hogar, dulce hogar.

He quedado en recoger a Alicia en una hora para acompañarla al ginecólogo, así que me dirijo a la habitación para dejar la pequeña maleta que traigo y cambiarme de ropa. Mientras elijo unos vaqueros oscuros y un grueso jersey de lana en color crudo pienso en la relación entre mi prima y Sebastián. En cómo es posible que las inseguridades de una persona saboteen su propia felicidad. Podría decirse que las cosas entre ellos se encuentran en un punto muerto. Sebastián se esfuerza por mantenerse educadamente cordial, tras la negativa de Alicia a favorecer cualquier acercamiento más allá del escaso papel que le cede como progenitor. Y eso me preocupa. Me preocupa que Sebastián se dé por vencido y le permita cometer el error de impedirle el acceso a su vida. De forma involuntaria y a raíz de las circunstancias se puede decir que hemos entablado algo parecido a una amistad y sé que Alicia se terminaría arrepintiéndose, porque perdería a un tipo estupendo.

Me detengo en una zona destinada a carga y descarga de mercancías con las luces de emergencia encendidas. Atisbo entre los transeúntes hasta que localizo a mi prima que ya me ha visto y camina hacia el coche con una sonrisa en los labios. La observo mientras acorta la distancia que nos separa y se me ocurre que con ese abrigo entallado y las botas de tacón alto nadie se imaginaría que está embarazada de casi cinco meses.

—Hola, bombón. —Entra en el coche y posa sus labios helados en mi mejilla. Un escalofrío me recorre y me aparto de un salto.

—Quita, quita, que parece que te has reencarnado en Elsa.

Me mira con cara de no entender nada.

—Elsa, Anna, Olaf... —La miro sorprendida—. ¿Nada? Alicia, son los personajes de Frozen.

—Pues haber empezado por ahí. El caso es que me sonaban de algo.

—No te preocupes, en un par de años graduada Cum Laude en dibujos animados.

Se frota la incipiente barriga y una ternura que hasta ahora nunca le había visto asoma a sus ojos cuando sonrío.

—¿Qué tal los Reyes Magos? ¿Has sido buena?

Hace una mueca y resopla.

—Han venido cargados desde Oriente con una canastilla completa para el bebé.

—Eso significa que ya se les ha pasado el susto. —Cuando les dio la noticia mi tía estuvo una semana en *shock*. Solo era capaz de mirarle la tripa y echarse a llorar y no sabíamos muy bien si las lágrimas surgían por alegría, tristeza o una mezcla de ambas.

—¿Susto? Están todos encantados. Mi madre la que más. No deja de repetir que va a ser abuela a todo aquel que quiera escucharla. Si hasta se ha hecho una funda para el móvil que lo anuncia.

Me río ante el tono de frustración de Alicia. Me lo puedo imaginar. Mi tía siempre ha sido un tanto excesiva en lo que a celebrar la alegría se refiere.

—Mejor eso que el llanto, ¿no crees?

—Si tú lo dices. Me tiene aterrada. Cualquier día me hace una camiseta con el mensaje impreso y me obliga a ponérmela cual mujer anuncio.

No puedo contener la carcajada cuando la imagen pasa por mi mente, porque además la creo capaz de hacerlo. Alicia pone los ojos en blanco, sin embargo, se le escapa una pequeña sonrisa.

—Eres una bruja.

—Seguro que dentro de un minuto ya no piensas lo mismo. —Me giro lo que me permite el espacio que queda entre mi cuerpo y el volante y estiro el brazo para coger la bolsa que descansa en el asiento trasero—. Los Magos de Oriente pasaron por casa y dejaron esto para ti —anuncio con complicidad tendiéndole el paquete.

Me mira antes de cogerlo de mis manos con una sonrisa de puro placer. Lo apoya sobre sus piernas, separa las asas e introduce su mano en el interior para sacar una caja rectangular envuelta en papel brillante con un enorme lazo dorado. Alza la mirada hacia mí y luego la devuelve al regalo. Desata el lazo y retira el envoltorio con cuidado. Una carcajada rompe el silencio expectante que se ha apoderado del interior del coche.

—Unos Jimmy Cho —exclama incrédula.

—Los compre en un *outlet*, así que no te sientas demasiado impresionada —bromeo ante su cara de sorpresa.

—Me encantan, cielo, pero tú eres consciente de que no son el calzado más apropiado para una embarazada, ¿verdad?

—Lo sé, son un regalo a futuro. Quiero que tengas claro que por muchos cambios que sufra tu vida, siempre seguirás siendo tú. La chica de los vestidos y los tacones de vértigo. Sexy, incansable y tozuda. Tú.

Sujeta uno de los zapatos en alto y deja que su mirada resbale por los altos tacones de aguja.

—Gracias —murmura. Me mira con los ojos rebosantes de agradecimiento y el amor se desborda en mi pecho.

Conocer tanto a una persona supone que muchas veces sabes lo que necesita antes que ella misma. Al igual que Alicia veía con más claridad de la que yo fui nunca capaz mi relación con Víctor, yo puedo ponerle nombre a algunos de los miedos que comienzan a germinar en su interior.

—Iba a esperar a salir del médico, pero... —Veo desaparecer su mano en el interior del enorme bolso que ha apoyado a sus pies al entrar al coche. Cuando la vuelve a sacar sostiene un paquete envuelto en papel marrón. Lo coloca encima de mis muslos—. Ábrelo.

Con cuidado comienzo a despegar el celofán de los extremos.

—Eres demasiado lenta. —Me lo quita de las manos y con un solo movimiento libera el objeto que se oculta tras el sencillo envoltorio—. ¿Qué te parece?

Leo las suaves letras impresas en la cubierta del libro. Es una edición antigua, preciosa.

—Perfecto. —Alzo la vista y le dedico una sonrisa enorme.

Sin duda, el mejor regalo consiste en tenernos la una a la otra.

A pesar de que hemos salido con tiempo de sobra, el tráfico madrileño hace de las suyas y llegamos al hospital a pocos minutos de la cita. Para colmo, aparcar se convierte en una misión casi imposible y tenemos que alejarnos y recorrer un trecho a pie. Cuando alcanzamos la planta de consultas, lo hacemos jadeantes y con las mejillas sonrosadas por el frío.

Sebastián, que espera apoyado en la pared frente al ascensor con las manos dentro de los bolsillos del pantalón, se yergue de inmediato al descubrirnos tras las puertas metálicas y sus ojos se clavan en Alicia recorriéndola de pies a cabeza. Puedo detectar el brillo de alivio en sus pupilas cuando se gira hacia mí y me saluda con un cariñoso abrazo. Luego besa a Alicia con brevedad en la mejilla y expresión grave antes de escoltarnos hasta la sala de espera tras un escueto «llegas tarde».

Caminamos hasta unos asientos que se encuentran vacíos en uno de los laterales de la sala. Alicia tira de mí para que me siente a su lado y Sebastián permanece de pie a cierta distancia. Los observo, cada uno tratando de simular indiferencia y a la vez ambos tan conscientes del otro. Resultaría ridículo si no estuviera el bienestar de un niño en juego y el suyo propio, sospecho. Decido que no voy a formar parte de este pequeño circo en el que los dos han tomado el papel de los protagonistas, así que, me coloco el bolso que cuelga de mi hombro y me pongo en pie.

—Mejor os espero tomando un café.

Alicia me mira con los ojos muy abiertos.

—¿No te quedas?

—Tres son multitud. Ya está bien de que os comportéis como dos niños enfurruñados. Yo no voy a hacer de amortiguador. Vais a tener un hijo. Madurad —le susurro cuando me inclino para besar su mejilla, aunque con el volumen suficiente para que mis palabras lleguen a oídos de Sebastián, que no cambia su expresión. Sin embargo, un músculo de su mandíbula se tensa, lo que me indica que me ha escuchado—. Cuando acabéis estoy en la cafetería. —Me giro, disimulando una sonrisa ante el mohín de disgusto de mi prima y me alejo dejándolos solos con sus sentimientos.

La cafetería se encuentra bastante concurrida. Tengo que esperar unos minutos mi turno en la barra, antes de poder pedir un zumo de naranja y buscar una mesa donde hacer tiempo hasta que el par de cabezotas que he dejado en la sala de espera terminen la consulta. Localizo a una pareja que se está levantando de sus asientos y me dirijo hacia el lugar que acaban de desocupar. Apoyo el vaso, dejo el bolso en una de las sillas que ahora se encuentra vacía y me dispongo a sentarme cuando lo escucho. El tiempo parece ralentizarse de repente, el ruido a mi alrededor se desvanece y lo único que oigo es mi nombre, que parece repetirse una y otra vez llenando mis oídos de una voz que he añorado demasiado como para no reconocer.

Capítulo 4

Aitor

Madrid. Sus calles y sonidos, su gente. La ciudad donde he vivido los mejores días de mi vida y también los peores, que me ha visto hacerme pedazos y tratar de seguir respirando, me da la bienvenida y me acoge como una amiga silenciosa y comprensiva. Inspiro profundo y apoyo la maleta en el suelo, dejando que la familiaridad de mi hogar me envuelva. Me marché tratando de escapar, sin darme cuenta de que allí donde fuera mis miedos vendrían conmigo. Ahora he regresado al lugar al que siento que pertenezco y eso me infunde cierta paz.

Han sido meses duros; de reflexión, de mirar al interior, de recordar y añorar, de sufrir y perdonar, el primero a mí mismo. He vuelto siendo consciente de que de las heridas profundas uno no se recupera nunca, pero puede hallar el camino para reinventarse y seguir existiendo. Estoy dando los primeros pasos en ese camino, pero sé que aún queda mucho trayecto por recorrer y, si soy sincero conmigo mismo, no tengo demasiado claro cómo voy a conseguir terminar este viaje. Solo cuento con la certeza de querer intentarlo.

No he acabado de vaciar la maleta cuando un pitido en el teléfono móvil me avisa de que tengo un nuevo mensaje. Deslizo el dedo por la pantalla para desbloquearla y leo un escueto: «Abre, capullo». Sonrío, dando las gracias por esas pequeñas cosas que se mantienen inmutables y te anclan a la realidad y mientras camino hacia la puerta me siento en casa.

Cuando abro me encuentro a Sebastián observándome desde el rellano con gesto severo.

—Debería darte una paliza. —El silencio se extiende unos segundos antes de que sus comisuras se eleven en una sonrisa y nos fundamos en un sólido abrazo.

—Sigues igual de enclenque —digo apartándome para dejarle paso cuando nos separamos.

—Y tú pareces un leñador con esa barba —asegura siguiéndome a la

cocina.

Me froto el vello que he dejado crecer y ahora cubre buena parte de mi cara y sonrío.

—Yo también te quiero —respondo. Abro el frigorífico y descubro que no contiene más que un par de botellas de cerveza. Me encojo de hombros, las saco y le ofrezco una.

—Si no fuera porque por algún absurdo motivo siento lo mismo, sí que te daría esa paliza. —Toma la botella de mi mano y la abre en un solo movimiento con un abridor que saca de su bolsillo trasero. Gajes del oficio.

Resulta curioso, estando los dos aquí, con una cerveza en la mano parece que no hubieran pasado varios meses. Sin embargo, la sensación de calma que noto en mi interior demuestra lo contrario.

—¿Qué tal van las cosas por el TTeam? —Durante el tiempo que he estado fuera no hemos hablado demasiado. Necesitaba espacio y Sebastián me lo ha concedido. Puedo imaginar que no le habrá sido fácil ocuparse solo de todo, aunque nunca lo reconocería. No obstante, estoy seguro de que al final lo habrá logrado. Es demasiado terco y tiene suficiente amor propio como para no darse por vencido.

—Sigue en pie. —Alza una ceja irónico confirmándome lo que ya intuía y da un trago de su botella.

Bebemos en un silencio cómodo unos minutos, hasta que se atreve a romperlo.

—¿Cómo estás?

La pregunta flota en el aire, mientras pienso cual sería la respuesta más fiel a la realidad.

—No lo sé. —Definir el cúmulo de sentimientos que se enreda en mi interior resulta complicado—. La extraño —confieso, porque ese sentimiento siempre permanece—, sin embargo, su ausencia ya no me quema por dentro. Es más que añoro su forma de reír o cómo se enroscaba el pelo en el dedo índice cuando estaba distraída o su mal humor cuando se despertaba temprano por la mañana. Echo de menos poder contarle las pequeñas cosas del día a día, lo malo y sobre todo lo bueno, porque compartirlo con ella lo hacía extraordinario. Era mi mejor amiga y sin ella me siento perdido.

Sebastián hace un pequeño gesto de asentimiento. Si hay alguien capaz de comprender mis palabras, sin lugar a duda, él es una de esas personas.

—Era única. ¿Recuerdas el día que nos retó a bañarnos desnudos en aquel lago? —reímos reviviéndolo por un momento. Luego nos quedamos en silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos, echándola de menos.

Inspiro con fuerza permitiendo a los recuerdos marchar. Centro mi atención en Sebastián que me devuelve la mirada con una sonrisa a medio camino entre la felicidad de las imágenes que habitan en nuestra memoria y cierta nostalgia por ese tiempo pasado que no regresará. Estira el brazo y lo alza en el aire.

—Por Teresa. Por mi mejor amiga. Porque allí donde se encuentre lo estará volviendo todo del revés con sus locuras.

Tardo unos segundos en reaccionar y luego le imito.

—Por Teresa. Por mi mejor amiga, mi esposa, mi amor. Porque allí donde se encuentre lo llenará todo con su sonrisa.

Chocamos las botellas y nos las llevamos a los labios.

Es la primera vez desde que nos dejó que hablamos abiertamente de ella y me doy cuenta de que me siento bien. Su pérdida lo tiñó todo de gris, sin embargo, la inmensa mayoría de los momentos que pasamos juntos fueron felices y no quiero renunciar a esos recuerdos y permitir que el dolor los desvirtúe.

Sebastián se aclara la garganta y en su mirada cómplice puedo ver que no soy el único que necesitaba esta conversación.

—Bueno —digo anticipando un cambio de tema que los dos agradecemos, porque todavía las emociones son demasiado intensas cuando se trata de Teresa—. ¿Qué tal van las cosas con la futura mamá?

Su expresión se vuelve grave.

—Yo diría que no van. —Saca una de las sillas que rodean la mesa y se sienta—. Casi ni nos hablamos. No sé si quiero estrangularla o echármela al hombro y no dejarla salir de mi cama hasta que entre en razón.

—Qué fácil sería si el sexo fuese la solución. —Y casi lo digo convencido, porque el cuerpo es más sencillo de entender y complacer que el corazón con todos sus recovecos.

—Estoy cabreado, creo nunca lo había estado tanto. Joder, si no llego a ir tras ella aquella tarde no sé si me hubiera dicho que estaba embarazada. Y ese bebé es tan suyo como mío. —Se frota la mandíbula con gesto cansado—. No tenía derecho a ocultármelo.

No puedo contradecirlo, sin embargo, a pesar de los hechos yo opto por darle un voto de confianza. Lo que vi en sus ojos aquella tarde en el Conde Duque me hace creer que Alicia oculta más de lo que deja ver. Y de esconderse yo sé bastante. No obstante, por ahora me guardo mi opinión.

—¿Sabes lo peor? A veces me siento un cobarde por haber tirado la toalla con ella. —Hace una pausa y cuando vuelve a hablar su voz ha perdido cualquier rastro de rabia—. Ya no sé ni lo que siento, la decepción y el enfado lo ocupan todo. Creía que la quería, pero si hubiera sido así no me hubiera dado tan pronto por vencido, ¿no?

—¿Estás seguro de que lo has hecho? Apartarse de una persona cuando lo necesita requiere más valor que quedarse a su lado solo por uno mismo.

Entrecierra los ojos y sin necesidad de que la formule entiendo la pregunta, pero no, no fue ese mi caso. Me hubiera gustado que la motivación hubiese sido tan noble, sin embargo, actué guiado por mis miedos, sin darme tiempo a pensar si era lo correcto o cómo podría afectar a los demás mi decisión. Ahora ya es tarde para lamentarse. Cada acto conlleva una consecuencia y yo tendré que afrontarlas a su debido tiempo.

Conversamos durante un buen rato y nos ponemos al día sin movernos de la cocina. Cuando acabamos las bebidas, Sebastián consulta el reloj.

—¿Tienes algo que hacer?

Podría decirle que debo terminar de deshacer la maleta e ir a comprar comida, sin embargo, me limito a hacer un movimiento de negación con la cabeza. Eso puede esperar. Le veo levantarse y ponerse el abrigo que descansaba colgado del respaldo de la silla antes de girarse hacia mí.

—Coge las llaves del coche. Tú conduces.

Sebastián observa cómo corren los minutos sin despegar los ojos del reloj situado en la consola central del coche. La tensión crece a la vez que el tiempo pasa; el tamborileo constante de los dedos sobre su muslo le delata.

—Si quieres te acompaño —me ofrezco, aunque preferiría no hacerlo. Es cosa de dos. No obstante, no recuerdo haberlo visto tan nervioso nunca, no suele ser de los que se dejan vencer por la presión.

Por fin, desvía la vista del salpicadero. Su nuez se mueve cuando traga saliva, toma el aire en una inspiración larga y luego lo suelta de un golpe.

—No, prefiero ir solo. —Se frota las palmas de las manos contra sus piernas enfundadas en los pantalones vaqueros y agarra el tirador—. Te llamo cuando acabe —dice decidido, saliendo del coche y alejándose rumbo al ascensor.

Le sigo con la mirada hasta que las puertas metálicas ocultan su imagen y me pregunto por qué las personas nos empeñamos de forma constante en complicar cosas que deberían ser sencillas. Sujeto la llave con intención de girarla en el contacto y al instante me arrepiento y la vuelvo a soltar; quizá debería quedarme cerca por si Sebastián me necesita.

Permanezco dentro del coche, escuchando música y permitiendo a mi mente vagar libre, sin pensar en nada en concreto. Pasado un rato empiezo a cansarme del paisaje de columnas y asfalto que me ofrece el aparcamiento y decido salir a estirar las piernas. Subo en el ascensor hasta la planta baja y accedo a un espacio amplio, lleno de luz y decorado con tanta elegancia que parece más un hotel que un hospital. Miro alrededor buscando algún cartel que me indique la localización de la tienda que suele haber en cada uno de estos sitios con la idea de conseguir algo para leer y esperar sentado en uno de los enormes sillones, que se reparten en cada esquina, a que Sebastián me reclame. Distingo lo que parece ser un directorio en una de las paredes al fondo de la sala y camino hacia allí. Es solo una sombra, un atisbo de su perfil que capto por el rabillo del ojo y antes de que mi mente haya podido procesar la posibilidad, me he detenido y mis ojos la buscan entre la gente.

Resulta sencillo localizarla, la luz que desprende sigue intacta, si cabe incluso más brillante. Lo compruebo cuando su sonrisa aparece, destinada al camarero que la atiende desde detrás de la barra de la cafetería y que se queda mirándola embobado mientras ella se aleja. Entiendo su fascinación, porque a mí me afecta de igual manera. Sin embargo, Paula, sigue su camino sin ser consciente del impacto que causa en los demás. Siempre ajena a su belleza y

no hablo solo de la física sino del halo de encanto que la rodea.

Mis ojos no se despegan de ella y a la vez que comienza a caminar para dirigirse al fondo de la sala, mis pies se mueven como si estuviesen conectados a los suyos, acortando la distancia que nos separa. Me detengo a un par de pasos de su espalda. Un rizo, que ha escapado del moño que recoge su pelo en la nuca, roza la pálida piel de su cuello y las yemas de mis dedos cosquillean con el recuerdo de su tacto. Me recreo unos instantes en la sensación y en el hecho de poder observarla a placer, ante la incertidumbre de no saber cuál va a ser su reacción cuando me vea.

Durante el tiempo que estuve fuera de Madrid pensé mucho en este momento, en el inevitable instante en el que nos volviésemos a encontrar. No imaginaba que sería tan pronto ni en un lugar tan ajeno a nosotros; ahora comprendo que no importa el escenario, porque cuando pronuncio su nombre y nuestras miradas conectan el resto del mundo se desvanece.

Sus pupilas se dilatan, sus párpados se elevan y su postura, relajada hasta hace un segundo, se vuelve alerta. La sorpresa inicial da paso a una emoción mucho más intensa que se refleja en sus ojos, en esos que no saben esconder los sentimientos. Nos miramos sin decir ni una palabra, recorriéndonos de arriba abajo, reconociéndonos, asegurándonos de que somos los mismos que un día fuimos.

Paula, repito su nombre en mi cabeza y todavía me parece sentir las letras resbalando por mis labios de una manera casi física, como si tuvieran consistencia más allá del simple aire exhalado. La chica de los ojos verdes y la sonrisa llena de estrellas, así la recordaba en mi mente y no estaba equivocado.

La primera en reaccionar es ella y me coge tan desprevenido que me cuesta mantener el equilibrio cuando rompe la distancia que nos separa y sus brazos me rodean con fuerza. Tardo unos segundos en responder, luego la ciño contra mi cuerpo, deslizo mi palma abierta a lo largo de su espalda y apoyo la mejilla en su pelo. Cierro los ojos y respiro aliviado, dando gracias porque no se haya dado la vuelta y me haya dejado aquí plantado, aunque si lo hubiese hecho no se lo reprocharía. A menudo se me olvida que Paula es la valiente de los dos y siempre me sorprende.

Igual de repentino que en su comienzo, el abrazo se acaba. Da un paso atrás y se separa. Enlaza las manos, como si no supiese que hacer con ellas y sus ojos recorren mi rostro.

—Casi no te reconozco. —Me muestra una breve sonrisa que le sale algo temblorosa.

Me froto la barba.

—Dicen que ahora está de moda. —Miro al suelo, luego a ella de nuevo, me paso la mano por el pelo y noto que me tiemblan los dedos. Al parecer no es la única a la que los nervios traicionan—. En realidad, me ha podido la pereza —confieso con una pequeña sonrisa avergonzada.

—Te queda bien. Estás guapo. —Alza la mano, pero la deja caer antes de tocarme.

—Tú también. —Me tengo que contener para no alargar el brazo y colocar su palma en mi rostro.

Ladea la cabeza y me mira divertida.

—Quiero decir que tú también estás muy guapa.

Nuestros ojos se encuentran y el aire parece vibrar a nuestro alrededor. Desviamos la mirada a la vez y terminamos riéndonos como dos críos avergonzados.

—¿Ibas a sentarte? —Señalo el zumo que descansa sobre la mesa.

Lo mira como si hubiese olvidado que lo había dejado allí.

—¿Puedo acompañarte?

Parpadea y aprieta los labios. Al final, asiente.

—Claro. —Retira la silla y toma asiento.

Yo me acomodo enfrente. La observo mientras rasga el sobre de azúcar, lo vierte en el vaso y lo remueve. Mi mente trabaja a toda velocidad. Apoyo los antebrazos en la mesa y entrelazo los dedos. Quiero decirle un millón de cosas y no sé ni por dónde empezar. Me está resultando más complicado de lo que esperaba, incluso aunque ella me lo haya puesto infinitamente más fácil al no mandarme a la mierda nada más verme. Los sentimientos se superponen unos con otros. Me siento feliz y triste a la vez. Avergonzado. Enfadado, conmigo mismo, por supuesto. Y confuso, muy confuso. No sabía cómo me iba a sentir al tenerla frente a mí de nuevo. Es un sentimiento

contradictorio con un matiz agridulce, porque la euforia que me produce el simple hecho de encontrarme aquí junto a ella, va unida a un intenso sentimiento de pérdida.

Me doy algo de tiempo y comienzo con un tema de conversación poco comprometido, al menos, en lo que a nosotros dos se refiere.

—¿Has venido a acompañar a Alicia?

—Sí, una madrina tiene sus responsabilidades —responde risueña—. Entre ellas la de cuidar a la futura mamá.

—Todavía no me puedo creer que Sebastián y ella vayan a ser padres.

—Me parece que han sido ellos los más sorprendidos —apunta con un punto travieso. Luego suspira—. La vida y sus inesperadas vueltas.

Su frase me da el pie perfecto para introducir la parte más compleja de la conversación. La que llevo ensayando semanas en mi cabeza, aquella en la que me disculpo y dejo al descubierto mi corazón que, aunque lleno de cicatrices, sigue latiendo, en parte, gracias a ella.

Carraspeo nervioso. Las primeras palabras mueren en el estruendo que produce una bandeja al caer al suelo junto con todo su contenido justo a nuestro lado. Paula se gira en la silla sobresaltada y se lleva una mano al pecho. Sigo su movimiento cuando su palma le cubre el corazón en un intento de apaciguarlo. Mis pupilas se clavan en ese punto concreto y el recuerdo fugaz de cómo se sentían unos latidos que son los mismos y a la vez diferentes me sorprende y me aturde.

Levanto la mirada de nuevo para encontrarme con una muralla de tristeza que se alza desde los ojos de Paula. Posee la capacidad de leerme como nadie y mi reacción no le ha pasado desapercibida. Deslizo la mano sobre la superficie pulida de la mesa en un intento de coger la suya.

La burbuja en la que nos hemos aislado ha explotado y la realidad nos golpea sin compasión. Ella y yo no somos solo ella y yo. El peso del pasado se abre paso en tromba creando un abismo entre nosotros. Lo percibo en el vacío de su mirada y la frialdad que me transmite su piel cuando coloco mi mano sobre la suya, que permanece inmóvil. Aprieto los dientes, tratando de contener la frustración que me sube por la garganta y quiere escapar en forma de grito. Frustración por no ser capaz de conservar a mi lado a las personas

que me importan, por sentir que mi pasado condiciona mi presente y no saber qué hacer para arreglarlo, para reconstruir lo que todavía se encuentra roto en mi interior.

Desvío la vista, buscando las palabras que disminuyan la distancia que parece crecer entre nosotros a cada segundo, a pesar de que no nos separa más de un metro. Alicia aparece en mi campo de visión, camina con pasos largos y rápidos. Sebastián la sigue a una distancia prudencial y su ceño fruncido no concuerda con la expresión que debería tener un padre al ver la primera imagen de su futuro hijo. Me obligo a romper el contacto de nuestras manos y maldigo en silencio. Lo que en realidad quiero es entrelazar sus dedos con los míos y llevármela de aquí a cualquier lugar donde podamos estar solos y hablar. Me da terror pensar que al soltarla el vínculo que se rompa no sea solo físico y se aleje de mí para siempre. Resulta irracional, pero necesito mantenerla cerca. Sin embargo, lo hago, retiro la mano y dejo la suya libre.

Capítulo 5

Paula

No hemos pronunciado una sola palabra desde que abandonamos el hospital. La música que sale por los altavoces constituye el único sonido que se escucha dentro del coche, aunque en realidad no la oigo, el ruido que hacen mis pensamientos lo ocupa todo.

Ha vuelto. He escuchado su voz grave y profunda y por un instante he pensado que era producto de mi imaginación, pero no, me he girado y ahí estaba. Mirándome. Y sus ojos me han atrapado al igual que la primera vez que lo viera. Solo que en esta ocasión la tormenta en su interior era cálida y brillante.

Una oleada de alivio me ha inundado desbancando al desconcierto inicial. Alivio por tenerlo de nuevo frente a mí, tan él mismo y tan distinto a la vez; no solo por la barba que ahora le cubre parte del rostro, sino porque he podido distinguir una luz nueva parpadeando en su interior. La persona que me miraba ya no se escondía entre las sombras. Cuando me he querido dar cuenta sus brazos me sostenían, dudosos al principio, firmes un instante después. Su calor y su olor me han envuelto devolviéndome a otro momento y lugar: podía percibir el rumor de las hojas a nuestros pies, la frialdad de la lluvia al impactar contra mi piel y una emoción imprecisa aleteando en la boca del estómago promesa de un sentimiento desconocido aún. Trago saliva. La fuerza de las sensaciones me eriza la piel.

Miro hacia el asiento del pasajero. Alicia mantiene la vista fija en el exterior y varias arrugas se dibujan en su frente. Vaya par somos. Suspiro. Dicen que las penas con pan son menos; yo las prefiero con nata y chocolate, así que decido que vamos a necesitar poner un poco de azúcar a la tarde para deshacernos de las nubes grises que nos rondan, metafóricamente hablando.

Doy el intermitente y giro para entrar en el aparcamiento de la Plaza «de los cubos», sé que tiene otro nombre, pero nunca he sido capaz de recordarlo. La maniobra consigue llamar la atención de mi copiloto que me mira con las cejas arqueadas.

—Te invito a merendar —resuelvo con un guiño, deteniéndome ante la barrera para recoger la tarjeta que asoma.

—Tú sí que sabes cómo hacerme feliz. —Me mira complacida y la veo sonreír por primera vez desde que hemos abandonado el hospital.

Uno de los motivos que me hacen adorar Madrid es que desprende vida. Salimos del aparcamiento y la energía de la ciudad parece traspasarnos y parte del halo de negatividad que nos ha acompañado durante el trayecto se desvanece a medida que avanzamos por la calle Gran Vía.

El olor a café recién hecho procedente de un Starbucks nos rodea por sorpresa y, sin necesidad de cruzar una palabra, traspasamos el umbral atraídas como moscas a la miel. Dejo a Alicia acomodándose en un sofá de cuero, que la engulle cuando se sienta, y me dirijo a la barra para hacer nuestro pedido, que consiste en un chocolate a la taza con nata para mi prima y un *espresso* descafeinado *mocca* blanco, también con mucha nata, y espolvoreado con canela para mí. Añado un pedazo de pastel de manzana por si no fuese suficiente azúcar.

Alicia levanta la vista cuando me acerco. Mientras coloco el dulce botín con cuidado sobre la mesa, advierto las sombras oscuras que han aparecido bajo sus ojos apagando el azul de su mirada. Me preocupo.

—Y bien, ¿qué ha dicho el médico?

—Estamos perfectas. —Introduce la cuchara en la montaña de nata montada que corona su taza y luego se la lleva a la boca.

—Entonces, ¿es niña?

—Por supuesto. —Estoy a punto de levantarme para abrazarla—. Aunque la ginecóloga no lo ha podido confirmar, no se dejaba ver.

Me dejo caer de nuevo en mi asiento y niego con una sonrisa. Alicia es así, inamovible en sus convicciones. Hunde la cuchara en la tarta y toma un pedazo. Un gemido de placer escapa de su garganta.

—Tienes que probarla. —Señala el plato con devoción y yo me río. Creo que no es consciente del idilio que tiene con la comida desde que está embarazada.

Espero a que termine de tragar antes de continuar.

—Y con Sebastián, ¿cómo ha ido?

No levanta la vista.

—Es un capullo insufrible. —Se lleva a la boca otra porción de tarta y cierra los ojos con deleite.

Tengo que contener una carcajada.

—A mí me parece un encanto. —La provocho a propósito, aunque en realidad es lo que pienso.

—No me ha dirigido la palabra ni una sola vez. Se ha limitado a sentarse y ejercer de padre preocupado, haciendo mil preguntas a la doctora e ignorándome por completo. —A medida que avanza en la explicación la indignación va subiendo de tono—. Vamos, que porque recuerdo a la perfección cada una de las veces que tuvimos sexo, si no me hubiera sentido como un vientre de alquiler —concluye y me dedica una mirada de ojos entornados retándome a que le lleve la contraria.

Disimulo una sonrisa al ver cómo, de manera inconsciente, sus palabras desmienten su aparente indiferencia y continuo con mi velado asedio, que no tiene otro propósito más que el de tratar de averiguar que esconde bajo el escudo tras el que se parapeta.

—¿Y no era eso lo que querías? —pregunto con tono inocente—. «Si quiere ser padre eso va a ser y nada más». Fue lo que dijiste, ¿no?

Tarda un segundo más de lo normal en contestar.

—Y lo sigo pensando. Lo que me molesta es que se comporte como un maleducado y además arrogante. No necesito su atención ni su interés, si es lo que piensa.

No añado nada. Conociéndola ya le he dado algo en que pensar.

Nos sumimos en un silencio cómodo que no dura más de unos minutos, porque Alicia lo rompe. No me sorprende, sí que lo hace que se haya contenido y no me haya acosado nada más quedarnos a solas.

—Y tú, ¿cómo lo llevas? —pregunta en tono suave.

Intento mantener una expresión neutra, necesito analizar lo que se agita en mi interior antes de poder hablar de ello. Me humedezco los labios y corrijo la posición de la cucharilla en el plato.

—No, no. Para. —Alza la mano con la palma extendida—. Te conozco demasiado bien, así que no quiero que me sonrías y trates de convencerme de

que todo es maravilloso y vives en un mundo de unicornios y purpurina. — Esbozo una pequeña sonrisa y ella continua—. A mí no tienes que protegerme. Quiero saber cómo te encuentras de verdad y me encantaría que me dijese que estás bien y que no te ha afectado verle, pero si no es así prefiero saberlo.

—Sencillamente no sé cómo me siento. Me he esforzado todo este tiempo en apartarlo a un rincón, en convencerme de que, en realidad, no fue especial, que la memoria endulza los recuerdos dotándolos de un significado que seguramente no tuvieron. Y solo me ha bastado mirarme en sus ojos para que las compuertas saltasen por los aires y cada sensación, cada recuerdo se precipitase en una avalancha que trato de mantener bajo control hasta que pueda manejarla.

—Cariño, sé que para ti fue importante, que significó algo, sin embargo, no tengo tan claro que para él fuese igual. Se fue sin decir nada, Paula. —Leo la compasión y el pesar en sus ojos—. Tiene problemas y tú no puedes arreglar a todo el mundo, por más que te pese.

Reconozco la verdad en sus palabras y me duele. Me lastima la certeza que me han revelado unos ojos oscuros que cuando me miran no me ven solo a mí. Aunque, sin duda, lo que más me hiere es la desesperanza, que nos deja sin opciones y me muestra que quizá no haya camino que Aitor pueda encontrar para volver a mí.

Aparco el coche en el primer hueco que encuentro libre y coloco la palanca de cambios en punto muerto. No hemos conseguido deshacernos del todo de los fantasmas que nos rondan y no nos pasa desapercibido a ninguna de las dos que estamos más taciturnas de lo que resulta normal en nosotras.

—¿Seguro que no quieres quedarte?

Sonrí a mi prima y niego con la cabeza.

—Prefiero irme a casa —digo con dulzura y paso el pulgar por su frente para deshacer los pliegues que se han formado.

—Gracias por acompañarme. —Apoya la cabeza en mi hombro y respira hondo—. Vas a ser una tía estupenda.

Yo inclino la mía para posarla en su pelo.

—Lo sé. —Ambas sonreímos.

Alicia se incorpora y se coloca el bolso.

—Si te sientes sola ya sabes dónde encontrarme. —Me besa en la mejilla y abre la puerta. Coloca un pie en la acera y se gira hacia mí de nuevo —. Te quiero.

—Te quiero —repito.

Me tira un beso y sale del coche. La observo mientras se aleja. Cuando ya no soy capaz de distinguir su imagen en la distancia, doy el intermitente y me incorporo al tráfico que recorre la capital.

Una casa silenciosa me recibe cuando abro la puerta de mi piso. Dejo las llaves en el aparador de la entrada y voy directa a la habitación. Busco en mi teléfono una lista de reproducción y mientras me desvisto dejo que la suave cadencia de la música acalle mis pensamientos.

Me concentro en los detalles cotidianos sin permitir a mi cerebro desviarse de esa línea. Luego preparo una ensalada y me la como sentada en el sillón mientras reviso unas ilustraciones en las que he estado trabajando. Corrijo y retoco, dibujo nuevos trazos, una y otra vez perdiéndome en un mundo de ensueño que solo mi mente conoce.

Un dolor intenso se dispara desde mi cuello cuando me incorporo. He permanecido demasiado tiempo en la misma postura y mis músculos agarrotados se quejan. Estiro los brazos por encima de la cabeza y la inclino hacia derecha e izquierda. El brillo opaco que producen las farolas hace rato que se cuela a través de las cortinas y la música ya no suena. Guardo mis dibujos en la carpeta y la coloco con cuidado sobre la mesa. Un bostezo me sorprende y me pongo en pie con la esperanza de que el agotamiento me premie con una noche vacía de sueños.

Abro los ojos y la oscuridad que inunda mi habitación me rodea. Los párpados me pesan y noto la boca seca. Coloco la palma abierta sobre mi pecho e inspiro profundo, percibiendo cómo el aire llega hasta el último rincón de mis pulmones. Exhalo y repito el movimiento. La sensación de ahogo persiste. Una angustia infinita me oprime el pecho. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento las lágrimas fluir densas y calientes

recorriendo mi piel. La tristeza que he tratado de mantener confinada en un rincón ha encontrado una fisura en mis sueños rompiendo el dique que la contenía. No pensé que fuera a ser así, que su vuelta me dolería más que su marcha. Notarlo tan cerca y tan lejos a la vez. Mi llanto me demuestra lo equivocada que estaba.

Capítulo 6

Aitor

Contemplo las sombras que se van difuminando dando paso a los primeros rayos de sol. He pasado la noche despierto, intentando conciliar los sentimientos contradictorios que tratan de encontrar una coherencia. Siento que todo esto me viene grande y estoy acojonado, para que lo voy a negar.

Nunca creí de manera especial en el amor, no lo busqué, sin embargo él me encontró. Me lo dio todo y luego me lo quitó, llevándose parte de lo que era. Hasta que apareció Paula, que vio cada fragmento de mí y me hizo descubrirme de nuevo a través de sus ojos; y hay partes que reconozco, que me resultan familiares, sin embargo, otras son tan nuevas que todavía no me siento cómodo con ellas. Eso me asusta, que las piezas del puzzle nunca vuelvan a encajar del todo.

Llegó a mi vida por casualidad. Muchas personas no creen que exista, piensan que hay un motivo para que todo ocurra. Yo prefiero mantenerme escéptico y a la vez doy gracias a todo y a nada porque lo hiciese. Desconozco muchas cosas acerca de ella, casi todas de hecho, y a la vez siento que lo importante lo sé: conozco el sonido de su risa, cómo miran sus ojos con una sinceridad que atrapa, el olor de su piel desnuda en la madrugada. No me atrevo a ponerle un nombre al vínculo intangible que nos une, a la energía que percibo cuando nos encontramos cerca. Conexión, lo define de alguna manera, aunque no sé si lo dimensiona de forma adecuada. Me pregunto cómo es posible que una misma persona pueda curarte y herirte a la vez. Resulta complicado, porque quiero tenerla cerca, hasta la última célula de mi ser la reclama y de la misma manera me aterra no ser capaz de mantenerme a su lado cuando los recuerdos se interponen.

Presiono las palmas de las manos contra las órbitas de mis ojos. Estoy agotado, pero no puedo pasarme el día en la cama. El mundo continúa girando y ya he decidido que no quiero ser más un espectador de mi propia vida. Retiro las sábanas y el aire frío que impacta contra mi piel me reactiva y consigue que me ponga en marcha. Paso rápido por la ducha, me como una

tostada y medio plátano, de pie en la cocina, y salgo de casa.

Camino unos metros, despacio al principio y poco a poco voy aumentando el ritmo. Con las primeras zancadas el aire helado me quema los pulmones y mis músculos se tensan por el esfuerzo. Me concentro en esas sensaciones. La adrenalina fluye por mis venas proporcionando a mi cuerpo las herramientas necesarias. Me siento bien. Me siento vivo y no lo lamento por primera vez en mucho tiempo.

Alargo la carrera lo máximo que soy capaz y cuando noto que las fuerzas comienzan a flaquear desando el camino y regreso cansado, aunque satisfecho.

Solo puedo pensar en darme una ducha. Entro en el portal y pulso el botón de llamada del ascensor. Tiro de la puerta en el mismo instante que se detiene en la planta baja. Lo hago con tanto ímpetu que no me doy cuenta de que hay una persona abriendo desde el interior hasta que no la tengo entre mis brazos. La sostengo con firmeza para impedir que caiga y sus pequeñas manos se apoyan en mi pecho. No necesito bajar la mirada para reconocerla, mi cuerpo ya lo ha hecho. Su olor, su tacto. Me resultan tan familiares como si hubiesen transcurrido minutos en vez de meses. Todas mis terminaciones nerviosas se activan impulsadas por la descarga de placer que me produce su cuerpo pegado al mío y siento el impulso de rodearla con mis brazos y mantenerla justo ahí. Sin embargo, no lo hago. Doy un paso atrás, me separo lo suficiente para que dejemos de tocarnos y espero.

Alza sus enormes ojos y cuando me descubre leo desconcierto, tristeza y un punto de felicidad que no consigue ocultar. La veo frotarse los brazos por encima del abrigo.

—¿Te has hecho daño? —Mi voz parece traerla de vuelta de algún lugar lejano. Parpadea y dirige la mirada al suelo.

—No, estoy bien.

Me inclino para buscar sus ojos, no soporto la incomodidad en sus gestos, sobre todo, si es mi presencia lo que la provoca.

—Hace demasiado frío para salir tan temprano.

Levanta la cabeza y mira hacia la calle a la que parece que han borrado los colores. El cielo plomizo amenaza lluvia y el viento agita las hojas de los

árboles. La estampa no resulta en absoluto tentadora.

—Se me ha estropeado la cafetera. —Se encoge de hombros y oculta un bostezo—. Necesito un café.

Sonríó al escuchar la resignación en su voz, como si no pudiese hacer nada por evitar el terrible destino que la espera. Las palabras salen solas de mi boca antes de que pueda pararme a pensar en las posibles implicaciones, porque si hay algo que despierta Paula es mi instinto protector. Quiero sonreír para que sonría, quiero sostenerla cuando se sienta frágil y cualquier cosa me parece poco si consigo verla feliz.

—Creo que en eso puedo ayudarte. Dame un minuto. —Como no me contesta me inclino de nuevo y busco la respuesta en el verde de sus ojos—. ¿Por favor? —suspira y algo me dice que su silencio no constituye una negativa, al menos, de momento.

Me olvido del ascensor y subo la escalera en unas pocas zancadas. Abro apresurado la puerta, recojo lo que he venido a buscar y bajo de nuevo a toda velocidad; no quiero darle tiempo para que se arrepienta. Respiro aliviado cuando al girar el recodo del descansillo anterior al último tramo de escalones compruebo que continúa en el mismo sitio donde la dejé. Me detengo a su lado con la respiración acelerada tras la carrera y le hago un gesto señalando el exterior.

—¿Vamos? —No se mueve y me planteo si no habré interpretado mal su reacción. Tras unos segundos se abrocha el abrigo y comienza a andar.

La sigo con una extraña felicidad burbujeando en el pecho. Al llegar a la puerta me adelanto y la sujeto para que pase. Salimos a la calle y se detiene en la acera no muy segura de adónde debe dirigirse. Coloco mi mano en su espalda con suavidad y la guío hacia el otro lado de la calle. Se tensa ante mi contacto, pero no me retiro. Necesito tocarla, romper la distancia que nos mantiene alejados incluso estando uno al lado del otro.

Me detengo en la puerta del TTeam. La observo de reojo mientras saco la llave que he subido a buscar, la introduzco en la cerradura y levanto el cierre. Tiene la punta de la nariz y las mejillas sonrosadas por el frío, y los mechones que enmarcan su cara se agitan con el viento. Es preciosa, sin adornos, sin maquillaje, sin siquiera intentarlo.

Nos internamos en la penumbra que inunda el local y Paula se sienta en una banqueta mientras yo me muevo por la sala y voy encendiendo las luces. Cuando termino entro a la barra y me coloco a su altura.

—¿Café entonces?

—Por favor —pide con un matiz de urgencia en la voz.

Me giro y me acerco al equipo de sonido antes de dirigirme a la cafetera. Pulso varios botones y la voz de Ed Sheeran se extiende por la sala. Vuelvo junto a la máquina de café y me pongo manos a la obra. Me tomo mi tiempo. Cuando termino, coloco la taza con un gesto ceremonioso frente a Paula, que eleva las cejas, burlona.

—Pruébalo.

Me mira con expresión vacilante y contengo una sonrisa. Alarga el brazo, coge la taza con delicadeza y se la lleva a los labios. El sonido que sale de su garganta baja por mi columna como un rayo directo a zonas sensibles y poco apropiadas en este momento. Esta es solo una de las múltiples maneras en las que mi cuerpo reacciona a ella, la más primaria, y no puedo controlarlo, porque con Paula siempre es así, ella me hace sentir, en todas las dimensiones posibles, solo con su presencia.

—¡Dios! ¡Está buenísimo!

Su cara de sorpresa me provoca una carcajada.

—No sé si me halagas o me ofendes. —Apoyo las palmas sobre la barra y acorto la distancia que nos separa—. Ahora ya sabes que tengo talentos ocultos —digo bajando la voz con media sonrisa colgando en los labios.

—Estás diferente. —Ladea la cabeza y sus ojos bailan por mi rostro—. Me gusta verte sonreír. Te salen arruguitas aquí. —Roza con suavidad la piel alrededor de mis ojos.

Nos encontramos muy cerca y la intensidad de su mirada me hace sentir extrañamente vulnerable. Carraspeo y me aparto.

—Deja que te ponga algo de comer.

Me regala una sonrisa dulce.

—No hace falta, de verdad.

Ignoro sus protestas y como un cobarde me refugio en la cocina. Me apoyo en la puerta y me paso una mano por el pelo. Siento demasiadas cosas

que no sé dónde colocar. *Calma, Aitor, calma. Intenta no cagarla esta vez.*

Regreso con una tostada de salmón ahumado, dos *croissants* y unas cuantas fresas perfectamente colocados sobre un plato. Cojo un juego de cubiertos y lo pongo todo frente a ella sobre la barra. Paula no me ha oído llegar y tararea muy bajito con los ojos cerrados. Querría abrazarla, acunarla entre mis brazos; claro que perdí el derecho a hacerlo. De pronto las palabras no dichas me pesan en el pecho y me asfixian.

—Nunca quise herirte.

El movimiento de sus labios se detiene. Alza los párpados muy despacio y clava sus ojos verdes en los míos.

—Lo sé.

—No imaginas cuánto lo siento. No debí permitir que llegase tan lejos.

—¿Te arrepientes? —pregunta con rapidez.

—No. ¡Joder! —Me froto la cara con fuerza tratando de encontrar las palabras—. No es eso. ¿Cómo podría arrepentirme? Quería estar muerto, una parte de mí lo estaba y tú me trajiste de vuelta.

Su expresión se vuelve melancólica.

—Solo estabas perdido —me dice calmada.

No quiero su indulgencia, quiero que se muestre.

—Que seas tan comprensiva no me lo pone más fácil. Me hace sentir como una mierda.

Aparta el plato, que todavía no ha tocado y se yergue en la banqueta.

—Bien, porque así ya somos dos. —Me mira y el dolor asoma a sus ojos—. ¿Qué es lo que quieres, Aitor? ¿Quieres que me enfade, que te grite? Créeme que no hay nada que desee más. Querría odiarte. Lo haría mucho más fácil. —Parece que va a añadir algo, pero se lo piensa mejor y no continua.

Su mirada se pierde en algún punto indeterminado y las emociones contenidas se condensan a nuestro alrededor. Pensé que sería sencillo. Blanco o negro. Que la vería y la solución aparecería ante mí. Contigo o sin ti. Ahora me doy cuenta de que cuando los sentimientos entran en juego no hay absolutos, sino una inmensa gama de grises.

—No puedo borrar cómo me comporté, pero me gustaría hacer las cosas bien esta vez.

—¿Eso qué significa?

—No lo sé... Necesito tiempo, acostumbrarme. Tal vez quedar de vez en cuando. Ver si podemos ser amigos.

Averiguar cómo vivir con ello... o sin ti.

Capítulo 7

Paula

Amigos. Fuimos algo más desde el principio, aunque ninguno de los dos tuviese conciencia de ello. Hoy no creo que ese concepto pueda contener la nueva situación en la que nos encontramos. Trato de acallar a mi corazón con el peso de la razón, porque si solo me dejase llevar me quedaría a su lado enganchada a su sonrisa. Esa que ahora nace en sus ojos para terminar abriéndose paso hasta sus labios, que se muestra sin miedo y me atrapa.

—No sé si es una posibilidad realista. —Cada palabra que sale de mi boca va a parar como una losa a mi corazón que comienza a quebrarse con el peso—. Convertir lo sencillo en complicado no suele salir bien. Cuando fuerzas una pieza para que encaje lo normal es que termine rompiéndose. —No sé si trato de protegerme o protegerlo a él, pero ya sumamos demasiadas cicatrices entre los dos.

Sus ojos se deslizan por mi rostro dibujándolo, reconociéndolo.

—Vale. Lo entiendo. —Se humedece el labio inferior en un gesto rápido y me sonrío resignado.

Lo imito y aguanto estoica la sonrisa. Si esto es una despedida no lo estamos haciendo bien, porque nuestras miradas continúan enlazadas y me siento demasiado consciente de su presencia que parece vaciar el aire a mi alrededor.

—Gracias por el café.

—No hay de qué. Cuando quieras.

Me obligo a ponerme en pie. Aitor me observa, no deja de mirarme en ningún momento, incluso puedo sentir sus ojos mientras camino hacia la puerta. Agarro el tirador y... me rindo. Me giro. Sigue inmóvil en el mismo sitio. «*Lo siento*». Sus labios dibujan las palabras sin llegar a pronunciarlas. Cierro los ojos con fuerza. Cuando los abro levanto la mano a modo de despedida y cruzo el umbral. El aire frío me corta la piel y mientras me alejo me pregunto por qué si sé que he hecho lo correcto tengo tantas ganas de llorar.

Entro en casa y el haz de luz que sale del estudio me indica que Alicia ya ha llegado. Necesito unos segundos para serenarme, así que me dirijo primero a mi habitación. Me deshago del abrigo y la bufanda y me siento para quitarme las botas. Cuando me incorporo para dejarlas a un lado mis ojos se topan con mi propia imagen reflejada en el espejo que cuelga de la pared. La estudio con intensidad. Soy yo, solo yo y me pregunto si Aitor verá lo mismo cuando me mira.

—No sale el café.

Me giro para encontrar a mi prima que me muestra una taza vacía con gesto lastimero.

—La cafetera se ha estropeado. —Coloco el calzado a los pies de la cama—. Y tú no debes tomar café.

Se acerca y se tumba apoyando la cabeza sobre mis piernas.

—¿Te digo una cosa? Empiezo a odiaros a todos un poco. Tanto no hagas esto, haz lo otro. Ahora entiendo, de verdad, tus ganas de mudarte de casa de tus padres tras la operación, porque yo estoy pensando en cambiarme hasta de país.

Sonrío y le acaricio el pelo.

—Ya sabes. Es amor; un tanto excesivo y asfixiante, a veces, pero amor al fin y al cabo.

—Cuánta sabiduría encierran esas palabras.

Nos reímos porque ambas sabemos que la primera en pronunciarlas fue ella. Suspiro. Me parece que hace una eternidad desde ese día de mudanza. Todo ha cambiado. Lo más importante, yo lo he hecho. Por ese mismo motivo he sido incapaz de aceptar la propuesta de Aitor. No lo considero cobardía. Quiero pensar que quizá sea un rasgo de madurez. No todo vale y no a cualquier precio. No si el peaje a pagar es verlo luchar con la tristeza cuando los recuerdos le acosen. No sí sé que, de alguna manera, soy la causante de su dolor.

—Bueno, ya está bien de vaguitar. —Alicia da una palmada y se pone en pie—. Me voy a por un café. —Me señala con un dedo admonitorio—. Ni se te ocurra decir nada. Y luego voy a comprarte una cafetera.

Le dedico mi mejor mirada de censura.

—Aunque sea para preparar esa porquería descafeinada e intentar engañar a mi cerebro con la ilusión de la cafeína —acepta a regañadientes.

—Buena chica. —Me levanto y le doy un sonoro beso—. Luego te veo.

Se aleja con el vuelo de la falda ondeando a su alrededor y yo me dirijo al estudio. Me siento frente al ordenador, me coloco los cascos y con la música a todo volumen llenando hasta el último rincón de mi cerebro y acorralando cualquier pensamiento comienzo a dibujar.

Me encuentro tan abstraída en mi trabajo que me cuesta darme cuenta de que el teléfono móvil vibra sobre el escritorio. Paro la música y me quito los auriculares, que quedan colgando de mi cuello. La voz de Alicia suena ahogada, tardo varios segundos entenderla. En el instante que lo consigo salto de la silla. Solo me detengo para coger las llaves del coche y la cartera.

El trayecto me resulta eterno. Me quejo una y otra vez del tráfico que congestiona la capital mientras tamborileo con los dedos en el volante y no dudo en tocar el claxon a todo aquel que considero que me entorpece el paso, tenga razón o no.

Atravieso las puertas de la zona de urgencias del hospital y recorro la sala con la mirada. Localizo el mostrador de admisiones y me dirijo hacia allí con paso decidido. Cuando doy el nombre de mi prima me entregan una acreditación y un sanitario me guía por los intrincados pasillos hasta uno de los boxes. Golpeo con suavidad la puerta de cristal antes de deslizarla y entrar en el pequeño cubículo. Mis ojos realizan un rápido examen por su cuerpo y los latidos de mi corazón se van espaciando a medida que comprendo que se encuentra, aparentemente, bien. Una contusión en el pómulo y un vendaje que cubre parte de su pierna derecha parecen ser las únicas secuelas. Me acerco a la cama y cojo su mano que descansa sobre las toscas y eficientes sábanas de hospital. Alza sus preciosos ojos azules que todavía muestran las huellas del miedo y la angustia.

—¿Cómo estás?

—Dolorida.

Trago saliva para deshacer la congoja y poder formular la siguiente pregunta.

—¿Y el bebé?

Dos lágrimas rebosan desde sus ojos y ruedan silenciosas por sus mejillas.

—Se encuentra bien.

Aprieto los párpados y respiro aliviada.

—¿Qué ha pasado?

—Un conductor despistado frenó tarde en un paso de peatones y me golpeó.

—¿Ves como el café no te conviene? —bromeo tratando de deshacerme de los restos de temor que todavía siento agarrados al pecho.

—A partir de ahora creo que te haré caso —reímos con los ojos vidriosos y las manos enlazadas.

Una doctora cruza el umbral con varias hojas en la mano. Se detiene a los pies de la cama y examina los papeles con atención.

—Bien, parece que aparte de la torcedura y una ligera conmoción cerebral no hay ninguna lesión más a tener en cuenta.

—¿Entonces puedo irme a casa?

—Voy a preparar los papeles del alta y en cuanto los tenga podrá marcharse. Necesita reposo, por el bebé y porque no deberá apoyar el pie, al menos, en una semana, y sería conveniente que durante las primeras veinticuatro horas la observasen —añade, dirigiéndose a mí—. Si apareciesen náuseas, mareos o dolores fuertes de cabeza deberán traerla de inmediato.

Asiento y abandona la habitación con la atención puesta en un nuevo informe. Me giro y acaricio con suavidad la melena enredada de mi prima que mira con expresión consternada algún punto en la pared.

—Ey, no te preocupes —digo con calma—. Nos apañaremos. Lo importante es que tú y el bebé estáis bien.

Se muerde el labio inferior y hace un pequeño gesto afirmativo. Tiene la tez pálida y los ojos hundidos, se la ve agotada.

—Descansa un rato. —Acaricio la piel desnuda de su brazo que la bata de hospital no cubre. Se acomoda ligeramente y luego cierra los ojos. La observo durante unos minutos mientras su respiración se vuelve más sosegada y luego salgo al pasillo.

Transcurre media hora hasta que la doctora vuelve a aparecer con el alta y las últimas indicaciones. Cuando nos deja a solas de nuevo saco la ropa de Alicia de la bolsa de plástico en la que la han guardado al ingresarla y la ayudo a vestirse. Solo este pequeño acto supone un reto. Terminamos ella exhausta y más dolorida que antes y yo sudando.

Aviso en el punto de control de que ya estamos listas y a los pocos minutos un sonriente celador se asoma a la puerta con una silla de ruedas. Entre los dos ayudamos a Alicia, que se mueve con dificultad, a sentarse y luego nos dirigimos a la salida. Nos detenemos antes de traspasar las puertas de cristal y les pido que me esperen mientras voy a recoger el coche que he dejado estacionado en el aparcamiento subterráneo, pues todas las plazas cercanas se encontraban ocupadas cuando he llegado.

Detengo el vehículo justo frente al acceso a urgencias y me bajo quitando las llaves del contacto, pero sin molestarme en cerrarlo. El celador se ha marchado y Alicia espera sola en un punto apartado del tránsito. Tiene un aspecto horrible y se me encoge el corazón al verla.

—Ya estoy aquí —canturreo con una sonrisa, me coloco tras la silla y comienzo a empujarla en dirección a la calle.

Rodeo el coche y me paro junto a la puerta del pasajero. La abro y miro con preocupación al interior. En circunstancias normales el espacio de mi Mini Cooper suele ser más que suficiente, sin embargo, en este caso y debido a la escasa movilidad de la lesionada me parece que vamos a tener serias dificultades.

—Vamos allá —digo dándome ánimos y me inclino para que mi prima se pueda agarrar.

—Deja que te ayude.

Alicia parpadea desconcertada cuando Sebastián ocupa mi lugar.

—¿Qué haces tú aquí? —la voz le sale débil.

—Paula me llamó.

—No debió hacerlo. —Me dedica una mirada molesta.

Como si no hubiese escuchado nada Sebastián examina la silla con actitud profesional y luego pasa un brazo bajo sus piernas y el otro tras su espalda.

—Agárrate a mi cuello. —Su tono, aunque suave no admite réplica y cuando Alicia obedece la alza sin ninguna dificultad—. ¿Podrías abrir la puerta de atrás, por favor?

Me adelanto y hago lo que me pide. Por su expresión parece que prefiriese enfrentarse a un pelotón de fusilamiento antes que estar aquí en este momento, sin embargo, sus movimientos son delicados y la deposita con un cuidado infinito en el asiento trasero.

—¿Estás cómoda?

—Sí, gracias. —Se lleva una mano a la frente y baja los párpados. Una leve capa de transpiración brilla en su rostro a pesar del frío.

Sebastián aprieta los dientes, pero no dice nada. Se limita a cerrar la puerta con cuidado de no golpearla.

—Te sigo —anuncia y se da la vuelta para dirigirse a su coche que se encuentra estacionado a unos pocos metros del mío.

Abro resignada la puerta del conductor y tomo asiento tras el volante. El ambiente en el interior del vehículo resulta varios grados más gélido que en la calle o al menos me lo parece por el silencio absoluto que Alicia me dedica.

Giro la llave en el contacto y pongo el intermitente. Acelero con suavidad y compruebo a través del espejo retrovisor que Sebastián me imita.

—Vamos, solo le mandé un mensaje. ¿No pretenderías no decírselo? Se hubiera enterado tarde o temprano —protesto sin dejar de mirar la carretera.

El silencio se alarga un poco más y luego escucho un largo suspiro.

—Da igual, no importa. Sé que no lo has hecho con mala intención. Yo... solo quiero llegar a casa. —Su voz es apenas un murmullo.

Desvío la vista hacia el asiento trasero y veo que ha cerrado los ojos de nuevo.

Recorremos el resto del trayecto en silencio. Cuando me detengo frente a su edificio la situación se repite, solo que en esta ocasión Alicia colabora por propia iniciativa y enlaza los brazos alrededor del cuello de Sebastián en el momento en que este se agacha para cogerla.

Precedo la marcha y voy abriendo las puertas con el juego de llaves que he sacado del bolso de mi prima. Cuando entramos en el apartamento, Sebastián, sin necesidad de indicación alguna, camina directo a la habitación

y la posa con suavidad sobre la cama.

Coloco los informes médicos y el resto de pertenencias de Alicia sobre la cómoda. De pronto, me doy cuenta de que un elocuente silencio domina la estancia. Una cierta intimidad en la que me siento una intrusa. Doy unos pasos queriendo desaparecer, pero mi solo movimiento parece romper el hechizo.

Sebastián carraspea ligeramente, se aparta de la cama y camina hacia mí.

—¿Estaréis bien?

—Sí, no te preocupes.

Se pasa la palma abierta por la mandíbula y dirige una rápida mirada a su espalda.

—Vale, entonces me marcho.

Lo acompaño hasta la puerta y nos detenemos en el descansillo.

—Gracias por llamarme.

—Gracias a ti por venir. Ella aún no lo sabe, pero te necesita — respondo.

Me dedica una mirada agradecida y tras dejar un beso en mi mejilla sale del apartamento.

Regreso a la habitación. Alicia se ha quedado dormida. Su respiración es sosegada y el rictus de dolor ha desaparecido de su rostro. Parece tranquila en su sueño. Se merece ser feliz. Debe esforzarse por desterrar los miedos, remordimientos o la culpa que la impiden verse tal y como lo hacemos los demás, como yo lo hago. A veces, no es sino a través del amor de otra persona que empiezas a quererte a ti mismo, lo difícil es hallar la valentía para eliminar las barreras que la impiden entrar. Espero que Alicia logre recuperar ese valor, sacarlo del lugar donde se esconde en su interior.

Capítulo 8

Aitor

La dejo marchar, cruzar el umbral, aun cuando mi cuerpo me pide a gritos que corra tras ella y la abrace hasta que los pedazos se vuelvan a unir y cada uno de las piezas encaje de nuevo. Sin embargo, permanezco quieto observando cómo se aleja hasta desaparecer tras la puerta, porque en realidad es lo único que me atrevo a hacer.

Comienzo a recoger de manera mecánica, retiro el plato con el desayuno sin tocar y la taza vacía. Una rabia inesperada me asalta y me tengo que contener para no estrellarlo todo contra el suelo. Ya no soy así. Me detengo, apoyo las palmas abiertas sobre la barra, cierro los ojos con fuerza y respiro profundo hasta que el aire llena mis pulmones. Lo retengo unos segundos y luego exhalo. Cuando me noto más tranquilo una idea ya ha tomado forma en mi mente. Estoy cansado de que Paula sea siempre valiente por los dos. Y ha llegado el momento de que retome las riendas de mi vida.

El taxi se detiene y yo permanezco inmóvil en su interior. He seguido un impulso y ahora que me encuentro aquí la determinación me flaquea; ha ido desapareciendo a la vez que la distancia. El conductor repite la tarifa y me dedica una mirada impaciente a través del espejo retrovisor. Le entrego un billete de los que he cogido en el último momento de la caja del TTeam y me bajo del vehículo. El cielo es de un azul impoluto y brilla el sol creando una falsa sensación de calidez que el inclemente frío madrileño se encarga de desmentir mordiéndome la piel con fiereza. Alzo la vista hacia los grandes arcos de piedra que franquean la entrada y tras unos segundos camino hasta ellos y los cruzo.

Me cuesta ubicarme dentro de este mar de piedra que se asemeja a un laberinto, el del olvido o el recuerdo, no sabría decirlo con certeza o quizá dependa de cada caso en particular. Lo único que sé es que me encuentro delante de su tumba y parece que la viese por primera vez. En realidad, creo que es así, ya que de aquel primer día solo conservo una imagen borrosa, como una fotografía expuesta a la luz antes de tiempo. También sé que no la

encontraré aquí, porque no está. Se quedó en mis labios con cada beso que me dio, en mi piel con cada caricia que me regaló y en mi corazón con el amor que compartimos. Pero no está solo en mí, sino que habita en cada recuerdo que creó con cada una de las personas que la quisimos.

Paso la mano por la superficie pulida de su lápida. Hay dos jarrones llenos de flores a cada lado, unas de ellas son peonias, sus favoritas. Y aunque estoy convencido de que lo que fue no se encuentra aquí no puedo evitar decírselo.

—Te echo de menos. —Cojo aire, lo dejo escapar despacio y continúo—. Siempre me decías que creías en mí, que podría conseguir todo lo que quisiera. Contigo a mi lado era más fácil. Cuando te fuiste dejé de creer. —Me siento algo tonto hablándole a un trozo de piedra, no obstante, dejo que las palabras escapen de mi boca sin censura—. Imagino que si me pudieras ver ahora mismo tendrías los brazos en jarras y un ceño fruncido en tu preciosa cara. No te gustaría nada comprobar en lo que me convertí cuando te fuiste, porque a mí tampoco me gusta. No te preocupes, cariño, lo peor pasó, porque, aunque duela, y seguirá haciéndolo mucho tiempo, y aunque te extrañe, a veces tanto que me ahogue, te debo el seguir viviendo, quiero hacerlo. He sido egoísta y cobarde y seguro que tendríamos una conversación muy seria sobre ello si eso fuera posible. El tiempo es algo muy valioso, esa es una lección que he aprendido, tú te quedaste sin el tuyo, ahora yo debo aprovechar el mío por los dos. No me preguntes cómo, todavía no lo sé, confío en que encontraré la manera. Al fin y al cabo tú confiabas en mí y eras la más sabia de los dos.

El silencio que reina en el camposanto constituye la única réplica a mis palabras y en este instante me parece que no existe respuesta más adecuada. A partir de ahora Teresa no estará mi lado andando esta parte del camino, aunque de alguna manera siempre vendrá conmigo, grabada en mi alma y mi corazón, porque todo lo vivido cuenta.

Dejo un beso en la palma de mi mano y luego la apoyo sobre las letras que forman su nombre.

—Te quiero. Ahora. Siempre.

Miro una última vez su lápida y luego me alejo. No es un adiós, sino un

hasta siempre. La manera de darme permiso para dejarla ir.

Cuando llego a casa me siento cien años más viejo y me parece que ha debido pasar el mismo tiempo desde que salí por la puerta. Me deshago de la ropa y entro en el cuarto de baño para darme la ducha que llevo horas posponiendo. Giro el grifo al máximo y el agua me golpea con fuerza. Cierro los ojos y dejo que se lleve las últimas capas de hielo de la armadura en la que he apenas he sobrevivido confinado todo este tiempo. Después de muchos meses, me siento en paz, quizá no sea suficiente, pero hoy por hoy me conformo, porque ahora soy capaz de sentir que el resto llegará.

Sebastián aparece cuando me estoy vistiendo. La brusquedad de los golpes me anticipa su estado de ánimo. Termino de ponerme la camiseta y voy a abrirle antes de que tire la puerta.

—Compra un puto timbre, joder. Me he hecho viejo llamando —dice abriéndose paso como un tornado.

Cierro la puerta y lo sigo hasta la cocina, donde lo encuentro con una cerveza pegada a los labios.

—No me lo digas, te han metido mano en el Metro y el tipo no tenía las manos suaves. —Me apoyo contra la encimera y cruzo los brazos sobre el pecho.

Deja la botella sobre la mesa, me dedica una mirada, que si no le conociese me haría temer por mi integridad física, y se derrumba en una silla.

—No estoy para bromas. He tenido que ir a recoger a Alicia al hospital, un coche la atropelló en un paso de peatones. —Se pasa las manos por el pelo y me mira con expresión atormentada—. Creo que no había tenido tanto miedo en mi vida. Hasta que no la he visto con mis propios ojos no he conseguido dejar de temblar.

Por desgracia, conozco la sensación.

—¿Y cómo están? —Supongo que no ha sido grave, porque, conociéndole, en el caso contrario no habría habido fuerza en el mundo que le hiciese separarse de su lado.

—Ella magullada y con un tobillo vendado. El bebé perfecto. Tiene una mamá fuerte. —El orgullo se evidencia en su voz.

—¿Y cómo estás tú?

—Genial —responde demasiado rápido.

—Entonces la has dejado en casa...

—Sí, Paula se ha quedado con ella.

—De modo que ya has cumplido y ahora te vas a mantener a distancia como el buen chico que eres.

—Ni lo sueñes, solo le estoy dando un poco de espacio. Esta vez no le va a ser tan fácil deshacerse de mí. —Me guiña un ojo y sonrío. Su expresión lo delata, tiene algo en mente. Me parece que se avecina una lucha de titanes.

Capítulo 9

Paula

—Va a estar bien. Lo sabes.

Miro indecisa a Sebastián, que me dedica una media sonrisa, y luego hacia la habitación donde Alicia, por fin, duerme. Las molestias no le han dado tregua durante la noche y no ha querido tomar ningún tipo de analgésico por el bebé. El agotamiento la ha vencido ya de madrugada.

—No es por ella por quien temo, sino por ti y por mí cuando se despierte. —Subo las piernas al sofá y las recojo bajo mi cuerpo.

—No has dormido en toda la noche. Tienes que descansar. Pasar unas horas a solas conmigo no la matará.

Antes de que pueda responder mis labios se separan en un bostezo involuntario.

—Tu cuerpo me da la razón —insiste con voz de encantador de serpientes.

—Vale. —Levanto las manos en señal de rendición y me pongo en pie —. Me voy, pero luego no digas que no te lo advertí.

—No es tan fiero el lobo como lo pintan —asegura divertido.

—Si tú lo dices... —sonríó. Alicia puede tener un pronto muy explosivo, no obstante, parece muy seguro, así que decido callarme y dejarle que lo descubra por sí mismo. Al fin y al cabo, forma parte del paquete; si la quiere tendrá que aceptarla tal como es.

Recojo mi abrigo y el bolso y me dirijo a la puerta, porque, aunque sea cobarde, prefiero no encontrarme aquí cuando mi prima despierte.

—Si necesitas algo, llámame.

—No te preocupes. La cuidaré bien.

Reconozco la ternura en su voz que conmigo no se molesta en ocultar.

—Lo sé. —Me alzo sobre las puntas de mis pies y le beso en la mejilla —. Lo sé.

Abandono el edificio y salgo a la recién inaugurada mañana. Todavía es temprano, pero ya hay movimiento en la calle. La temperatura no debe pasar

de unos pocos grados positivos y camino a paso rápido anhelando el calor y la comodidad de mi cama.

Recorro el trayecto con el cuerpo en piloto automático. Estoy agotada, el susto y la falta de sueño han arrasado con mis reservas de energía. Suspiro satisfecha cuando entro en el portal y compruebo que el ascensor se encuentra en la planta baja. Cierro los ojos y me apoyo contra la pared mientras realiza su lento ascenso.

Cuando abandono la cabina voy tan centrada en la idea de hundirme en el colchón durante las siguientes horas que no veo el paquete hasta que no me encuentro delante, incluso con el papel brillante con dibujo de estrellas y el enorme lazo fucsia que lo corona. Parpadeo. Miro a mi alrededor. Parpadeo. Bajo la vista de nuevo.

Tardo como un minuto en decidirme a cogerlo y llevarlo dentro y otro tanto en retirar el vistoso envoltorio para descubrir qué oculta. Cuando lo hago el huracán de emociones que se desata en mi interior me sorprende y me aturde. Una cafetera. Es una cafetera. Preciosa. De cápsulas, pequeña y con un diseño retro que me enamora nada más verlo. Y junto a ella viene una cajita de cartón. La abro y los pequeños envases de plástico de colores relucen bajo la lámpara de la cocina. No sé si reír o llorar, de hecho creo que alterno lo uno con lo otro, porque una gota salada se cuelga por la comisura de mis labios.

No necesito leer la nota que acompaña al paquete para saber de quién viene. Aitor. Me dejo caer en uno de los taburetes sin conseguir apartar la vista del pequeño aparato. Tampoco logro que dejen de bailar las mariposas de mi estómago. Apoyo la barbilla sobre mis manos y mientras mis ojos se pierden en la armonía de las líneas del maravilloso diseño me pregunto por qué no puede encajar todo de la misma manera, por qué no podemos ser solo un chico y una chica cualquiera, vecinos en un edificio cualquiera de cualquier ciudad. *Porque sin nuestras cicatrices ya no seríamos nosotros.* Y en el momento que ese «nosotros» aparece en mi pensamiento, las mariposas dejan de agitar las alas. Me quiero convencer de que nunca existió, de que siempre fuimos uno más uno. Solo uno más uno. Porque perder algo que nos es ajeno duele menos que perder parte de uno mismo.

Me levanto y salgo de la cocina. No necesito pensar, solo dormir. Sobre todo cuando mis pensamientos terminan siempre en el mismo callejón sin salida. Entro en mi habitación, bajo la persiana, que deja cualquier rastro de claridad confinado en el exterior, y me meto en la cama. Cierro los ojos e intento que el sueño me atrape y me lleve por unas horas a un mundo donde cualquier cosa es posible, pero no lo consigo.

Alargo el brazo y cojo el teléfono móvil que he dejado sobre la mesilla de noche. Deslizo el dedo por la pantalla y tecleo un «gracias» tan acelerado como los latidos de mi corazón. Lo coloco sobre mi pecho, encima del edredón y espero. Pasan varios minutos. El silencio de mi habitación nunca me ha parecido tan ensordecedor. Estoy a punto de devolver el teléfono a su lugar cuando el característico timbre de los mensajes entrantes devuelve mi corazón a una alocada carrera.

¿No duermes?

Escribo con rapidez.

Lo intento

Noto un tirón en el estómago cuando la pantalla se ilumina con un nuevo mensaje.

Puedo mirar debajo de tu cama.

Prefiero no decirle que los fantasmas que me acosan hoy habitan en mi interior.

No hay pesadillas. Solo estoy desvelada.

Tarda en responder. La luz de la pantalla se extingue y me quedo a oscuras.

¿Quieres hablar?

Quiero que baje, se tumbé a mi lado con su cuerpo pegado al mío y me susurre al oído que todo va a ir bien. Que su voz llene el vacío que deja su ausencia.

¿No es lo que hacemos?

Quiero, pero no puedo. Necesitamos conservar una distancia de seguridad. Al menos yo lo necesito para mantenerme firme en mi decisión de alejarlo. Siento que hago malabarismos tratando de aguantar el equilibrio sobre la fina línea que sostiene mi determinación porque a excepción de mi cabeza el resto de mi ser querría olvidarse de todo y correr el riesgo.

También podría cantarte una nana.

Río a solas en la oscuridad. Si cierro los ojos puedo imaginar la dulzura

y el brillo pícaro en sus ojos.

¿Es otra de tus habilidades ocultas?
En realidad no, pero puedo arreglarlo. Espera.

Lo siguiente que recibo es un:

Espero que te guste. Dulces sueños.

Lo acompaña un archivo de audio. Le doy al *play* y unos suaves acordes de piano llenan la habitación. La voz de un hombre comienza a cantar en inglés. Escucho la letra con atención a la vez que traduzco en mi cabeza:

Tú y yo, somos como fuegos artificiales y sinfonías explotando en el cielo. Contigo, estoy vivo. Como si todas las piezas perdidas de mi corazón, finalmente se encontraran.

No puedo moverme. Las palabras se pegan a mi piel y la traspasan, se cueplan en mi torrente sanguíneo y me inundan.

Contigo, caigo. Es como si estuviera dejando todo mi pasado y las siluetas en la pared. Contigo, soy un hermoso desastre. Es como si estuviéramos agarrados de la mano con todos nuestros miedos en el límite.

Cuando termina la canción miro la pantalla, casi sin aliento. No hay más mensajes. Leo el título de la canción: *Sad Song*. Mis dedos flotan encima del teclado, pero no sé qué puedo decir, ni siquiera sé si hay una intención detrás de la letra o es una simple canción que le gusta elegida al azar y mi deseo de que lo tenga es el que busca el significado oculto. Dejo caer la mano sobre el colchón. Suspiro, descargo el archivo a mi biblioteca musical, lo programo para que suene en bucle y me acurruco bajo el edredón dejando que la música me acune.

Capítulo 11

Aitor

La habitación se encuentra en penumbra. Doblo el brazo y lo coloco bajo la cabeza. Llevo rato despierto preguntándome si lo habrá visto.

Mi primer impulso cuando Sebastián me contó lo ocurrido fue salir corriendo hasta donde fuera que Paula se encontrase y envolverla entre mis brazos, consolarla, confortarla. Quería estar ahí para ella, con ella, pero no me he atrevido a traspasar la línea que ha trazado y que me deja fuera de su vida. No obstante, he querido que supiese que me tiene aquí, que me importa. No sé si habré conseguido hacerle llegar el mensaje.

Me siento frustrado. Odio verme relegado a la posición de mero espectador y no saber cómo solucionarlo. Lo sentí desde el principio, desde nuestro encuentro en el parque, creo que ambos lo hicimos, la conexión, aunque en ese momento no supe darle nombre, y puede que sea un cabrón egoísta, pero me resisto a la idea de que este vínculo que existe entre los dos desaparezca, que lo borremos a fuerza de ignorarlo.

El teléfono móvil vibra en la mesilla de noche y noto un hormiguelo en la boca del estómago. Ahora resulta que he vuelto a la adolescencia. Esto es lo que Paula provoca, despierta todo tipo de sensaciones en mí y me hace volver a experimentar el mundo con ojos nuevos.

Solo una palabra. La miro. Repaso una a una las siete letras. «Gracias». Probablemente lo más inteligente sería aceptarla y dejarlo ahí. Sin embargo, mi parte más racional se hace a un lado y cede el control a ese otro yo que ha permanecido sepultado en mi interior hasta que ella lo devolvió a la vida y desea, anhela.

Tecleo y espero ávido su respuesta, aunque en realidad lo que quiero es hacer pedazos la distancia, acunarla entre mis brazos y susurrarle al oído que todo va a ir bien, la pantalla del teléfono resulta un espacio demasiado pequeño para contener conceptos que las palabras no pueden expresar. Solo necesito una señal, un pequeño gesto que me indique que me quiere a su lado para tirar de una patada el muro que pretende alzar entre los dos y bajar

corriendo las escaleras. Trato de darle pie y le pregunto si quiere hablar. Me contesta con una evasiva que me sabe a decepción. No lo demuestro, bromeo en tono distendido. Hasta que tengo que elegir una canción y cuando miro las listas de reproducción que más escucho últimamente tomo conciencia de que todos los temas que las componen tienen algo en común: cada uno de ellos está ahí porque me recuerdan a Paula.

Resulta curioso cómo la música es capaz de explicar emociones a las que tú ni siquiera consigues ponerles nombre, que escuches una canción que exprese con tanta exactitud lo que tú estás sintiendo en ese momento que pienses que la han escrito para ti. Así que decido usar su poder. Que las palabras que otra persona escribió antes hablen por mí. Dudo entre varias opciones. Al final decido empezar por algo en apariencia sencillo: cómo me hace sentir. Adjunto un archivo de audio con la versión de *Sad song* interpretada por We the Kings y Elena Coats y le deseo felices sueños, no añado nada más, espero que la letra de la canción sea suficiente. Luego apoyo el teléfono en la mesilla de noche, activo el reproductor de audio, cierro los ojos y me concentro en descifrar lo que la música que he elegido dice de nosotros.

Capítulo 12

Paula

Las voces me llegan amortiguadas desde el dormitorio.

—Estás loco si crees que voy a dejar que me metas en la ducha.

—No creo que vaya a descubrir algo que no haya visto antes, cariño.

El tono burlón de Sebastián me dibuja una sonrisa. Tengo que reconocer que es muy capaz de lidiar con mi prima y su mal humor. Cualquiera otro ya hubiera desaparecido, sin embargo, él sigue viniendo a relevarme todas las mañanas con una sonrisa y un buen humor que resulta contagioso.

—Cretino.

—Yo diría sincero.

Me siento en el sofá y escucho con atención por si tengo que intervenir.

—Mira, Alicia, cuatro días sobrepasa el límite tolerable que cualquier persona, por muy convaleciente que esté, puede permanecer sin pasar por la ducha —dice Sebastián con calma—. Tienes el pelo que parece un nido de pájaros y tu olor corporal comienza a resultar incómodo.

—Me importa un pimiento. Si no te gusta puedes irte por dónde has venido. Yo no te he pedido que ejerzas el papel de caballero de brillante armadura.

Lo siguiente que escucho es un grito seguido de un silencio y luego un portazo. Me pongo en pie de un salto y cruzo el salón. Cuando entro en el pasillo me encuentro con Sebastián que espera apoyado en el quicio de la puerta de la habitación con los brazos cruzados y una sonrisa enorme.

—Tu turno —me dice divertido cuando paso por su lado.

Me detengo frente a la puerta del cuarto de baño y llamo con suavidad. Separo la hoja lo suficiente para asomarme al interior.

—¿Se puede?

Alicia me mira con un mohín y no me contesta. Entro y me acerco a ella, que está sentada sobre el inodoro.

—Deja que te ayude.

Acciono el grifo de la ducha para que el agua vaya cogiendo

temperatura. No se puede mojar la venda del pie, así que me arrodillo para colocarle un protector plástico que he comprado en la farmacia.

—¿Por qué se lo pones tan difícil? —Puede ser muy cabezona, pero nunca la he visto comportarse de una manera tan infantil.

Suspira y se encoge de hombros.

—Tus padres están de viaje y yo no puedo moverte sola. Sebastián solo pretende ayudar. —Me pongo en pie y la ayudo a deshacerse de la camiseta, cuando levanta los brazos en su rostro se dibuja una mueca de dolor. Todavía se pueden distinguir los arañazos y contusiones en su piel. Maniobra con dificultad para quitarse la ropa interior. Le tiendo una toalla y mientras se envuelve en ella recojo las prendas que han quedado tendidas en el suelo.

—Ahora se buena chica y no le muerdas cuando te meta en la ducha — advierto. Hemos colocado una banqueta de plástico en el centro del plato y bajado la ducha de mano para que ella sola pueda lavarse.

Me mira con malicia y sonrío. Niego con la cabeza, pero no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Cuando salgo el aire fresco entra por la ventana entreabierto y la cama está hecha. Sebastián me mira interrogante.

—Toda tuya —anuncio y sigo mi camino quitándome de en medio.

Deposito la ropa sucia en su correspondiente canasta camino de la cocina y estoy añadiendo la leche al café cuando Sebastián aparece en la puerta. No hay rastro de la sonrisa burlona que lucía minutos antes y diría que cierta rojez se extiende por sus pómulos y el arco de la nariz.

—Ten, parece que te hace más falta que a mí. —Le tiendo la taza que recoge de mi mano con una sonrisa agradecida y toma asiento frente a la mesa.

Mientras me sirvo un nuevo café con leche me pregunto qué maldad se le habrá ocurrido esta vez a Alicia. Me siento frente a él y lo analizo con disimulo desde detrás de mi taza. Objetivamente es uno de los hombres más sexis que conozco y no solo por su aspecto, que también, con el pelo y la barba rubios y unos ojos azules tan claros que parecen irreales, sino que exhibe un encanto natural magnético; no me cuesta imaginarlo siendo el centro de cualquier reunión, la pieza que logra que todo fluya. Además es

cálido y generoso. Va a ser un gran padre, estoy segura. Una oleada de agradecimiento me oprime el pecho y tengo que contenerme para no levantarme y abrazarlo; no quiero asustarle más, no sea que piense que la locura es un rasgo de familia, ya ha tenido suficientes comportamientos erráticos en los últimos días con los de mi prima.

—¿Qué planes tienes para hoy? Dame envidia —pregunto con confianza.

Toma un sorbo de su café, apoya la taza y me sonrío.

—Poca envidia. En realidad, voy a trabajar. Aitor lleva cubriéndome toda la semana y pensaba sustituirlo.

Parada y doble salto mortal. Me pregunto cómo un simple nombre puede provocarme una reacción tan visceral. Me concentro en el calor que se filtra desde la cerámica a las palmas de mis manos para mantener mis emociones a raya.

—Sábado y trabajo no suena a buena combinación.

—No te creas, me gusta lo que hago. Disfruto tratando con los clientes y me lo paso en grande con los chicos. Todo el equipo formamos una pequeña familia. Ya llevamos tiempo juntos y nos entendemos y nos equilibramos unos a otros. Yo soy el corazón y Aitor la cabeza —asegura jovial.

Aunque su tono deja ver con claridad que bromea, probablemente, la descripción no resulta demasiado alejada de la realidad, al menos en apariencia, pues bajo la densa capa de contención con la que Aitor se cubre se esconde mucho más, yo he sido capaz de vislumbrarlo.

—Hace tiempo que me cansé de apurar las noches y saltar de cama en cama. Ahora prefiero una vida más tranquila. Salgo, pero prefiero el día y me gusta más quedarme en casa, sobre todo si tengo buena compañía —confiesa—. Me habré hecho mayor.

—Entonces la nuestra te parecerá la velada perfecta: maratón de Juego de Tronos y comida basura como si no hubiera mañana. Si te animas, ya sabes.

Ríe y apura su café.

—Agradezco la invitación, pero creo que todos necesitamos un poco de espacio después de estos días. —Se pone en pie, recoge su taza vacía y la

coloca en el lavavajillas—. Y ahora vamos a sacar a la sirenita de su pecera.

Puede que sean imaginaciones mías, no obstante, tengo la sensación de que tarda un instante más de lo normal en ponerse en marcha. Le sigo por el pasillo y cuando llegamos al cuarto de baño Alicia ya ha terminado de ducharse y espera dentro de la cabina tapada con la toalla y el pelo empapado cayéndole por la espalda. Me adelanto y la ayudo a recogerse la larga melena en un turbante sobre la cabeza. Luego me aparto para dejar espacio a Sebastián que observa la escena con gesto serio desde la puerta. Se acerca con la férrea determinación de un condenado al paredón y se inclina para cogerla en brazos. Un denso silencio se apodera del pequeño espacio. Solo se escucha el roce de las suelas de las botas de Sebastián al caminar. Lo hace mirando hacia el frente. Mi prima, a su vez, ha bajado la cabeza y sus ojos no se despegan del suelo. No es hasta que la apoya sobre la cama y la cubre con el edredón que el oxígeno parece regresar a la habitación y los dos vuelven a respirar de nuevo, a juzgar por el sonido de sus inspiraciones.

Sebastián murmura algo sobre el restaurante, se despide a toda prisa y sale del cuarto. Antes de que me dé tiempo a decirle adiós, ha desaparecido y se escucha el chasquido de la puerta principal al cerrarse.

—¿Nos emborrachamos?

Me giro y miro a mi prima con los ojos muy abiertos.

—Qué dices, loca. ¿Te has olvidado de que estás embarazada?

—No, si es solo por fantasear. Oye, que de ilusión también se vive.

—Déjate de tanto imaginar y vamos a vestirte —digo entre carcajadas. Me siento a su lado en la cama, le doy un beso y la abrazo. ¡Dios! Sus hormonas nos van a volver locos a todos.

Pasamos el resto del sábado tumbadas en su cama viendo series y comiendo pizza, como cuando no éramos más que dos adolescentes cuya única preocupación consistía en si nos dejarían salir una hora más ese fin de semana. Las cosas resultan un tanto diferentes ahora, Alicia va a ser madre y se esconde de sus sentimientos por algún tipo de miedo arraigado en su interior que no logro comprender del todo y yo..., pues yo tengo claro lo que siento y trato de ignorarlo con todas mis fuerzas, esperando que a base de fingir que no existen los sentimientos terminen desapareciendo.

El domingo consiste en más de lo mismo, con la diferencia de que sustituimos el menú repleto de hidratos y grasa del día anterior por otro más sano. Jaime aparece por sorpresa por la tarde para ver a la accidentada. Trae un juego de muletas que guardaba en casa de una caída en bicicleta que le mantuvo escayolado varias semanas unos años atrás y también comida casera para alimentar a todo el edificio, cocinada por mi madre, por supuesto. Cuando se marcha y nos quedamos a solas un extraño mutismo se apodera de Alicia.

La observo, mantiene los ojos fijos en la pantalla del televisor, pero en realidad ni siquiera lo ve.

—Pareces decepcionada. ¿Esperabas a otra persona? —No me ha pasado desapercibido el brillo en sus ojos cuando ha escuchado el timbre.

—No, que va. No sé por qué dices eso. —Se aferra al cojín que sostiene contra su pecho y finge concentrarse en la película.

—No pienses que no me he dado cuenta de lo que pretendes. ¿Qué es? ¿Una especie de prueba? ¿La pasará si no sale corriendo a pesar de que te muestres como la víbora que no eres? —la provoco.

—Estás desvariando, Paulita. —El uso del diminutivo me demuestra que he dado en el clavo y escuece.

—Créeme, te va a hacer falta algo más que un poco de vena dramática para asustar a Sebastián.

—Me es indiferente lo que haga. No lo necesito. Solo lo tolero porque es el padre de este bebé —asegura posando la mano sobre el vientre apenas redondeado.

En realidad creo que la gusta tenerlo cerca, que la cuide y se preocupe por ella, pero teme ceder el control. No le hubiera permitido venir si no hubiera querido, no conozco a nadie que consiga que mi prima haga algo en contra de su voluntad

—Lo que tú digas, pero si quieres un consejo es más cuestión de que lo quieras a tu lado que de que lo necesites. Piénsalo bien, no va a esperar para siempre. Mira, cielo, si algo bueno aparece por tu vida atrápalo sin dudar, porque las cosas importantes vienen de puntillas muchas veces, sin mandar grandes señales y puede que cuando dejes de debatirte y alces la mano para

atraparlas ya hayan pasado de largo.

Capítulo 13

Aitor

Me bajo las gafas de sol y cruzo la Plaza de La Cebada en dirección al Rastro madrileño, que se encuentra bastante tranquilo, ya que hoy es lunes y no queda señal alguna de los puestos y el gentío del día anterior. Cuando llego a la Plaza de Cascorro me detengo junto a la estatua de Eloy Gonzalo y busco un edificio más alto situado entre otros dos de menor tamaño. Lo localizo y me acerco para comprobar que el número del portal coincide con la dirección que me ha dado Sebastián.

Sebastián. Le he encontrado bastante taciturno durante todo el fin de semana. Cuando pregunté me respondió que prefería no hablar del tema. El tema, por supuesto, tiene nombre propio y va a ser la madre de su hijo. La puerta de acceso se abre y una mujer mayor la cruza empujando un carrito de la compra, se la sujeto temiendo que se cierre y la golpeé, parece muy frágil en comparación con el pesado hierro forjado. Antes de entrar en el edificio espero y compruebo que la anciana ha bajado el escalón y camina segura por la acera.

Alicia vive en la última planta, supongo que es por asociación de ideas que mis pensamientos saltan de ella a Paula mientras subo. No resulta una novedad, en realidad su sombra siempre planea sobre mi cabeza, esperando cualquier pretexto para posarse. No logro dejar de pensar en ella. O quizá no quiero hacerlo, incluso intuyendo que con toda probabilidad sería la opción más conveniente. Los últimos meses han supuesto una dura prueba y puede que debiera darme una tregua, tomar esta vez el camino más fácil y dejar que los fantasmas de la memoria descansen. Me froto el rostro. Demasiadas cuestiones de difícil respuesta.

Me detengo frente a una puerta de aspecto antiguo, aunque bien conservada y pulso el timbre. Mientras espero a que alguien la abra bajo la vista y me topo con el felpudo. Un mensaje plasmado sobre el mismo da la bienvenida a las visitas. Tengo que mover los pies para poder leer la frase al completo y cuando lo consigo mis labios se extienden en una sonrisa sin

poder evitarlo.

«Si vienes a vender, a pedir o de mal rollo no estoy en casa»

Desde luego la sutileza no es el punto fuerte de Alicia, aunque tiene su gracia.

Todavía sonrío cuando el sonido de una llave girando en la cerradura me hace alzar la mirada que choca con unos ojos de color esmeralda que se abren con sorpresa. La misma sorpresa que me deja congelado y sin palabras de pie en el rellano. No soy al único al que afecta esta repentina inmovilidad, ya que Paula parece hasta haber perdido la capacidad de respirar por como retiene el aliento. Permanecemos así unos segundos sumidos uno en el otro hasta que parpadea y es como si hubiese pulsado un interruptor que vuelve a activar el mundo a nuestro alrededor.

—Aitor. —Pronuncia mi nombre despacio como si no quisiera dejarlo escapar del todo y mis ojos se posan en sus labios—. ¿Qué haces aquí?

Me obligo a centrarme y alzo la vista fijándola en un punto por encima de su hombro.

—Sebastián. —Trago saliva y continúo—. Olvidó las llaves y la cartera en el restaurante. —Saco ambos objetos del bolsillo de mi abrigo y se los muestro.

Me dedica una sonrisa frágil que se me clava en el pecho. Odio hacerla sentir así. Se coloca un inexistente mechón detrás de la oreja y el silencio vuelve a construirse a nuestro alrededor.

—¡Aitor!

Sebastián se acerca y se detiene junto a Paula, un brillo fugaz de alivio cruza sus pupilas cuando lo ve.

—Muchas gracias, tío. No sé dónde tengo la cabeza —dice ajeno a la tensión reinante, cogiendo la cartera y el juego de llaves que todavía sostengo en la mano. De pronto, parece percatarse del silencio y posa sus ojos de forma alternativa primero en mí y luego en Paula, para terminar dedicándome una mirada de ojos entornados que esquivo como puedo—. ¿Interrumpo algo?

Carraspeo y hundo las manos en los bolsillos.

—En realidad, yo ya me iba —le digo, pero no me muevo del sitio.

Paula desliza la palma de la mano por el lateral de su pierna arriba y abajo un par de veces. Sebastián arquea una ceja y cruza los brazos sobre el pecho.

—Sí, yo también me marchó. —Desaparece un segundo detrás de la puerta y cuando regresa sostiene su abrigo y el bolso—. Luego te llamo. —Se alza sobre las puntas de sus botas y deja un beso ligero en la mejilla de mi amigo. Sebastián presiona los dedos con suavidad en su cintura y la deja ir.

El estómago se me encoge como si me hubieran dado un puñetazo y aprieto la mandíbula con fuerza. Siento envidia. Envidia de la libertad con la que se mueve a su alrededor, de la familiaridad en su toque, del cariño al que yo ya no tengo acceso.

Bajamos en silencio. En el trayecto, de vez en cuando, nuestras miradas se cruzan y ambos esbozamos una sonrisa contenida que me amarga en la boca. No sé quiénes son los dos extraños que se esfuerzan en mantener la distancia, pero no tienen nada que ver con nosotros. Cruzamos la puerta del portal y nos paramos en la acera. Ha llegado el momento de la despedida y los dos nos movemos indecisos. Paula se coloca la bufanda y yo me froto el mentón. La situación resulta tan ridícula que si no fuera porque una intensa sensación de impotencia me taladra el pecho me echaría a reír.

—Bueno...

—¿Quieres...?

Hablamos a la vez. Callamos, nos miramos y sonreímos. Paula me hace un gesto cediéndome la palabra. Deslizo los dedos entre mi pelo y respiro hondo.

—Me preguntaba si te apetecería tomar algo —termino la frase de un tirón buscando sus ojos.

Sus párpados descienden y me ocultan su mirada.

—Hay un sitio aquí cerca en el que preparan unas hamburguesas de muerte, tiene una azotea pequeñita y en invierno ponen estufas, las vistas son espectaculares —susurro con las manos dentro de los bolsillos, para evitar la tentación de romper la distancia y tocarla. No pretendo presionarla, solo no quiero que se marche con esta tirantez flotando entre los dos y que a partir de ahora siempre que nos encontremos sea así y su luz se vele cuando estemos

cerca.

Levanta el rostro y sé que va a acceder aunque no esté convencida del todo, la decisión brillando en sus pupilas y la fuerza con la que aprieta los labios la delatan, y sus palabras me lo confirman.

—Está bien. Tengo que comer de todas maneras, ¿no? —Esboza una pequeña sonrisa y yo se la devuelvo agradecido.

Echamos a andar calle abajo. Percibo la tensión que emana de ella sin necesidad de mirarla.

—¿Qué tal se encuentra Alicia?

—Mejor, mucho mejor. Ya puede levantarse y camina apoyada en las muletas, aunque todavía se encuentra algo dolorida —contesta perdiendo parte de la rigidez.

—Me alegro de que solo fuese un susto. —Nuestros codos se rozan y recuerdo la sensación de su cuerpo caminando, apretado junto al mío. Se me eriza la piel.

—Sí, tuvo mucha suerte.

Asiento. Caminamos unos metros más en silencio.

—No te he dado las gracias por la cafetera.

—Sí que lo hiciste —aseguro.

—Pero no en persona —aclara—, así que, muchas gracias.

—¿Te gustó?

—Es preciosa —confiesa.

—Supe que era para ti en el momento en el que la vi. El diseño me pareció muy artístico, va con tu personalidad.

Me mira y los ojos le brillan. Su felicidad me traspasa y provoca una sensación de calidez en mi pecho.

—Ya hemos llegado —anuncio.

Paula parpadea y desvía la mirada hacia el edificio junto al que nos hemos detenido y yo lamento la pérdida de este momento de complicidad.

Empujo la puerta, la sujeto para permitirle el paso y luego la sigo. Un camarero nos intercepta y tras pedirle una mesa para dos nos guía por la angosta escalera hasta la parte más alta del local. Nos sentamos junto a una estufa de gas en una zona que ofrece una vista completa del barrio de

Lavapiés, sus azoteas y alrededores. El camarero nos entrega las cartas y desaparece.

Hace varios días que no nos vemos y ahora que la tengo enfrente me permito observarla a placer y recorrer sus rasgos, mientras ella admira ensimismada el paisaje desde las alturas.

—Nunca me canso de contemplar la belleza de esta ciudad. Me maravilla. Me deja sin aliento —sonríe y se le ilumina el rostro.

Puede que me haya leído el pensamiento, porque eso mismo me ocurre cuando la tengo delante.

—¿Sabes? Siempre he querido viajar, conocer otros lugares. No sé, puede que algún día lo haga. Coger un año sabático y recorrer el mundo. Aunque supongo que terminaría volviendo. —Se encoge de hombros y suspira con expresión soñadora antes de volcar toda su atención en la carta.

Disfruto escuchándola hablar. Su ilusión por la vida resulta contagiosa. Me pierdo en su sonrisa sincera y la mirada de niña ilusionada y, de pronto, es como si fuese la primera vez que la viera desde que he vuelto y todos los pensamientos que han estado dando vueltas como locos dentro de mi cabeza encajan de repente. Paula, que sin proponérselo entró en mi soledad revolviéndolo todo, que después de tanta ausencia llenó mi vida, mi alma y mi corazón. Ella que es emociones en estado puro.

Me pregunto cómo he podido estar tan equivocado, tan ciego, para proyectar mis temores sobre ella y no darme cuenta de que en la dualidad entre la vida y la muerte, Paula, con su amor a la vida, nunca podría encarnar la pérdida, porque ella es esperanza, el lado positivo de las cosas, la prueba de que algo bueno puede salir de una situación terrible, el lado hermoso de una misma verdad.

Sueños, planes de futuro. Los míos hace tiempo que se quedaron congelados, suspendidos en el tiempo. Luego, el miedo, cómplice silencioso del dolor, se encargó de ocultarlos. Tenemos miedo a sufrir, cuando en realidad deberíamos tener miedo a no sentir. Sentir, esa es la clave. Y nadie consigue hacerme sentir tanto como ella.

Capítulo 14

Paula

Alzo los ojos de la carta en busca de ayuda para decidir el plato principal, pero la pregunta se desvanece de mi mente, porque los ojos oscuros de Aitor y la intensidad de su mirada lo ocupan todo. Percibo cómo se van deslizando por mi rostro, recorriéndolo rasgo a rasgo: la nariz, los labios, los pómulos, la frente, el pelo. Me mira como si fuese un misterio que quisiese descifrar y no consiguiera dar con la clave para lograrlo. Cuando termina su escrutinio sus pupilas se encuentran con las mías y sus labios se curvan en una sonrisa perfecta, sincera, que me acelera el corazón, porque brilla en sus ojos solo para mí. Y es entonces cuando decido darme un descanso y olvidarme del ruido que atesta mi cabeza. Desisto de la lucha interna en la que me debato desde que ha aparecido en la puerta de Alicia y me doy permiso para disfrutar de esta tregua inesperada.

—Sigo sin acostumbrarme a verte con barba —digo estudiándolo. La lleva corta y arreglada y le queda bien, muy bien, a decir verdad. Sin embargo, yo le prefiero con el vello crecido de unos días, en su versión de ángel caído.

Se frota las mejillas y sonrío. Mi corazón se vuelve a acelerar. No sé si alguna vez me acostumbraré a sus sonrisas. Luego se apoya en el respaldo de la silla y me mira con expresión risueña.

—Cuéntame algo —pide.

Parpadeo un par de veces.

—¿Cómo qué?

—No sé, lo que quieras. Si es tuya cualquier cosa me interesa —lo dice con tal ternura que, por un instante, me deja sin palabras—. Por ejemplo, si sigues teniendo pesadillas.

Pienso en su pregunta. Me doy un momento para centrarme y comienzo a hablar.

—Tengo la sensación de que mi vida tal y como la conocía se basaba en una mentira. Creemos que tenemos el control de nuestras existencias, que

sabemos a dónde vamos y planificamos nuestro futuro pensando que nosotros marcamos el rumbo. Entonces algo horrible e inesperado sucede y la ilusión de control se desvanece y te sientes perdido y frágil. —Busco sus ojos, su expresión se ha vuelto seria. Tomo aire y continuo—. Tenía miedo, un miedo incontrolable e irracional a no hacerlo bien, a no saber aprovechar el tiempo, a que me fuese arrebatado. Hasta que me di cuenta de que lo único que se encuentra bajo mi control es el ahora, el pasado queda atrás y el futuro resulta incierto, y soy yo quien decido cómo vivo cada momento. Desde entonces no ha habido más pesadillas. —Recoloco los cubiertos encima de la servilleta y sonrío un tanto cohibida—. Perdona, no pretendía ponerme tan trascendental.

—No pasa nada. Me gusta escucharte.

—Y me encanta saberlo, pero esto es una vía de doble sentido, caballero, así que lo justo sería que ahora tú me contases algo.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Hum... déjame pensar. —Arrugo la frente y simulo concentrarme. Busco algo sencillo que aligere el ambiente—. ¿Qué te han traído los Reyes Magos?

—Mi vida —sonríe y no hace falta que añada nada más, porque la mirada que acompaña su declaración me dice mucho más que lo que podrían hacer unas simples palabras. Habla de respirar, de reír, de soñar, de disfrutar, emocionarse. De no dejarse vencer por el desánimo y aferrarse a la esperanza. Siento la angustia que antecede a las lágrimas y trago saliva.

—¿Tienes hambre? —me lo pregunta sin borrar del todo la sonrisa y abre la carta que todavía ni ha mirado, pretendiendo no darse cuenta de mi reacción.

Le dedico una mirada agradecida y yo también sonrío.

—De lobo. —Veo como arquea una ceja y el brillo de diversión que destella en sus ojos. Echa un vistazo rápido y hace un gesto para llamar al camarero.

—¿Lo tienes claro?

Frunzo los labios y muevo la cabeza de un lado a otro.

—No del todo. Estoy indecisa.

—Si aceptas sugerencias, yo pediría las croquetas, la ensalada tibia con

beicon ahumado y queso de cabra y la hamburguesa con cebolla confitada, queso brie y trufa.

Mi estómago ruge en acuerdo, Aitor ríe y mis mejillas se calientan. El sonido de su risa se cuele despertando a las mariposas dormidas en mi interior que aletean con fuerza queriendo volar libres.

El camarero se acerca para tomar la comanda que Aitor le dicta tras pedirme mi aprobación con la mirada y luego desaparece para ir en busca de las bebidas, con las que regresa unos minutos después.

Mientras esperamos a que traigan la comida charlamos un poco de todo y de nada, manteniendo cualquier referencia a nuestro pasado alejada. Creo que por miedo a estropear el momento, ya hemos tenido suficiente intensidad.

Poco a poco nos vamos relajando y la conversación se vuelve más fluida. La intimidad fruto de la complicidad que compartimos desde el primer día de una forma natural surge de nuevo como por arte de magia. Y mientras le doy un bocado a una de las hamburguesas más deliciosas que he comido nunca un pensamiento fugaz me susurra que en tener esto todos los días consiste la verdadera felicidad.

El sol comienza a esconderse por el horizonte cuando salimos del restaurante. El cielo parece un incendio. Me detengo y observo ensimismada la composición de tonos naranjas y rojos. Aitor se coloca detrás. Puedo percibir su respiración tropezando con mi pelo. No me toca. Solo se queda junto a mí, en silencio, hasta que el astro rey no es más que una pequeña franja en el horizonte.

—No quiero que ningún día más me pase desapercibido —digo.

Permanecemos allí parados todavía unos minutos más y luego seguimos nuestro camino. Andamos despacio disfrutando del paseo, a pesar del frío reinante. Sospecho también que ambos tratamos de estirar el poco tiempo que nos queda antes de regresar al mundo real y ser de nuevo él, yo y nuestro pasado.

El portal del edificio de Alicia queda a nuestra espalda cuando nos detenemos. Me giro y esta vez soy yo la que le observo. Hay algo nuevo en él, o quizá es lo que no está. No percibo el halo de desesperación y tristeza que tanto me sobrecogió aquel día en el parque. Recorro cada uno de sus

rasgos. Me gustaría alargar la mano y que mis dedos siguiesen el mismo camino que han inventado mis ojos. Para no hacerlo me tengo que recordar que no habrá un final feliz, no para nosotros, no conmigo.

Aitor me sostiene la mirada. Alarga la mano y sus dedos se deslizan con suavidad entre las ondas de mi pelo hasta acabar posados sobre mi cuello. Su contacto se expande en oleadas por mi piel que se eriza.

—Eres preciosa —susurra y mis labios se entreabren para dejar escapar la respiración que sale caliente creando pequeñas nubes de vapor.

Me acaricia la piel de la nuca y luego retira la mano. Toma aire y lo suelta muy despacio.

—Gracias por este día. —Se inclina y sus labios se posan en el borde de los míos.

Mis párpados se cierran en un intento de retener la sensación de su boca sobre mi piel unos instantes más.

—Deberías subir, hace frío.

Abro los ojos. Ha metido las manos dentro de los bolsillos y unas arrugas se dibujan en su frente.

No quiero marcharme, pero asiento y me doy la vuelta. Antes de entrar en el portal me giro, una última vez. Aitor sigue allí tan él mismo y tan diferente a la vez. Pero diferente en el buen sentido, a mejor, y sospecho que solo he visto una pequeña parte de todo lo que estaba escondido entre capas de rabia y dolor. Decido ignorar el anhelo que han despertado sus dedos sobre mi piel y cruzo la puerta fingiendo que no siento que el vacío en mi interior amenaza con tragarse mi corazón.

Capítulo 15

Aitor

Observo cómo la oscuridad del portal se traga su figura, pero no me voy de inmediato. Permanezco parado en medio de la acera, como el idiota que soy, con la absurda esperanza de verla aparecer de nuevo. Un auténtico idiota, ya lo he dicho.

No esperaba encontrar a Paula esta mañana tras la puerta y mucho menos que aceptase mi invitación para comer. De hecho no esperaba nada de lo que ha sucedido en las últimas horas. No hablo de esa chispa que prende sin que apenas nos demos cuenta cuando estamos juntos. Va más allá, es una sensación escurridiza, sutil y duradera a la vez, que me sabe a felicidad.

El frío comienza a calarme los huesos. Echo un último vistazo al edificio y me doy por vencido. No va a volver. Qué tontería. ¿Por qué lo iba a hacer? Me subo el cuello del chaquetón y pongo rumbo al metro. Me alejo preguntándome en qué punto nos encontramos tras el día de hoy, ya que siento que estas horas solo han supuesto una breve amnistía. A pesar de ello, una pequeña sensación de euforia palpita en mi interior, porque incluso con las cicatrices que nos unen seguimos siendo capaces de crear un universo de magia al que regresar para ser nosotros, distintos e iguales a la vez, dos partes que se combinan para crear algo mucho mejor.

Cuando llego a casa la oscuridad inunda hasta el último rincón. Suelto las llaves sobre el aparador y voy encendiendo luces. Me quito el abrigo y lo cuelgo del respaldo de una de las sillas del salón. La soledad de mi hogar hoy me resulta un tanto opresiva. Busco el mando a distancia y enciendo el televisor. El sonido llena la estancia y me reconforta.

Voy a la cocina, saco de la nevera un recipiente con raviolis que traje del restaurante y lo coloco en el microondas. Me los como sentado frente al televisor, sin molestarme en servirlos en un plato. Cuando me inclino para apoyar el tuper vacío sobre la mesa auxiliar mis ojos se topan con una de las láminas enmarcadas que adornan las paredes. Recuerdo el día que las compramos en una pequeña tienda del mercado de Portobello Road y la

impaciencia de Teresa por verlas colocadas a la vuelta de nuestra pequeña escapada. Sé que si levanto el cuadro encontraré un agujero del tamaño de mi pulgar en la pared, porque el bricolaje no era lo suyo, pero quería sorprenderme y que las encontrase colgadas cuando subiese del restaurante.

Miro a mi alrededor, deteniéndome en cada detalle y rescato de mi memoria decenas de momentos felices vividos entre estas cuatro paredes.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y me froto los ojos. La nostalgia me resulta una vieja conocida, solo que ahora ya no viene acompañada de ese fuego que arrasaba todo a su paso y lo dejaba en carne viva, se ha convertido en una brisa suave que trae un soplo de añoranza.

Me pongo en pie y busco el teléfono móvil en el bolsillo del abrigo. Luego vuelvo al sofá, abro el menú de números favoritos y cierro los ojos mientras los tonos se suceden hasta que la voz de mi madre inunda la línea, nítida como si la tuviera junto a mí y no a cientos de kilómetros de distancia.

—Hola, mamá.

—Aitor, cielo. Justo pensaba en ti.

Su tono risueño me saca una sonrisa.

—¿Sí? ¿Y me tengo que preocupar?

—No seas bobo —me regaña con cariño—. Solo te echaba de menos. Me he acostumbrado a tenerte aquí y ahora se me hace raro no verte a diario.

—Yo también os extraño, solo... ya no podía quedarme más.

—Lo sé, cielo, lo sé. —Hace una pequeña pausa llena de significado antes de continuar—. ¿Cómo estás?

—No lo sé. Es difícil. —Me paso la mano por el pelo y trago saliva—. Me siento diferente y ya no sé si encajo en mi propia vida, en las expectativas que tenía establecidas. A veces siento que camino sin rumbo, sin un destino al que llegar.

—Quizá lo único que tienes que hacer es disfrutar del paseo. No estés impaciente por encontrar soluciones o respuestas. Céntrate en vivir un día cada vez. No tengas prisa, cariño, el único lugar al que tienes que llegar es a ti mismo.

Respiro con fuerza, mientras siento cómo el amor y el consuelo que las palabras de mi madre me transmiten se extienden en mí igual que un

bálsamo.

—¿Sabes que te quiero, mamá?

—Por supuesto, cariño. Estás obligado a hacerlo por las dieciocho horas que tardaste en nacer. Aunque nunca está de más que me lo recuerdes — bromea divertida restando sentimentalismo al tono de la conversación y haciéndome reír.

Hablamos durante casi una hora más solo por el mero placer de hacerlo. Los temas de conversación se van agotando y estoy a punto de despedirme cuando me pregunta por Paula.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Y bien?

—No lo sé. Es complicado y confuso.

—Bien. Simplifícalo, no le pongas nombre, ni etiquetas solo divídelo en partes suficientemente pequeñas que puedas entender. Recuerda paso a paso.

—¿Cuándo te hiciste tan sabía?

Su risa suave llena la línea.

—Tu padre me reclama. Prométeme que vendrás pronto.

—Prometido.

—Si te sientes muy solo tus hermanas se ofrecen voluntarias para poner tu vida patas arriba durante unos días.

—Dile a las dos enanas que Madrid y mi casa están aquí cuando ellas quieran.

—Lo haré.

—Hablamos pronto.

—Cuídate, cariño. Te quiero.

—Te quiero.

El teléfono enmudece y lo coloco sobre la mesa, a la vez que pienso en las palabras de mi madre. Un paso cada vez.

Capítulo 16

Paula

Deslizo la mina del lapicero con precisión por el papel y dibujo los últimos trazos. Es solo un primer boceto, pero ya se puede apreciar la esencia de lo que quiere transmitir la ilustración. Examino el resultado con mirada crítica y sonrío satisfecha. Los trabajos artísticos son los que más disfruto. En concreto, este encargo ocupará la portada de un libro de prosa poética que va a publicar una pequeña editorial.

—¿Qué te parece? —Levanto el bloc y lo giro para que Alicia pueda verlo.

—Muy bonito.

—Ni siquiera lo has mirado —replico irónica.

Con una mueca de fastidio mi prima despega la vista del vano de la puerta que da al pasillo.

—Vale, tienes razón, pero seguro que es precioso, siempre lo son. —Me hace un gesto con la mano para que me acerque—. Déjame ver

Me levanto y me siento a su lado en el sofá.

—¿Y bien?

Alicia toma el cuaderno de mi mano. Sus ojos se deslizan con atención por cada trazo.

—Hermoso. Cuando le añadas color va a ser increíble.

El sonido de un objeto contundente al golpear contra el suelo nos llega con claridad. Alicia frunce el ceño y mira con desconfianza hacia el lugar de donde proviene el ruido. Se mueve inquieta sobre los cojines y yo le palmeo la pierna sana con suavidad.

—Cielo, no te preocupes, están montando una cuna no una bomba atómica.

Se muerde el labio y unas arrugas se dibujan en su frente.

—Es que no lo entiendo —dice visiblemente frustrada.

—No hay mucho que entender. Son hombres y lo de montar cosas con las manos les va. Debe ser alguna reminiscencia de nuestros antepasados

menos evolucionados que se les ha quedado grabada en el código genético.

—¿De los genes de quién habláis? —La voz de Jaime irrumpe desde algún lugar a nuestra espalda. Rodea la barra que separa la pequeña cocina del salón, se acerca al fregadero y acciona el grifo para lavarse las manos.

Sebastián aparece tras él cargado con una caja de herramientas.

—Ha quedado perfecta. Podría dormir hasta una cría de elefante y no se caería. —Le da una palmada en la espalda a Jaime y los dos sonríen orgullosos.

Alicia pone los ojos en blanco y yo tengo que ahogar una carcajada cuando advierto su expresión de pánico al verles sacar dos latas de cerveza de la nevera y sentarse a charlar uno al lado del otro en tono animado.

—Míralos, cualquiera diría que son amigos de toda la vida —murmura mordiéndose la uña del pulgar.

—El trabajo en equipo une —digo con sorna, lo que me vale una mirada de ojos entornados—. A ver, se han caído bien, ya está. Tampoco veo el problema.

—El problema es que Sebastián va ocupando cada vez más parcelas de mi vida y no quiero. Si mi madre ya habla más con él cuando llama que conmigo —se queja.

La miro con ternura y le acaricio el brazo.

—No le des tanta importancia, en un par de días te quitarán la venda y ya no tendrás que verlo a diario.

Apoya la cabeza en mi hombro y no dice nada, pero posa su mirada en el padre de su hijo que ríe despreocupado con mi hermano como si fuese un miembro más de la familia.

—Oye, Ali. —Jaime se gira hacia nosotras con una sonrisa de suficiencia y yo preveo problemas. Mi hermano no entiende de conflictos e ignora las tensiones con una facilidad que me resulta asombrosa—. Sebastián está poniendo en duda mi pericia para preparar una pizza artesanal, así que no voy a tener más remedio que utilizar tu cocina para demostrárselo.

Siento como mi prima se tensa a mi lado. La propuesta de Jaime implica que Sebastián, a diferencia del resto de días, hoy se queda a cenar. Me mantengo expectante ante la posible reacción de Alicia y no sé si apostar por

la explosión o la medida. La escucho suspirar resignada y anticipo que en esta ocasión su parte racional se va a imponer a la visceral.

—Claro, no hay problema.

Sebastián mira a mi prima y sus ojos conectan. Permanecen inmóviles como si durante unos instantes mantuviesen una conversación silenciosa y luego ambos desvían la vista.

La realidad es que ver a Jaime preparar la masa de la pizza resulta todo un espectáculo, la lanza y la estira como un profesional. Su entusiasmo es contagioso y cuando nos sentamos a la mesa el ambiente es divertido y relajado y la cena transcurre como si fuese un acontecimiento cotidiano.

—No puedo creer que le tirases a la fuente. —Sebastián mira a Alicia con una sonrisa de incredulidad en los labios.

—En mi descargo he de decir que solo tenía cinco años y había estropeado mi muñeca preferida. En mi cabeza de niña se merecía el mismo trato.

—Lo que no cuenta es que era invierno, estábamos en Salamanca y el agua parecía hielo —apunta Jaime—. Casi cojo una pulmonía.

—Es cierto. Me costó un par de semanas de castigo, pero ya no volviste a tocar mis juguetes. —Le guiña un ojo y todos nos echamos a reír.

Jaime consulta el reloj y deja la servilleta sobre la mesa.

—Ha sido divertido, pero me tengo que ir si quiero dormir unas horas antes de que suene el despertador. —Se pone en pie y yo le imito.

—Te acompaño. No queda helado y la tienda de la esquina todavía está abierta.

Jaime se despide de Sebastián y Alicia y salimos del apartamento. Mi hermano me echa un brazo por encima de los hombros y me sonrío.

—Lo hemos pasado bien, ¿no?

—Disfrutas demasiado el riesgo, podía haber sido un auténtico desastre. —Le pellizco la cintura y suelta una carcajada.

—Es un buen tipo. Me gusta.

Asiento. Somos de la misma opinión.

—Sí, a mí también.

Me acompaña hasta la tienda, que es la única que continúa abierta en

toda la calle. Nos cuesta unos minutos entendernos con el dependiente, ya que solo chapurrea unas palabras de español, pero, al final, lo conseguimos y abandonamos el establecimiento con el botín helado dentro de una bolsa que cuelga de mi brazo.

Me despido de mi hermano en la puerta y desando el camino hasta el portal. El apartamento se encuentra en penumbra cuando entro, de fondo se escucha el sonido del televisor. No me molesto en encender ninguna luz y camino guiada por la claridad que sale de la pantalla. De inicio no los veo, pero en cuanto me adentro unos pasos más en el salón los distingo en el sofá. Me quedo quieta a medio camino, casi sin respirar por miedo a romper el momento. Parpadeo por si las ganas de verlos juntos me estuviesen jugando una mala pasada, pero no. Sebastián la sujeta con suavidad, Alicia se apoya sobre su pecho y se besan, tan perdidos uno en el otro como si estuviesen solos en el universo. Y aunque me entran ganas de dar palmas y saltar como una niña pequeña, apoyo con mucho cuidado la bolsa en la mesa que tengo al lado, doy media vuelta y salgo sin hacer ruido.

Capítulo 17

Aitor

La veo pasar encogida dentro de su abrigo y salgo de detrás de la barra como una exhalación. Cuando la alcanzo mis dedos aferran su muñeca con suavidad y la detienen antes de que pueda cruzar la calle. Se gira sobresaltada, pero cuando me descubre su gesto se relaja.

—Me has asustado —sonríe y noto el corazón acelerado, aunque lo más probable es que sea consecuencia de la carrera.

—Perdona, no era mi intención. —Todavía sostengo su brazo y su pulso late rítmico y firme contra mi piel—. ¿Va todo bien? Creía que te estabas quedando en casa de Alicia.

Ladea la cabeza y sus ojos entrecerrados me estudian. Aunque su boca no la muestre, por el brillo de sus ojos diría que sonríe.

—Sí, es solo que ha surgido un cambio de planes imprevisto. —Su preciosa sonrisa termina asomando a sus labios desnudos. No suele llevarlos pintados y eso me gusta. Hay algo muy sensual en la naturalidad de su piel limpia sin maquillaje.

La miro embobado y ella me devuelve la mirada con esos ojos que, en mí, todo lo ven.

—Te vas a congelar. —Alza las cejas y señala mi camisa.

Todo mi cuerpo ha estado tan concentrado en ella que no es hasta este momento que soy consciente del roce helado del algodón contra mi piel y de las pequeñas nubes blancas que dibujan las respiraciones calientes al abandonar nuestras bocas. Debería entrar y dejarla que se marche a casa. He salido siguiendo un impulso y ahora no sé muy bien que decir.

Me observa con una mirada risueña. Estudio su expresión. Hoy la noto diferente, más accesible y me parece verla parada frente a mí con su preciosa sonrisa.

«—Te mereces una disculpa por cómo te traté el otro día.

—Ya me la diste. No te preocupes, hoy he descubierto que después de todo sí que tienes alma».

Vuelvo a sentir esa misma energía que crece y cobra vida entre los dos. De pronto, recuerdo un local por el que pasé un par de días atrás, cerca de Callao. Fue verlo y pensar en lo mucho que me gustaría llevarla. Y según la idea vuelve a mi cabeza, ir con ella se convierte en una necesidad.

—¿Tienes planes? —lo pregunto a bocajarro.

—No, pero...

—Perfecto. —La corto y tiro de su brazo para hacerla entrar en el TTeam.

La dejo sentada en un taburete mientras recojo mis cosas y me despido de los chicos que nos miran de reojo, sin poder disimular la curiosidad ni las sonrisas. Sonrisas que me caldean el pecho, porque son de afecto verdadero.

Me voy poniendo el abrigo mientras camino hacia donde Paula espera con la curiosidad brillando en los ojos y me detengo cuando llego a su altura.

—¿Vamos? —Me gustaría tenderle la mano y entrelazar sus dedos con los míos, pero no creo que accediese, así que me guardo las ganas y me limito a señalar la puerta y cederle el paso.

Caminamos unos metros en silencio. No me lo dice, pero tiene frío, el castañeteo de sus dientes me resulta perfectamente audible. Giro en la esquina y salimos a una calle más transitada donde detengo el primer taxi que veo libre.

—¿Vamos lejos?

—No, pero no quiero que enfermes —me río por la mueca de sorpresa que se insinúa en su rostro. Abro la puerta, espero a que pase y luego la sigo al interior del vehículo.

Le doy la dirección al taxista y me acomodo en el asiento. Paula me sonrío y luego deja que sus ojos le tomen el pulso a la ciudad a través del cristal de la ventanilla. Las luces del exterior se reflejan en su rostro relajado, me encantaría saber qué pasa por su cabeza.

Sigo su ejemplo y me pierdo en mis pensamientos. Miro hacia la calle y observo a las personas que caminan apresuradas por las aceras. Solas, en pareja. Individuos sociales siempre con gente alrededor y, sin embargo, a veces, tan aislados. De esa misma manera me he sentido yo durante mucho tiempo. Desconectado, solo. Pero justo ahora, en este instante, sentado en un

taxi y en silencio, me doy cuenta de que ya no me veo reflejado en ese sentimiento.

El conductor para en medio de la estrecha calle y detiene el taxímetro. Le entrego un billete y bajamos sin esperar el cambio, porque una fila de coches empieza a formarse detrás de nosotros. Coloco la mano en la espalda de Paula y la guio hacia la entrada de lo que parece una tienda de decoración.

—¿No es un poco tarde para ir de compras? —Arquea las cejas y yo sonrío sin decir nada, solo me mantengo a su lado y contemplo cómo su expresión va cambiando a medida que nos adentramos en el local.

La sigo mientras se mueve entre los muebles y objetos restaurados y de diseño que llenan el espacio. Parece una niña en un parque de atracciones. Una carcajada escapa de su garganta y explota en mi pecho cuando alza la vista y ve la enorme lámpara de araña hecha a base de bolis BIC.

—Es de cuento, me siento como Alicia en el País de la Maravillas. —Gira sobre sí misma y el verde de sus ojos brilla con intensidad llenando de vida sus ojos y contándome más de lo que sus palabras podrían.

—Pues todavía hay más.

Envuelvo su mano con la mía, ya no es una opción no tocarla, y tiro de ella con suavidad. La trastienda oculta una especie de bar clandestino con luces cálidas y música suave que consigue dibujar una leve O de sorpresa en sus labios. Sus labios. Recuerdo su calor y su tacto, que me hacían sentir vivo, completo otra vez. Trago saliva y contengo el impulso de pegarlos a los míos.

Suelto su mano y señalo un rincón ocupado por dos enormes sillones tapizados en piel marrón y blanca, que hacen sonreír a Paula cuando los ve, y nos sentamos.

—Me encanta. Gracias por traerme.

—No hay nadie más con quien hubiera querido venir. —Me mira desconcertada y le guiño un ojo restándole intensidad al comentario.

—¿Qué quieres tomar?

—Cualquier cosa sin alcohol.

Me levanto y me acerco a la barra. Le pido al camarero una cerveza y un Daiquiri sin alcohol, y mientras me los sirve me giro. Paula observa todo a su

alrededor sin perder detalle, cuando sus ojos llegan a la barra y me ve sus labios se curvan en una sonrisa que me obliga a sonreír de vuelta. Puedo notar una emoción que me recorre, extraña y familiar a la vez. Una especie de euforia sutil que cosquillea bajo la piel y hace demasiado tiempo que no experimento. Recuerdo el consejo de mi madre acerca de simplificar las cosas y me aferro a lo que estoy sintiendo en este momento. El resto puede esperar.

Capítulo 18

Paula

No sé si es el día, el sitio o la compañía, pero hay magia en el ambiente. Algo eléctrico crepita a nuestro alrededor cuando nos miramos o nos tocamos y su energía se prende de cada centímetro de mi piel y mi sonrisa, que siento más ligera y libre. Nuestros ojos se encuentran en la distancia y sus labios se elevan de una forma tan hermosa que consigue que mi corazón lata sin control. Podríamos encontrarnos en el medio de la nada o de una multitud y sería lo mismo, porque solo tengo ojos para él. No dejamos de mirarnos mientras se acerca con una botella de cerveza en una mano y un vaso alto, de un cristal tan fino y elaborado que parece un jarrón, y los deja sobre la mesa.

—Entonces... Paula, ¿verdad?

Sonrío y asiento siguiéndole el juego, resulta demasiado tentador como para no hacerlo, porque en algún momento, antes de que una de las fichas que conforman la supuesta interrelación entre todos los elementos del universo cayese, existió la posibilidad de que un chico y una chica cualquiera, se conociesen en un bar cualquiera de cualquier ciudad.

Me dejo ir, sin pensar en nada. Me centro en el movimiento de sus labios cuando habla, en sus manos relajadas que de vez en cuando cobran vida a tratar de explicarme alguna cosa, en su sonrisa que se muestra a cada instante y, por encima de todo, en sus ojos; oscuros, vibrantes, cálidos, que me envuelven y me atrapan haciéndome sentir expuesta y segura; inquieta y cómoda a la vez.

Llevamos horas sin parar. La conversación fluye, hemos ido saltando de un tema a otro, hablando de todo y de nada, como si en realidad fuéramos dos extraños que intentan conocerse. Del trabajo, al que ambos llegamos por casualidad y donde descubrimos una vocación que nos hace disfrutar; de música, Aitor es más ecléctico en sus gustos, pero lo que más escucha es rock y, sin embargo, uno de sus grupos favoritos es Coldplay —cosa que yo ya sabía y una contradicción en sí misma—, yo soy de pop, español a ser posible, porque me gusta entender lo que canto, lo que le hace una gracia

enorme; de la familia, le cuento cual ha sido mi regalo de Reyes y que ya tengo planificado casi todo el itinerario de las seis semanas que planeo estar fuera de casa; charlamos de lo que nos gusta, en general, sin ninguna pretensión más que la de disfrutar el momento y la compañía.

Vamos por la tercera ronda. Aitor da un trago a su cerveza y la apoya sobre la mesa. Nos hemos quedado callados, sumidos en un silencio cómodo, en el que todavía flota el eco de todo lo que hemos compartido esta noche.

—Resumiendo: prefieres los gatos a los perros, no te gusta madrugar, adoras el chocolate y cocinas de pena.

—¡Eh! No cocino de pena, simplemente no me apasiona y cuando algo no me llena me cuesta implicarme —aclaro fingiendo sentirme ofendida, lo que provoca una mueca burlona en mi interlocutor.

—¿Sabes? Me gusta esto que tenemos. —Hace un gesto que nos abarca a los dos—. No quiero perderlo.

Suspiro, porque aunque trate de ignorarlo yo lo siento igual.

—No digas nada todavía. Solo déjame hablar, por favor. Sé que en apariencia todo parece muy complicado, que fui yo quien lo hizo más difícil marchándome, lo estropeé. También sé que estaba equivocado, no huía de ti, sino de mis propios fantasmas. Estoy seguro, porque se vinieron conmigo. — Se detiene un instante como si estuviera ordenando las palabras dentro de su cabeza—. Me había perdido en mi dolor y me mostraste la salida. Contigo todo resulta más fácil y necesito que sea así. Me gusta la persona en la que me convierto cuando te tengo al lado y que la soledad se desvanezca, porque la ahuyentas con tu luz. Necesito las pequeñas victorias del día a día. Necesito una amiga. Te necesito a ti.

Entiendo lo que conlleva su petición y a lo que, probablemente, tendré que renunciar. Y con todo y con eso, en esta ocasión, soy incapaz de negarme.

Capítulo 19

Aitor

Todavía es temprano y no hemos abierto al público. Termino de repasar el último balance que nos ha hecho llegar el asesor y levanto la vista. Observo a Sebastián que no deja de moverse como un animal enjaulado.

—¿Se puede saber qué te pasa? Empiezas a ponerme nervioso con tanta actividad.

Me mira, deja las cajas que carga entre los brazos en el almacén y se sienta en una silla frente a mí.

—Casi prefería cuando te pasabas todo el día ejerciendo de enfermero.

Arquea una ceja y da un sorbo a la taza que lleva más de quince minutos sobre la mesa.

—Mierda, está helado. —Se pone en pie de nuevo y se dirige a la máquina de café—. ¿Quieres uno? —Se gira sosteniendo otra taza vacía en la mano.

—No gracias, con el que he tomado y tu estado de ánimo tengo suficiente para llevar el día.

Murmura algo que no consigo descifrar en la distancia, pero me suena parecido a «tocapelotas» y esbozo una sonrisa.

—Y exactamente, ¿cuánto va a durar esto?

Me mira por encima del hombro mientras prepara la leche.

—No sé de qué hablas.

—Sencillo. Digo que si te pone de tan mal humor no ver a Alicia, tiene fácil solución. Deja de comportarte como un adolescente despechado y sentaros a hablar como los dos adultos que sois.

—No debemos de estar hablando de la misma Alicia —sonríe sin humor—. Porque la que yo conozco es capaz de dormir contigo y a la mañana siguiente desaparecer con muletas y todo.

Contengo una sonrisa mal disimulada, no porque me parezca graciosa la situación en sí sino por lo absurdo de toda ella, y Sebastián me mira con gesto de advertencia.

—Quizá necesitamos un poco de distancia. —Por la determinación en su voz sé que está decidido a mantenerse firme y que nada de lo que diga va a hacerle cambiar de opinión, así que no insisto.

Terminamos de organizar los asuntos del restaurante y al poco rato Nadia y Toni cruzan la puerta. Comentamos con ellos los pequeños cambios que hemos hecho en el menú y nos preparamos para levantar el cierre.

A pesar de que no hace falta, pues el resto del equipo está a punto de llegar, los dos decidimos quedarnos; Sebastián porque necesita mantenerse ocupado y yo porque no quiero dejarle solo.

La primera hora resulta tranquila. Pasadas las dos el restaurante comienza a llenarse. Sebastián se mete detrás de la barra para echar una mano y yo me dedico a organizar las reservas.

En esas estamos cuando la puerta se abre y la figura de Alicia se recorta en el umbral. Se detiene en la entrada y se quita los guantes y el gorro. Me giro hacia Sebastián para comprobar si la ha visto y la tensión que aprieta su mandíbula me indica que lo ha hecho.

Alicia mira indecisa a un lado y al otro del local y luego camina hacia la barra. En un primer momento siento el impulso de interceptarla, pero luego decido que no es asunto mío y permanezco quieto donde estoy; lo suficientemente lejos para darles intimidad y lo bastante cerca por si tuviese que ir al rescate de alguno de los dos.

Charlan durante unos minutos; no puedo escuchar lo que dicen, pero su lenguaje corporal resulta muy esclarecedor. Sebastián exhibe una expresión neutra y educada. La misma que utilizaría con cualquier cliente. Alicia, sin embargo, trata de mostrarse indiferente, pero cuando mi amigo se vuelve para ir a la cocina una expresión fugaz de dolor la delata.

La veo tan vulnerable que no puedo evitar acercarme. No hemos tenido apenas trato y no sé qué opinión tendrá sobre mí tras todo lo ocurrido con Paula, pero decido arriesgarme. Me levanto del taburete y doy unos cuantos pasos hasta pararme a su lado con un sencillo hola.

Gira el rostro y cuando me ve esboza una pequeña sonrisa.

—Ah, hola. No te había visto.

—Se me da bien pasar desapercibido —bromeo. Luego señalo su pie—.

Me alegra que ya te hayas recuperado.

Sigue mi mirada y mueve el tobillo libre del vendaje.

—Ha sido un engorro, pero no me quejo, fue lo menos que me pudo ocurrir.

Asiento mostrando mi acuerdo y le sonrío.

—Te apetece tomar algo mientras esperas.

—No, gracias. Solo he bajado a por uno de esos maravillosos *brownies* que preparáis. —Se alisa el vestido y la curva del embarazo se marca bajo la tela.

Por el rabillo del ojo puedo ver a Sebastián que se ha parado a mitad de camino y la mira fascinado. Son solo unos segundos, porque enseguida reanuda la marcha con la misma expresión estudiadamente cordial de antes.

—Aquí tienes. —Coloca una bolsa de papel frente a nosotros—. Invita la casa.

Alicia le da las gracias y estira el brazo para coger el paquete, leo la duda en sus movimientos, parece que quiere decir algo, sin embargo, en el último momento se arrepiente, agarra las asas y se baja del taburete.

Sebastián se despide y desaparece por la puerta de la cocina. La decepción se deja ver en los ojos de Alicia.

—¿Quieres que te acompañe? —Ha comenzado a llover y no lleva paraguas.

—No, no te preocupes. Es una carrera hasta el portal.

—¿Segura? —insisto, porque me quedaría mucho más tranquilo.

Me sonrío con calidez y estudia la calle a través de los cristales.

—Segura. Son cuatro gotas.

La escolto hasta la puerta y espero mientras se abrocha el abrigo y se coloca los guantes y el gorro. Cuando acaba empuja la hoja de madera, pero en vez de salir se detiene a mi altura.

—Pareces un buen tipo y por eso te voy a decir esto. —Hace una pausa y me mira a los ojos—. Paula se implica demasiado. Ya le hiciste daño una vez. Si no puedes darle lo mismo que ella te ofrece, no la confundas.

Parpadeo desconcertado y me sonrío.

—Gracias por el postre. —Levanta la bolsa y acto seguido empuja la

puerta y echa a correr.

Me quedo observando hasta que la veo llegar al portal y desaparecer sana y salva en el interior del edificio.

No he conseguido deshacerme de las palabras de Alicia, que todavía siguen dando vueltas en mi cabeza cuando llego a casa. Le hice daño. Soy consciente de que de alguna manera mi inesperada huida pudo hierla, no obstante, siempre he querido creer que para Paula el tiempo que pasamos juntos no tuvo el mismo significado que para mí. Y, sin embargo, algo en la manera en la que Alicia lo ha dicho ha activado las alarmas en mi interior.

Cierro el libro, en el que no he conseguido avanzar más de unas pocas páginas, y lo coloco sobre la mesa. De pronto, siento una necesidad apremiante de verla y comprobar si está bien, si estamos bien.

Media hora después me encuentro llamando a su puerta con una fuente repleta de pasta recién cocinada en las manos. Me giro, contorsionándome hasta que alcanzo el timbre con la cadera y espero.

Lo primero que veo cuando la puerta se abre son un montón de unicornios con las crines de colores. Mi boca se curva en una sonrisa. Alzo la mirada con un comentario irónico preparado acerca de su originalidad a la hora de elegir pijamas, pero las palabras se quedan congeladas antes de abandonar mis labios. Tiene los ojos hinchados y la nariz roja. Siento la angustia palpar en mi pecho y solo pienso en soltar lo que me ocupa y envolverla entre mis brazos.

—Aitor. —Me mira con la sorpresa pintada en su precioso rostro ahora macado por las huellas del llanto.

—¿Qué ocurre? —Unas arrugas se dibujan en su frente ante la vehemencia en mi tono.

—Dime qué te pasa, pequeña, ¿por qué lloras? —pido con suavidad. Luego alzo la mano y la coloco enmarcando su cara.

Sus ojos se abren con comprensión y una sonrisa dulce aparece.

—Todo está bien. No me pasa nada. —Coloca su palma sobre la mía para tranquilizarme.

—Pero has llorado. Dime por qué.

Se ríe y sus ojos aún húmedos destellan.

—Una película. —Desvía la vista al suelo y su piel se tiñe de rosa.

—Una película —repito incrédulo con el alivio extendiéndose por mi interior.

—Sí, una película —afirma—. No me mires así, seguro que a ti te ha pasado alguna vez.

Muevo la cabeza con una sonrisa. *Mi dulce y tierna, Paula.*

—¿Qué traes ahí?

Sigo el camino de su mirada y recuerdo para que he bajado en realidad.

—Pasta —levanto la fuente—. He pensado que podríamos compartirla. —No sé porque me molesto en imprimirle un aire casual a la propuesta; se supone que dos amigos pueden cenar sin tener que poner excusas para hacerlo.

Estudia el recipiente durante unos segundos y luego se aparta para permitirme entrar. La miro por el rabillo del ojo y veo que su sonrisa luce a juego con la mía.

—¿Qué estabas viendo? —coloco la bandeja en la encimera y lo destapo.

—La vida es bella.

—Pues el título no debe estar muy acertado si acabas de empezarla y ya estás llorando como una magdalena.

—En realidad es muy acertado. Muestra que incluso en las situaciones más terribles puedes buscar el lado bueno de las cosas y manda un mensaje de esperanza. —Abre un armario y se gira—. ¿Te importa si cenamos en el salón?

Niego con la cabeza y saca dos boles blancos de cerámica. Se acerca, se inclina sobre mi brazo e inspira.

—Huele bien.

—Mejor sabrá —respondo. Le quito los cuencos de la mano y la beso en la sien. Los dos nos quedamos inmóviles un segundo. Lo he hecho sin pensar, ha sido una reacción natural a su proximidad.

Se da la vuelta y abre el frigorífico.

—No te he preguntado qué quieres de beber.

—Agua, por favor.

No puedo verle la cara y me pregunto si sentirá lo mismo que yo cuando estamos cerca. Ese anhelo, la necesidad de contacto.

Termino de servir la cena y la llevo al salón, donde Paula ya ha colocado los cubiertos y los vasos en la mesa frente al televisor. Me espera sentada con el mando a distancia en la mano.

—¿Vemos la película?

Hago un gesto negativo y me siento junto a ella, que deja el mando sobre la mesa y se acomoda con las piernas cruzadas y el bol en las manos.

Hemos acabado de cenar hace rato, pero seguimos en el sofá. Los créditos finales aparecen en la pantalla. Cojo mi vaso y bebo un sorbo de agua para tragar el nudo de emoción que tengo en la garganta. Joder con Roberto Benigni. Miro a Paula que arruga un pañuelo de papel en la mano abrazada a un cojín, mientras las lágrimas corren libres por su rostro. Vuelve la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Un sollozo escapa de su garganta y me rompe en dos. Me acerco a ella y la acuno entre mis brazos. Se aferra a mi camiseta y yo deslizo los dedos entre sus mechones con suavidad. Estamos tan cerca que puedo sentir los latidos de su corazón. Su corazón.

El pensamiento me sorprende, al principio. No sé cuándo ha sucedido ni cómo. Luego me reconforta. Cierro los ojos y me concentro en sentir. Un latido; su risa. Un latido; el brillo de sus ojos. Un latido; el timbre de su voz. Un latido; su dulzura. Y comprendo que cada pulso del corazón que late en su pecho le pertenece a ella y nadie más, porque es Paula quien le da un significado más allá de la definición física como el órgano encargado de bombear sangre al resto del cuerpo, es ella quién lo hace ser algo extraordinario capaz de albergar deseos, sentimientos y pasiones.

Capítulo 20

Paula

El *I will survive* de Gloria Gaynor que se escucha desde el rellano de la escalera me da una pista de lo que me voy a encontrar cuando abra la puerta y no me equivoco. Alicia se encuentra en plena crisis a lo Bridget Jones, solo que como no puede beber alcohol creo que trata de perder la consciencia por un coma diabético, a juzgar por la cantidad de tarrinas de Ben & Jerry's desperdigadas por la mesa del salón.

—¿Pero qué haces, cariño? —Me acerco y le quito la cuchara repleta de helado casi derretido que está a punto de llevarse a la boca.

—Le odio. —Agarra un cojín y comienza a golpearlo contra el respaldo del sofá—. ¡Le odio! ¡Le odio! ¡Le odio!

—¡Vale! Para. No sé de qué va esto, pero tienes que parar. Te estás comportando como una loca —replico quitándole el improvisado proyectil de las manos.

Se deja caer sobre el sofá y se rodea la barriga con las manos.

—¿Qué ocurre, cariño? —Me siento a su lado y le acaricio la sedosa melena—. ¿A quién odias?

—A Sebastián, odio haberlo conocido y odio que vaya a ser el padre de este bebé.

—Sabes que eso no es verdad. Sebastián, va a ser un padre estupendo. Y estas semanas se ha portado contigo de maravilla.

—¡Por eso! —exclama y la voz se le entrecorta con un sollozo—. No puede venir aquí y comportarse como si fuese el jodido príncipe azul y luego desaparecer y si te he visto no me acuerdo.

No quiero comportarme de manera cruel, pero ha llegado el momento de que alguien le abra los ojos.

—¿No fue eso lo que hiciste tú? —pregunto con suavidad.

—La diferencia está en que yo soy tan tonta que me lo he creído, creí que se quedaría conmigo —lo dice con la voz rota y se echa a llorar de forma tan violenta que me asusta. Me he acostumbrado a los cambios de humor

excesivos que le provoca el embarazo, sin embargo, sospecho que detrás de este arranque se esconde algo más.

La acuno entre mis brazos y trato de calmarla con palabras suaves. Poco a poco los sollozos se van espaciando. Me mira con los ojos húmedos e hinchados y parece tan cansada, tan triste. La armadura de chica dura con la que se protege se ha resquebrajado y por fin se muestra como en realidad es: una mujer enamorada que tiene miedo al amor.

—Lo he estropeado todo —dice apenada—. Quería echarlo de mi vida y lo he conseguido.

Le ofrezco un pañuelo de papel para que se seque las lágrimas que vuelven a escapar de sus ojos.

—Le quieres. —No lo pregunto, porque conozco la respuesta desde antes de que ella fuese consciente de lo que sentía.

—Sí. —Me mira con sus enormes ojos llenos de pena.

—Pues demuéstreselo.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Yo sé el daño que te puede hacer enamorarte, porque se lo causé a alguien que me quería. ¿Cómo puedo abandonarme y poner mi corazón en manos de otra persona si no confío ni en mi misma?

—Porque en eso consiste el amor. En dejarlo en sus manos y confiar en que sabrá cuidarlo.

—¿Y si se da cuenta de que soy un fraude?

Me duele la visión tan distorsionada que tiene de sí misma.

—Ali, no eres ningún fraude, solo humana y cometes errores como tal. Debes dejar de boicotearte y permitirte querer y que te quieran, ser feliz.

Me quedo con Alicia un rato más. Cuando me convenzo de que la crisis ha pasado y se encuentra de nuevo centrada y tranquila me marcho con la promesa de llamarla cuando llegue a casa.

Tengo que parar a hacer unas compras, por lo que me desvío del camino original hacia calles más céntricas. Se ha levantado viento y camino con la cabeza agachada y los brazos cruzados sobre el pecho tratando de resguardarme de su caricia helada. Giro en una esquina y me detengo de

golpe al encontrarme con otra persona que camina por el mismo espacio en sentido contrario. Levanto los ojos sobresaltada y un rostro, que conozco muy bien, me sonríe con calidez.

Le miro. Los mismos ojos castaños, las mismas facciones aniñadas, la misma mirada dulce y serena en la que tantas veces me perdí.

—¿No me vas a decir ni un simple hola después de tantos meses?

Su voz me saca de mi aturdimiento y le sonrío.

—Claro que sí.

Víctor se inclina y me da dos cariñosos besos que le devuelvo con sinceridad. A pesar del final un tanto precipitado y abrupto de nuestra relación cuando le miro no siento rencor, sino cariño y un pequeño punto de nostalgia por lo que no pudo ser.

—No esperaba verte en Madrid. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace un par de días. Tengo que organizar unos temas con mi equipo aquí y voy a estar aquí varias semanas. —Me recorre con la mirada y me ruborizo—. Mírate, estás preciosa —se ríe y yo le acompaño un tanto avergonzada.

—Tú sigues igual. —Y no miento, continúa teniendo el mismo encanto y ese punto *friki* que tanto me gustaba.

Se mete las manos en los bolsillos y se balancea levemente.

—Vine en Navidad. Un par de escapadas relámpago. Quise llamarte.

—¿Por qué no lo hiciste?

Resopla y se frota la mandíbula.

—Supongo que no quería hacerlo con prisa. —Me regala media sonrisa—. Aunque ahora tiene solución. ¿Qué me dices? ¿Puedo invitarte a cenar y nos ponemos al día?

No me hace falta pensarlo demasiado. Me siento cómoda con él y me apetece saber cómo le van las cosas. Fue mi mejor amigo y añoro esa parte.

—Acepto.

Capítulo 21

Aitor

Casi rompo a reír cuando la veo con el pelo suelto cayéndole por la espalda y sus vaqueros ajustados frente a la taquilla del cine. Llevo días resistiéndome a la tentación de aparecer en la puerta de su casa con excusa o sin ella y la única pretensión de pasar algo de tiempo juntos. No lo he hecho. Quiero ir despacio, que cada pieza vaya encajando por sí sola, sin necesidad de que la empujen. Que los sentimientos que se agitan inquietos en mi interior vayan cogiendo forma y descubriéndome su significado.

Solemos tomarnos la vida como una carrera enloquecida en la que llenamos nuestros días sin detenernos un momento para poder disfrutarlos ni saber que sentimos la mayoría de las veces. Yo no quiero que me ocurra eso con Paula. Quiero ser consciente de cada paso que demos en este camino, que ya sea por destino o casualidad, se empeña en reunirnos. Quiero vivir cada momento sin tener que correr para perseguirlo.

Me apoyo contra una columna que queda a un lado de la taquilla y espero con media sonrisa y los brazos cruzados sobre el pecho; de forma inevitable tiene que pasar por delante para dirigirse al acceso a las salas.

—Hola.

Levanta los ojos y sus labios se curvan de inmediato cuando me ve.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

Miro a mi alrededor fingiendo confusión.

—Creía que esto era un cine.

—No eres nada gracioso. ¿No te lo han dicho nunca? —Hace una mueca arrugando la nariz que me parece adorable.

—Me rompes el corazón con tanta sinceridad.

Alargo la mano hacia ella y tiro con suavidad de la entrada que sostiene.

—Hum... La, La, Land. ¿Te gustan los musicales?

—Me gustan las historias de amor. La vida ya se encarga de enseñarnos suficientes finales tristes. —Se encoge de hombros con una expresión que no puedo definir bien, dulce y con un matiz de tristeza.

—¿Has venido sola?

Asiente y se sonroja.

—Te va a parecer una tontería, pero es la primera vez que lo hago. Y me siento como si todo el mundo me mirase.

—¿Entonces por qué has venido? —pregunto con la sonrisa dibujada en los labios.

—No lo sé, me apetecía ver la película —titubea—. Quizá quería demostrarme que podía hacerlo o descubrir si prefiero hacer las cosas de otra manera.

Arqueo una ceja y suspira.

—Es una estupidez.

—A mí no me lo parece. No tiene nada de malo buscar un poco de soledad de vez en cuando. Y mucho menos tratar de averiguar qué cosas te gustan.

Pestañea un par de veces y me regala una pequeña sonrisa.

—¿Con quién has venido tú?

—Te diría que contigo, pero me parece que estropearía tu experimento.

Me observa un momento y luego entrelaza mi brazo con el suyo.

—El experimento puede esperar. Prefiero verla contigo —asegura y tira de mí para que pueda comprar la entrada. Me río y la dejo hacer, porque, aunque no me gusten demasiado las películas románticas y los musicales me pongan los pelos de punta, no querría estar en ningún otro sitio en este momento.

Salgo del cine con los ojos llenos de Paula y un cosquilleo extraño bailando bajo la piel. Miradas que se buscan en la penumbra, cuerpos que se tocan compartiendo el mismo espacio, alientos que acarician al susurrar; una intensa intimidad que me ha cogido por sorpresa y ha activado cada uno de mis sentidos.

A mi edad, me siento como un adolescente fascinado al descubrir las primeras señales del amor que sobreviene silencioso. No digo que sea lo que siento, no lo sé, siempre he pensado que nunca podría volver a abandonarme de esa manera que requiere el verdadero amor. Y, sin embargo, cuanto más

tiempo paso con Paula, más siento que me despojo de las capas pesadas e inservibles que me pesaban en el corazón.

La miro mientras caminamos. Una sonrisa inmensa en el rostro y los ojos brillantes. Preciosa, deslumbrante.

—Te ha gustado.

—Es perfecta —dice y suspira. Toda ella resplandece y una parte de su emoción se me contagia.

Paseamos por las calles, sin prisa, a veces en silencio, otras un tímido tarareo sale de su boca y habla de amor, sacrificios, esperanza y muchas cosas más. Me detengo y cuando se gira, tiro de su mano con suavidad.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta riendo.

La rodeo con mis brazos atrayéndola a mi pecho y entono la misma melodía junto a su oído. Me mezo despacio, llevándola conmigo. Relajado, feliz, reconociéndome en mí mismo como no lo hacía desde mucho, demasiado, tiempo antes.

—Van a pensar que estamos locos. —Sus palmas cálidas se apoyan en mi pecho.

—Si preguntan les diré que he encontrado mi motivo para sonreír.

Indago en sus ojos y me gusta lo que veo. Nuestros cuerpos se amoldan uno al del otro cuando nos juntamos más. Cierro los ojos un instante y disfruto la sensación de su calor junto a mi piel. Me cautiva y a la vez me asusta que me haga sentir con tanta intensidad. Pero me temo que ya es tarde para tener miedo, porque sentir supone una droga a la que me estoy volviendo adicto.

Cuando llegamos a nuestro edificio algo cambia en el aire, se vuelve denso, cargado de emociones, sentimientos y anticipación, sin duda esta última también se encuentra presente. Resulta demasiado evidente que ambos somos muy conscientes de que un ingrediente nuevo se ha colado en la ecuación: deseo. Subimos en el ascensor apoyados uno en cada pared, buscándonos con los ojos cada pocos segundos y sonriendo como dos idiotas.

Al llegar a su planta me bajo para acompañarla y nos detenemos frente a su puerta.

—¿Quieres un café? ¿Una cerveza?

—No, me voy ya a casa —digo con suavidad.

Aprieta los labios en ese gesto tan suyo que me indica que está indecisa o nerviosa.

—Lo he pasado muy bien —sonríe y le devuelvo la sonrisa.

—Yo también.

—¿Estás seguro de que no quieres pasar? —musita.

—No, pero me marchó de todas maneras.

La desilusión que muestran sus ojos, casi acaba con mi determinación. Coloco la palma abierta en su cuello y le acaricio la piel suave del rostro con el pulgar.

—No puedo quedarme.

—No puedes o no quieres.

—No debo, porque si lo hago me pasaré la media hora que me dure la cerveza pensando en cómo se sienten tus labios contra los míos. Media hora en la que la poca fuerza de voluntad que me queda se esfumará y entonces no tendré más remedio que acercarme y comprobar si la sensación sigue siendo tan increíble como el recuerdo que guardo en mi memoria. Y si te beso, querré más mucho más; querré deshacerme de tu ropa, ver tu piel desnuda y acariciar cada centímetro. Y si eso pasa ya no habrá vuelta atrás.

Me observa con los ojos muy abiertos y la respiración ligeramente acelerada.

—Por eso no puedo quedarme.

La atraigo hacia mí y la acojo entre mis brazos, poso mis labios en su frente con suavidad, en un beso tierno que no pide nada a cambio, y cierro los ojos empapándome de la simple sensación de su cuerpo contra el mío. Desearía que todo fuese más sencillo, pero no quiero precipitarme y estropearlo. No esta vez.

Capítulo 22

Paula

Quise creer que sí. Que levanté barreras, muros altos como torres de piedras enormes, con los que proteger mi corazón. Ahora sé que no lo hice. Solo aparqué mis sentimientos, los dejé en espera, hibernando, creyendo que se mantendrían seguros, que Aitor no podría acceder a ellos. Y me equivoqué, de forma absoluta y estrepitosa. Con cada una de sus sonrisas, de sus abrazos, de sus palabras, el hielo se derritió y la primavera creció de nuevo en mi corazón. Llena de esperanza y luz. Me enamoré.

Y lo hice con los ojos abiertos. Con ganas y con miedo. Conociendo sus fantasmas y a pesar de ello queriendo permanecer a su lado.

Capítulo 23

Aitor

Me fascinaba lo increíblemente preciosa que era. Me encantaba su talento y verla crear universos de magia sobre un papel. Adoraba la forma en que su calor se extendía cómo un incendio por mi piel cada vez que me tocaba y el sonido de su risa que cosquilleaba en mi pecho como un eco incluso segundos después de que ya no lo escuchase. Me maravillaba el entusiasmo con el que disfrutaba de las pequeñas cosas, su forma de atesorarlas. Y la expresividad que no lograba dominar y desvelaba sus pensamientos de forma inconsciente. Me enorgullecía su valentía y su franqueza. Su dulzura y su bondad.

Pero, sin duda, lo que más amaba era que fuera capaz de ver a través de mis cicatrices, que conociera mis miedos y mis demonios y a pesar de eso estuviera dispuesta a seguir junto a mí.

Capítulo 24

Paula

Desde la tarde del cine nuestros encuentros han dejado de ser casuales. Nos vemos todos los días, a veces cinco minutos, otras unas horas, y vamos explorando con pies de plomo esta conexión que no deja de crecer. De vez en cuando, le descubro mirándome fijamente cuando cree que no me doy cuenta y en esas ocasiones no puedo evitar seguir preguntándome qué ve cuando me mira.

Hoy estamos los dos tumbados sobre la alfombra de mi salón. Mis padres me dieron el domingo una caja llena de mis vinilos antiguos que encontraron al hacer limpieza en el garaje. Aitor los va sacando de la caja y dejándolos apilados sobre la mesa baja de centro.

—Los Back Street Boys, Modestia Aparte, Hombres G... Pequeña, tu selección musical empieza a darme miedo.

Pequeña. Nunca me han gustado los «nena», «preciosa» ni ningún otro apelativo de ese tipo y hasta ahora «pequeña» entraba dentro de la misma categoría. Digo hasta ahora, porque cuando es Aitor quien lo pronuncia no me resulta burdo, ni posesivo. Lo dice con ternura y un matiz de devoción que me hace sentir calor en el pecho. Solo le he escuchado utilizarlo con sus hermanas y conmigo y puede que ese hecho contribuya a que aún me suene más especial.

—No le veo el problema. Son grupos que marcaron una época.

—Tanto como marcar no sé yo —responde irónico sin ocultar una sonrisa. Estira el brazo y tantea a ciegas en la caja. Cuando saca la mano en vez de la funda de un disco sostiene un papel.

Es una hoja arrancada de un cuaderno. Está arrugada y el blanco y azul que dibuja los cuadros ha perdido su tono original.

—Vaya, vaya. Creo que he encontrado una carta de amor.

Pongo los ojos en blanco y se la quito de las manos. La despliego y la aliso contra el suelo con cuidado. Leo el encabezado, escrito con una letra todavía infantil, y me echo a reír.

Aitor se asoma sobre mi brazo.

—Mi lista de deseos —le escucho decir.

No sé cómo ha acabado en esa caja, pero, sin duda, es mucho anterior a los discos que la llenan.

—Tener un perro y llamarlo Canela. Crecer rápido para ser más fuerte que Jaime y que no me robe mis muñecas. Tener el trabajo más chuli del mundo que por supuesto es hacer películas de Walt Disney. Que mi primer beso sea bajo las estrellas. Ser muy feliz.

Sonríó ante la inocencia que reflejan los deseos de la lista.

—Qué sencilla se ve la vida desde unos ojos de diez años.

—Nunca deberíamos dejar de sentirlo así, ¿no crees? Con naturalidad e ilusión. ¿Conseguiste cumplir alguno?

Releo la lista y sonrío con nostalgia.

—Ni uno solo, pero alguno se acerca. —Extiendo los dedos y comienzo a enumerar—. Mi padre es alérgico al pelo de los animales, así que nunca pude tener un perro en casa. Jaime dio el estirón enseguida y cualquier posibilidad de poder con él se esfumó. Por la contra, pronto empezó con la pre adolescencia y empecé a ser invisible, por lo que se olvidó de mis muñecas. Nunca he llegado a trabajar para Walt Disney, pero me gano la vida dibujando que es lo que más me gusta. Mi primer beso me lo dieron en una discoteca con las luces cegándome y la música a todo volumen. El chico se marchó tan rápido que casi ni me enteré. Y respecto a lo de ser muy feliz, juzga por ti mismo. —Bajo el dedo meñique y me encojo de hombros.

Nos encontramos muy cerca y me mira tan serio que me siento incómoda.

—Vale. —Se pone en pie y me tiende la mano.

—¿Qué? —pregunto con un punto de inquietud. La intensidad de su mirada me pone nerviosa.

—Vamos. —Se inclina un poco más. Le agarro y tira de mí para ponerme en pie.

Sin decir una palabra, me lleva hasta la puerta, coge nuestros abrigos y las llaves, y salimos de mi piso.

—¿Se puede saber dónde me llevas?

—Ahora lo verás. —Arquea una ceja y esboza media sonrisa.

Recorremos el tramo de escaleras que nos separa de su planta, pero en vez de detenernos seguimos subiendo hasta llegar a una puerta metálica. Aitor saca sus llaves del bolsillo e introduce una en la cerradura que se abre con un chasquido. Se gira para mirarme y da un paso para cruzar el umbral.

Estamos en la azotea del edificio. Un pequeño muro de ladrillo rodea el perímetro y las luces de la ciudad brillan a nuestro alrededor y la luna nos ilumina.

—Ponte esto. —Escucho su voz a mi espalda y vuelvo la cabeza. Me sonrío y sujeta mi abrigo.

Luego se coloca el suyo y se para frente a mí. Sus ojos destellan con picardía.

—Eres la chica más guapa que he visto nunca.

Entrecierro los ojos sin entender nada.

—Sígueme el juego. Imagina que somos dos adolescentes.

—Estás como una cabra. —Me río y Aitor me ignora.

—Paula, me gustas mucho —insiste con una sonrisa tan sexy que me hace pensar que si sonreía así con dieciséis años, las chicas debían hacer cola detrás de él—. Me gustaría besarte.

Y a pesar de que me acaba de anunciar sus intenciones, cuando se acerca y me envuelve entre sus brazos no me lo espero. El mundo comienza a moverse a cámara lenta. Siento su mano acariciándome la espalda con suavidad y su aliento cosquillear en mi sien. Rodeo su cintura con mis manos y una sensación de calma se apodera de mi cuerpo, como si, por fin, me encontrase donde debo estar. Sus labios se entreabren y los míos les imitan. Nuestras respiraciones se mezclan. Su mano se desliza hasta mi nuca y cuando me atrae más cerca cierro los ojos. Nuestros labios se rozan, con suavidad, primero, con anhelo después. Nos besamos durante mucho rato, reconociéndonos, aprendiéndonos, sin que ninguno de los dos haga nada para ir más allá. Como dos críos con miedo a dar el siguiente paso, porque saben que lo cambiará todo y no están muy seguros de lo que encontrarán después.

Cuando nos separamos con los labios hinchados y el cuerpo agitado por las ganas, Aitor, me sostiene junto a su pecho y suspira.

—Ojalá hubiera sido este el primero, te mereces cumplir todos tus sueños.

Elevo la vista al cielo donde las estrellas brillan lejanas, tan ajenas a nosotros, y pienso que en este momento podría tachar uno de los deseos de la lista, porque me siento plenamente feliz.

Capítulo 25

Aitor

Bajo corriendo las escaleras, mirando con anhelo la puerta de Paula, me detengo un instante delante de los buzones y sigo mi camino. La echo de menos. Han pasado solo unos días desde que nos besamos y no puedo quitármelo de la cabeza. Pero no es solo eso, es su risa y lo mucho que me gusta compartir con ella las pequeñeces del día. Miro el reloj. Imposible. Sebastián y dos de los chicos se han puesto enfermos con un virus que les impide moverse de la cama y a mí del TTeam. No pasaba tantas horas aquí desde los primeros meses cuando lo inauguramos.

Contemplo los ventanales de su casa. Una sensación conocida reptada por mi estómago. Es miedo, miedo a que la felicidad se esfume en un chasquido de dedos y las sombras ocupen su lugar.

Un movimiento detrás de los cristales llama mi atención. La puerta del balcón se abre y Paula sale al exterior. La observo manipular algún objeto. Tras contemplar el resultado, vuelve al interior y cierra tras de sí.

Casi no me lo creo cuando lo veo. No puedo evitar reírme y muchos menos apartar los ojos. Ha colgado un móvil de estrellas plateadas que destacan iluminadas por el sol. Lo que lo hace maravilloso es que lo ha hecho para mí, para que sepa que ella tampoco puede olvidarse de la azotea. De pronto, ya no tengo miedo a las sombras, porque Paula está a mi lado y ella es luz.

Capítulo 26

Paula

Alicia entra en el despacho revisando el correo. Se detiene junto a mi mesa y deja caer una hoja de cuadros con los bordes perforados rasgados.

—Creo que es para ti —dice con una sonrisa.

La observo con un cosquilleo en la boca del estómago, sin atreverme a abrirla.

—No creo que te vaya a morder, cariño.

Asiento y despliego el papel cuidadosamente doblado.

«¡Buenos días princesa! he soñado toda la noche contigo, íbamos al cine y tú llevabas aquel vestido rosa que me gusta tanto, solo pienso en ti, princesa, pienso siempre en ti.»

Cuando reconozco la frase de *La vida es bella* el corazón comienza a palpar como loco en mi pecho. No consigo deshacerme de la sonrisa en lo que resta de día.

Capítulo 27

Aitor

Cuando después de cerrar el restaurante me acerco a comprobar si Paula ha recogido mi mensaje, llama mi atención un papel que sobresale de mi buzón. Lo han colocado para que no pase inadvertido.

«Qué tengas dulces sueños. Puede que todo esto sea un sueño, vamos a soñar».

Sonrío, doblo la hoja y la guardo en mi bolsillo, con la certeza de que mis sueños esta noche los va a ocupar solo ella.

Capítulo 28

Paula

Abro los ojos y mi primer impulso es saltar de la cama y bajar corriendo a comprobar el buzón. Me digo que soy una adulta, así que coloco los brazos por encima del edredón y miro al techo. Uno, dos, tres, cuatro. Imposible contenerme. Acepto la derrota y levanto la ropa de cama de un puntapié. Corro escalera abajo en pijama, sin importarme que alguien pueda verme. Me tiembla la mano de anticipación cuando inserto la llave en la pequeña cerradura.

«Esta es una historia sencilla, pero no es fácil contarla. Como en una fábula, hay dolor y, como una fábula, está llena de maravillas y de felicidad.»
Las palabras se me clavan en el corazón.

Capítulo 29

Aitor

Una nota más y me siento libre, completo.

«¿Todavía no has comprendido que para hacerme feliz hace falta muy poco? Un buen helado de chocolate, quizá dos, un paseíto juntos y que pase lo que tenga que pasar».

Capítulo 30

Paula

«Quiero hacer el amor contigo. No una vez solo, sino cientos de veces. Pero a ti no te lo diré nunca. Solo si me volviera loco te diría que haría el amor contigo, aquí, delante de tu casa, toda la vida».

Leo las palabras escritas en el papel y la emoción y el deseo calientan mi sangre. Me pregunto si será posible, si habré estado equivocada todo este tiempo y, en realidad, existe una posibilidad de que tengamos nuestro final feliz.

El timbre del teléfono interrumpe mis ensoñaciones devolviéndome a la realidad y me indica que he recibido un mensaje. Es de Víctor y me propone salir a cenar esta noche. Vuelvo a mirar la hoja que sostengo en mi mano. Decido que quedarme en casa con mis pensamientos no va a hacerme ningún bien y le contesto aceptando su oferta.

A las nueve en punto suena el portero automático. Cojo el bolso y el abrigo, y salgo de casa sin molestarme en contestar, como siempre he hecho cuando me recogía Víctor. En el momento en el que me doy cuenta sonrío, los viejos hábitos son difíciles de olvidar.

Me está esperando fuera del coche cuando salgo del portal. Me mira y sonrío.

—¿Cuándo te has vuelto todavía más guapa?

—Debe ser que tus recuerdos no me hacían justicia —bromeo—. ¿Y tú cuándo te has vuelto tan puntual?

—Costumbres británicas. Todo se pega, ya sabes. —Me da dos besos y luego me abre la puerta del coche.

Le miro arqueando las cejas y me guiña un ojo.

Ocupa su lugar en el asiento del conductor y nos ponemos en marcha. Suena Funambulista por los altavoces y mientras nos mezclamos con el denso tráfico, observo lo que me rodea. El mismo llavero meciéndose en el contacto —recuerdo de uno de nuestros primeros viajes juntos—, una de mis gomas de pelo rodeando la palanca de cambios, el olor de su perfume.

—¿Qué piensas?

—Que parece que no haya pasado el tiempo.

—Pero sí que lo ha hecho verdad. —Percibo el matiz nostálgico en su voz a pesar de la sonrisa. No me sorprende, porque yo siento lo mismo pero con un punto de satisfacción por haber avanzado. Las cosas cambian constantemente. Las personas se van. El amor se acaba. Es un ciclo y no hay que cometer el error de querer que todo siga siendo igual cuando uno ya no es el mismo.

El restaurante al que me lleva es un vasco al que íbamos muy a menudo cuando todavía estábamos juntos. Cuando nos acercamos a la entrada del salón el jefe de sala nos reconoce y se acerca a saludarnos.

—Cuánto tiempo pareja. Me alegra veros por aquí. —Le tiende la mano a Víctor que se la estrecha con afecto y después rodea la mía con suavidad—. ¿Tenéis reserva?

—La hice esta mañana.

El hombre revisa los apuntes del libro y nos sonrío.

—Sí, mesa para dos —afirma—. Seguidme os pondré en la de siempre.

Le devolvemos la sonrisa y vamos tras él sin sacarle en ningún momento de su error al creer que continuamos juntos. Cuando nos acomodamos, nos toma nota y se marcha dejándonos solos.

—Siento haberte llamado con tan poco tiempo. Lo mismo te he estropeado otros planes.

Pienso en Aitor y la hoja de papel que espera en mi casa.

—Lo cierto es que me ha venido bien salir y despejarme.

El camarero se acerca con las bebidas. Deja una copa de cerveza frente a Víctor y a mí me sirve agua de una botella que coloca después en una cubitera. Víctor sonrío mientras doy un pequeño sorbo.

—¿Cómo estás?

Sé que no es la típica pregunta para romper el hielo. Después de todo somos él y yo.

—Bien, muy bien. Los médicos están contentos con la evolución que llevo. —Esbozo una pequeña sonrisa—. Yo por mi parte intento cuidarme todo lo posible, ya sabes, vida sana.

—Me alegro mucho, Paula. —Coloca su mano sobre la mía y la aprieta.

La deja así unos segundos y cuando nota mi incomodidad la retira.

—Tus padres ya sé que siguen tan estupendos como siempre. Jaime y yo hablamos de vez en cuando.

No me sorprende. Mi hermano y Víctor tenían una buena relación y Jaime suele tomar una postura a la suiza frente a los conflictos.

—Y tú, ¿qué tal por la City? ¿Sigues trabajando tanto?

—Más incluso —afirma cogiendo su copa—, pero no me importa, en algo tengo que ocupar el tiempo.

—No trates de darme pena. Seguro que te pasas los fines de semana de *pub* en *pub*.

—En realidad no, llevo una rutina bastante tranquila. Cuando no trabajo voy al gimnasio, leo, escucho música. —Hace una pausa y me mira a los ojos—. La vida en Londres resulta muy solitaria. La verdad es que te echo de menos.

Resulta irónico que lo haga ahora. Yo le añoré cada día del último año que estuvimos juntos, porque ya se había ido mucho antes de aceptar ese trabajo y cambiar de ciudad.

—¿No dices nada?

—No sé qué decir.

—Por tu reacción adivino que ya no hay un nosotros.

Y cuando pronuncia el «nosotros» descubro que la definición no tiene sentido si se la aplico a él y a mí.

Me estudia unos segundos con gesto pensativo.

—Si soy sincero, cometí un error y me arrepiento, porque te he perdido. Sin embargo, a la vez te miro y pienso que fue lo correcto. La persona que veo no tiene nada que ver con la que conocía; irradias fuerza y seguridad. Y esta nueva Paula me gusta todavía más —asegura con una sonrisa triste.

—¿Sabes que fuiste mi primer amor? —le digo con cariño, porque lo que sentimos fue real, al menos durante un tiempo. Y aunque ahora me parezca insuficiente en su momento nadie me había enseñado que se puede querer de otra manera.

—Fuimos felices, me quedo con eso. —Me coge la mano y esta vez se lo permito.

Y pienso que, aunque haya sido meses después nos merecemos este adiós definitivo que cierra un capítulo de nuestras vidas. Pero, sobre todo, nos merecemos hacerlo bonito, sin rencores que empañen todo lo bueno compartido.

Capítulo 31

Aitor

Estoy terminando de hacer caja cuando suenan unos golpes inesperados en la puerta. Vuelvo la cabeza y la veo, parada en la calle con una sonrisa enorme. Me sorprende tanto que no reacciono y me quedo inmóvil detrás de la barra mirándola como un idiota hasta que agita la mano desde detrás del cristal.

—Pensé que no me ibas a abrir. —Pasa por mi lado y me llega la estela de su perfume. Mierda.

Echo el cierre de nuevo y cuando me doy la vuelta se ha quitado el abrigo y me espera sentada en un taburete. Lleva un vestido que insinúa cada una de sus curvas. Trago saliva, se me ha secado la garganta de golpe.

—¿Cómo ha ido el día?

La miro escéptico sin saber muy bien a qué atenerme.

—Bastante tranquilo. ¿Te apetece tomar algo?

—Agua, por favor.

Rodeo la barra cojo una botella y una copa y vuelvo a su lado. Me observa sin borrar la sonrisa en ningún momento mientras le sirvo.

—Yo he salido a cenar.

Asiento. Su imagen subiendo al coche con su ex pareja lleva torturándome horas. No por celos, sino por un sentimiento más profundo: miedo. Miedo a perderla.

—¿Y lo has pasado bien?

—Ha sido... —Hace una pausa como si estuviese buscando el término adecuado—. Necesario.

Nos miramos a los ojos en silencio.

—Vale. Volvamos a empezar. —Me paso la mano por el pelo—. No he tenido un buen día.

La veo arrugar la frente.

—¿Por qué?

—Porque solo quería estar contigo y no podía ir a buscarte.

Sus labios se curvan con dulzura. Saca un papel doblado del bolsillo del abrigo y me lo tiende. Lo abro y leo la última cita que le envié:

«Quiero hacer el amor contigo. No una vez solo, sino cientos de veces. Pero a ti no te lo diré nunca. Solo si me volviera loco te diría que haría el amor contigo, aquí, delante de tu casa, toda la vida».

Y a continuación escrito con su letra:

«No te olvides que solo soy una chica, delante de un chico, pidiéndole que la ame».

—No es de *La vida es bella*, pero creo que también puede servir.

Alzo la mirada y recorro sus rasgos preguntándome quién es este sueño que apareció de repente en mi vida poniéndolo todo patas arriba, haciendo con su sonrisa que parezca fácil que los sueños renazcan y la oscuridad se aleje.

Me acerco, acaricio su pelo y poso mis labios sobre los suyos. Los froto con suavidad y luego deslizo mi lengua lentamente en su boca. Paula me rodea el cuello con los brazos y me devuelve el beso. Un beso que nos aleja de nuestro pasado y de todo lo que no seamos nosotros, aquí y ahora. Que sella nuestras cicatrices y borra las culpas.

Temblamos de anticipación. Nuestros cuerpos se buscan con necesidad, no puedo pensar en nada más. La levanto y con ella en brazos abro la puerta que indica reservado. Giro a la derecha dejando el almacén a un lado y entro en el despacho. La apoyo sobre el escritorio y la rodeo con mis brazos colocándome entre sus piernas. Acaricio con la punta de la nariz su cuello perdiéndome en su olor.

Nuestras manos exploran inquietas bajo la ropa del otro recordándonos con cada gemido que provocan que nuestros cuerpos no se han olvidado.

—Te necesito tanto...

Sus ojos me miran, brillantes, rebosantes de todas las emociones que se agitan en su interior. Mi mano asciende por debajo de su vestido y acaricio el interior de sus muslos. Quiero perderme en ella, mi luz, mi calma.

Le quito la ropa interior y siento como desabrocha con manos temblorosas mis pantalones. Cuando me pierdo en su interior la magia nace y todo cobra sentido de nuevo. No queda nada más en esta habitación que la

tormenta que los dos desatamos y que me hace sentir libre.

Capítulo 32

Paula

Nos paramos frente a la puerta de mi casa con la piel colmada del otro. Las manos de Aitor acarician mi pelo, apartándomelo de la cara, viajan hasta mis hombros y de ahí se deslizan por mis brazos hasta acabar trenzando sus dedos con los míos. Su nariz acaricia mi frente, mis mejillas y se detiene en mi boca para dejar un beso tierno e intenso a la vez.

—Buenas noches. —Apoya su frente contra la mía y su respiración me hace cosquillas en los labios húmedos por su saliva—. No me vas a invitar a entrar y yo no te lo voy a pedir. —Me sonrío y pienso que lo que siento en el pecho debe ser comparable a tenerlo lleno de estrellas.

Asiento y me vuelve a besar, su cuerpo me atrapa contra la puerta y cuando nos separamos ambos respiramos de forma entrecortada.

—Sueña con los angelitos. —Posa sus labios en mi sien, me retiene un momento contra su cuerpo y luego me suelta.

Le veo subir la escalera con las manos hundidas en los bolsillos y la sombra de una sonrisa dibujada en los labios y aunque mi cuerpo me hace saber de mil formas diferentes que no coincide con la decisión que ha tomado mi cabeza, entro en mi apartamento con la sensación de que tengo alas en los pies. Me gusta que lo tomemos con calma y dejar que todo fluya a su ritmo, he aprendido que no se llega a ningún sitio que realmente merezca la pena corriendo.

Un olor delicioso se cuele por mis fosas nasales arrancándome de los brazos de Morfeo en contra de mi voluntad. Cuando abro los ojos descubro un plato lleno de ensaimadas todavía calientes bajo mi nariz, de forma literal.

—Buenos días. —Alicia me mira con una sonrisa burlona—. Me he encontrado a Aitor en la puerta, traía esto para ti. Por cierto, ¿tú le has visto en mallas? Dios bendiga a quién dijera que la lycra también es para los hombres.

Cojo un bollo de la bandeja y le doy un pequeño bocado mientras noto

el calor extendiéndose por mi rostro.

—Pero bueno... —Se inclina hacia mí y esboza una sonrisa feliz—. Creo que tienes algo que contarme.

Agito la cabeza.

—No sé de qué hablas. —Parto otro trozo de ensaimada y me lo meto en la boca, mis mejillas deben haberse vuelto de color carmesí.

—Claro que lo sabes —me azuza.

—Que no, Ali, no seas pesada.

—Bien, entonces lo diré yo. Te has acostado con tu vecino.

—Sí —contesto muy bajito tapándome con el edredón como una adolescente avergonzada.

—Bueno, tarde o temprano tenía que pasar —sentencia comiéndose uno de los bollos de dos bocados.

—No sé, yo no lo tenía tan claro.

—Eso es porque no has visto cómo os miráis. Os contenáis, pero aun así os podían las ganas. —Se inclina y me da un beso—. Me alegra haberme equivocado con él, parecía haber dejado tanto por el camino que nunca fuera a ser capaz de recuperarlo del todo.

Se levanta, sale de la habitación y de repente el día ya no me parece tan luminoso.

Capítulo 33

Aitor

Los rostros casi idénticos de mis hermanas me sonríen desde el descansillo antes de abalanzarse y aprisionarme en un abrazo sándwich, como ellas lo llaman, que casi me corta la respiración. Por experiencia sé que hacerme oír va a resultar una misión imposible, así que me resigno con una sonrisa a que me besen y chillen a mi alrededor, cual fans histéricas de un ídolo de masas juvenil, hasta que la algarabía se calma un poco y consigo hablar.

—¿Se puede saber qué hacéis vosotras aquí, pequeñas?

—Hemos venido a celebrar nuestro cumpleaños contigo —me dice Marta, la mayor por dos minutos de diferencia.

—Queríamos darte una sorpresa —continúa Leire—. ¿Estás contento?

—Claro. —Las rodeo con mis brazos y las atraigo hacia mí para dejar un beso sobre sus coronillas—. Siempre estoy contento de veros. —Las suelto y salgo al rellano a buscar sus maletas—. ¿Habéis tenido un buen viaje? ¿No habréis venido en coche?

Las veo poner los ojos en blanco a la vez y soltar una risita infantil.

—Hemos venido en tren y sí, el viaje ha estado bien —contesta Leire.

—Imagino que os habrán cobrado un billete de más por exceso de equipaje. ¿Habéis dicho cumpleaños o quedaros a vivir? —bromeo cargando las dos enormes maletas que han traído consigo.

—No eres nada gracioso, ¿no te lo han dicho nunca? —Marta me guiña un ojo y entra en el apartamento seguida de cerca por la pequeña de la familia.

—Sí, últimamente lo he escuchado alguna vez.

Miro hacia el piso de abajo y no puedo contener una sonrisa.

Dejo el equipaje en la habitación que van a utilizar mis hermanas y le mando un mensaje a mi madre dándole las gracias por la sorpresa e informándole de que han llegado sanas y salvas.

—Iba a bajar al restaurante. ¿Os apetece venir o tenéis otros planes? —

Como no me contestan me asomo a su puerta. Ropa y zapatos se reparten por cualquier superficie disponible y algo que suena a Reggaeton se escucha de fondo. Sacudo la cabeza—. Decía que voy a bajar al restaurante —digo alzando un poco la voz.

—¿Está Sebastián? —Marta se gira con una percha en la mano.

—Es probable.

—Entonces vamos contigo, así le vemos —dice y salta por encima de una pila de zapatos—. ¿Sabes dónde guardé mis botines de ante, Leire?

Doy un par de pasos hacia atrás y me alejo antes de que empiece a entrar en pánico. A veces se me olvida que son como un tornado, todo energía y desorden.

Tardamos media hora, pero al final logramos salir de casa. Cuando llegamos al TTeam la escena del rellano se repite solo que esta vez con Sebastián como protagonista y aumentada, porque mi socio es igual de crio que ellas y les sigue el juego en lo que a besos y aspavientos se refiere.

—Tú dales alas —me río mientras le veo rodearlas con los brazos y levantarlas del suelo por turnos.

—Lo que tienes es envidia de que me quieran más que a ti —dice guiñándoles un ojo a lo que ellas responden con una carcajada—. ¿Y cuánto tiempo se van a quedar mis dos chicas favoritas?

—Solo el fin de semana, pero tenemos muchos planes, ¿verdad, Leire?

Mi hermana asiente y yo las miro alzando las cejas. Pestañean y me dedican una sonrisa radiante. A mi mente regresa una imagen de ellas con dos vestidos blancos llenos de marcas de hierba y barro, y los lazos deshechos cayéndoles sobre los rostros en los que brilla la misma sonrisa, y pienso que debería echarme a temblar.

—Por ahora vamos a empezar con una sesión de compras —anuncia alegre Marta.

Abro los ojos con horror, todavía se me ponen los pelos de punta cuando recuerdo el último día que las tuve que acompañar de tienda en tienda por Madrid.

—No te preocupes, Aitor, ya no te necesitamos para que nos hagas de carabina, te recuerdo que somos mayores de edad —se burla Leire y yo

respiro más tranquilo.

—Decidido. —Sebastián da una palmada en el aire—. Las chicas se van de compras, solas —remarca socarrón—, pero no antes de que nos dejen alimentarlas. Necesitáis hacer acopio de energía para patearos la ciudad.

Las dos asienten complacidas y me digo que en el poco tiempo que llevan aquí ya han tomado el mando. Me espera un fin de semana intenso, sin duda alguna, pero no me importa porque me alegro de tenerlas conmigo.

La luz del salón está encendida cuando entro en casa, pero ese no es el único indicador de que mis hermanas han vuelto, cualquier duda la despeja la docena de bolsas que descansan sobre la mesa y los sillones. También descubro unas pocas bolsas más en la encimera de la cocina cuando voy a la nevera a por una botella de agua con gas.

—¡Aitor! ¡Qué susto! —Leire me mira desde la puerta con los ojos muy abiertos y la mano en el pecho—. Podías avisar de que has llegado —me recrimina—. Eres silencioso como un ninja.

Su comentario me provoca una carcajada y hace que casi me atragante con el agua.

—He llegado —digo sin dejar de sonreír.

Se acerca y aprovecho para cogerla de la cintura.

—¿Dónde está mi beso?

—Se esfumó después del susto que me has dado. —Me pellizca tratando de soltarse.

—Ah, no. Yo quiero mi beso. —Muevo los dedos por su cintura y se contorsiona entre mis brazos.

—¡Cosquillas no! —grita entre carcajadas.

Cuando veo que comienza a ponerse roja, le planto un sonoro beso en la mejilla y la suelto.

—Ves como sí que había beso. Recuerda que soy mayor y más sabio. — Le doy un tirón suave de la coleta y me saca la lengua con lágrimas de risa brillando todavía en la piel de su rostro.

—¿Qué es lo que habéis comprado? —Con un dedo estiro el plástico de la bolsa y miro al interior.

—Te vamos a hacer la cena como compensación por ocupar tu casa. —
Abre un armario y saca una tabla de cortar.

—Sois mis hermanas, no me tenéis que compensar.

—Lo sabemos, pero queremos hacer la cena.

—Bien, entonces haremos la cena en familia —sentencio dándole un golpecito con mi índice en la punta de la nariz—. Por cierto, ¿dónde está Marta?

—Se ha quedado tomado algo con un chico que ha conocido, lo mismo llega tarde. Parecía majó a pesar de los *piercings* y los tatuajes —dice colocando las manos bajo el chorro de agua caliente del grifo.

Detengo el vaso a medio camino de mi boca tratando de asimilar la información. Leire se gira y me da un golpecito con su índice en la punta de la nariz.

—Está en la ducha. Has picado.

La miro unos segundos mientras comienza a cortar un tomate en gajos y me pregunto cuando ha ocurrido que mis hermanas se hayan hecho lo suficientemente mayores como para ser ellas las que me toman el pelo a mí.

Cuando Marta aparece, por fin, con el pelo húmedo y una camiseta encima de unos *leggings* Leire me mira de reojo y trata de esconder una sonrisa. Niego con la cabeza y también sonrío al ver como se divierte a mi costa. Su melliza ajena a todo se coloca a su lado y sin necesidad de que se lo pida coge una lechuga y comienza a cortarla.

Cocinamos entre risas y bromas y mientras picamos, salteamos y aliñamos me doy cuenta de cuánto he añorado esta sensación de camaradería y cariño que da vida a mi casa convirtiéndola en un verdadero hogar y se hace más patente la soledad en la que he estado sumido desde que murió Teresa.

—Marta tiene novio.

La aludida clava los ojos con expresión asesina en su hermana que le dedica una sonrisa maliciosa.

—Se llama Jon y le ha conocido en la universidad —continúa Leire.

—Quieres callarte ya.

Miro a mi hermana, sus mejillas se han vuelto sonrosadas y se pellizca

el labio inferior con los dientes.

—Vaya, eso sí que es una noticia.

—Se pasan el día pegados como lapas y si no pegados al teléfono, que para el caso es lo mismo. No sé ni cómo he conseguido convencerla para venir este fin de semana.

—Qué pares. —No grita, pero lo dice con la intensidad suficiente para que me preocupe.

—Eh, vale, pequeña. ¿Qué ocurre? Soy yo —Me acerco y le acaricio los brazos—. Está bien, enamorarse es algo bueno. ¿O es que no te trata con cariño?

Baja la mirada al suelo.

—Sí, claro que me trata bien. No es eso. —Mueve la punta del pie enfundado en el calcetín adelante y atrás contra el suelo—. Yo, solo... no quería ponerte triste.

—¿Y se puede saber por qué me entristecería que mi hermanita sea feliz?

Me mira con la pena visible en los ojos.

—Porque Teresa ya no está.

Su confesión me deja fuera de combate durante unos segundos. Cuando reacciono la envuelvo entre mis brazos con fuerza. Me pregunto en qué clase de egoísta me convertí para transmitirle a esta niña, que es una de las personas que más quiero en el mundo, que su felicidad puede llegar a herirme alguna vez.

La separo de mi cuerpo y le enjugo las lágrimas que le recorren las mejillas.

—El amor es maravilloso. Te hace fuerte, te eleva, te mejora. Y compartir tu vida con alguien cuando te une ese sentimiento es lo más increíble que te puede ocurrir. Yo doy gracias por haber tenido, al menos, una oportunidad en la vida de sentirlo y quiero que vosotras lo experimentéis. Que os enamoréis, hasta los huesos si puede ser. Y que si no sale bien a la primera no tiréis la toalla, porque hay muchos momentos en la vida y puede que encuentres a alguien que sea el adecuado en ese otro momento.

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de mi hermana.

—Y si tú eres feliz, yo soy feliz. —La acaricio el pelo y poso mis labios sobre su frente cálida—. A no ser que el susodicho sea un tipo al que acabas de conocer y este lleno de piercing y tatuajes.

La carcajada de Leire deshace la melancolía del ambiente y entre risas los tres nos abrazamos.

Capítulo 34

Paula

Su sonrisa. Condenada sonrisa. Me mira apoyado en el marco de la puerta de la cocina y sus ojos parecen acariciarme.

—Di que sí.

Me escondo detrás de mi taza, a la vez que sopeso pros y contras. La oferta resulta tentadora, claro que cualquier plan que nos incluya a él, a mí y algo de tiempo juntos ya tiene una probabilidad altísima de contar con mi aprobación. Si a la ecuación le añadimos la posibilidad de disfrutar de una de mis pasiones, como es la pintura, la propuesta cada vez me parece más atractiva. Además, no puedo negar que tener la ocasión de verle interactuar con sus hermanas despierta mi curiosidad de un modo insano.

—Sí —digo entre dientes dándome por vencida.

—Sí —repite satisfecho y sonriente, los brazos cruzados sobre el pecho en actitud relajada y su mirada enredada en la mía. No se mueve.

—¿Por qué sigues aquí? —le reprendo divertida con una sensación de calor extendiéndose por mi cuerpo.

—Estoy tratando de recordar el motivo por el que me tenía que ir.

—Porque tus hermanas te esperan y yo tengo que cambiarme.

Sus ojos se deslizan por mi figura.

—Para —le pido.

Su risa grave llena la cocina y me hace cosquillas en la piel.

—Vale, me voy. Sube cuando estés lista. Por cierto. —Se detiene a medio camino—. Los flamencos rosas acaban de convertirse en mis animales preferidos. —Me guiña un ojo y desaparece de mi vista.

Miro el estampado de mi pijama y noto cómo el calor me sube por las mejillas. Necesito una ducha y cuanto más fría mejor.

Una hora después me detengo frente a la puerta del apartamento de Aitor con una vaga sensación de inestabilidad flotando a mi alrededor. Hoy después de mucho tiempo vuelvo a ser demasiado consciente de la cicatriz que cruza mi pecho. Al aceptar no he pensado en cómo me sentiría al estar

frente a las hermanas de Aitor; ellas también querían a su mujer y sufrieron su pérdida. Me digo que ahora no puedo echarme atrás, así que tomo una inspiración profunda, llamo un par de veces y trato de serenarme mientras espero a que alguien abra.

—Vaqueros. No está mal, pero sigo prefiriendo los flamencos. —Aitor me sonrío desde el umbral, luego se inclina y posa sus labios cálidos en mi mejilla, demasiado cerca de mi boca. Las mariposas se enredan en el nudo de nervios que aprieta mi estómago—. Ven, entra. —Rodea mi cintura y me empuja con suavidad al interior.

Dos chicas me miran con una pequeña sonrisa cohibida cuando entramos en el salón. Tienen el mismo cabello oscuro que su hermano, pero el color miel de sus ojos suaviza sus rasgos casi idénticos.

—Paula, ellas son Marta y Leire.

Hay un pequeño momento de confusión en el que las tres nos quedamos paradas sin saber muy bien qué hacer hasta que Leire da un paso al frente.

—Encantada de conocerte, Paula. —Me da dos besos y un cariñoso abrazo que me deja totalmente descolocada y luego me mira con una sonrisa feliz—. Hemos oído hablar mucho de ti.

—Es que no sabes estarte calladita. —Marta sacude la cabeza y se acerca—. No le hagas ni caso —advierte y luego imita a su hermana y me besa en las mejillas.

Todavía un poco sorprendida les devuelvo el saludo y cuando me giro me encuentro con Aitor que me mira con tanta calidez en sus iris oscuros que la puedo sentir derramándose desde sus ojos a mi torrente sanguíneo. Mantenemos la mirada entrelazada hasta que me siento cohibida y la retiro. Coge su abrigo y les dedica una sonrisa a sus hermanas.

—Bueno, ya que están hechas las presentaciones deberíamos irnos.

Abandonamos el resguardo del edificio y el frío se nos da los buenos días, sin embargo, el sol brilla con fuerza y las calles están radiantes, tan bonitas que parecen una estampa de postal. Decidimos disfrutar de la ciudad e ir dando un paseo hasta el museo Thyssen- Bornemisza; una exposición temporal de Renoir comienza este mismo fin de semana y las mellizas quieren verla.

Caminamos relajados dejándonos llevar con la despreocupación del que se sabe con tiempo para disfrutarlo. Miro a Aitor con sus vaqueros negros, sus zapatillas Converse, el chaquetón marinero y las gafas de sol cubriendo sus preciosos ojos, que va hablando con una de sus hermanas. En un momento dado, se echa a reír, la rodea por la cintura para atraerla más cerca y le besa el pelo. Ella le rodea con sus brazos y caminan unos metros pegados. Siento una presión en el pecho, algo tan potente que me descoloca por un momento. Me cuesta reconocerlo, porque nunca lo he sentido así de impetuoso, certero. Ha llegado de puntillas entre sonrisas y confesiones, y sin duda es amor.

Pasamos la mañana entre cuadros. Y entre comentarios y risas averiguo que Marta estudia Económicas y Leire Biología. Que a esta última le encanta pintar y por el contrario su hermana es negada para las artes plásticas, pero toca maravillosamente el chelo. Marta es más madura y centrada, dicen que es porque es la mayor, nació la primera, y Leire un torbellino de energía al que nunca le falta la conversación. Que Leire ha tenido algún novio y aun así cree que nunca se ha enamorado. Que son una familia muy unida y adoran a su hermano mayor sobre todas las cosas.

—Le miro y no me lo creo.

Giro la cabeza y veo a Aitor conversando con Marta que sonrío al oír lo que sea que le esté contando.

—Estaba tan destrozado. Era un fantasma, una sombra. Me partía el corazón verle así.

Recuerdo a la perfección esas primeras veces y la sensación de desconuelo que transmitía, aun queriendo ocultarla.

—Y ahora parece incluso feliz. —Leire suspira y se pasa los dedos por los ojos con disimulo—. No sé si lo que voy a decir te parecerá adecuado, pero ya habrás comprobado que la diplomacia no es mi fuerte. Así que allá va. No te pareces en nada a mi cuñada. Teresa era locura, pasión en estado puro, el motor que alimentaba los sueños de Aitor. Tú, sin embargo, le das paz, le centras. Cuando hablaba de ti, mi hermano siempre decía que brillabas y es cierto. Tienes una luz interior que desprende vida y eres cálida. En ti encontró una razón para soltarse de los fantasmas que le aferraban. Y me

alegro de que, si su tragedia tuvo que servir para dar vida, una de ellas fuera la tuya. —Me aprieta la mano con suavidad y se aleja dejándome a solas con mis pensamientos.

No me muevo. Permanezco inmóvil mientras mis ojos llenos de lágrimas difuminan y mezclan los colores del cuadro que cuelga en la pared frente a mí.

—Las chicas tienen hambre. ¿Nos vamos? —El aliento cálido de Aitor acaricia mi cuello.

Disimulo la emoción de la que todavía no he conseguido deshacerme y asiento.

Salimos al Paseo del Prado y cuando vamos a comenzar a caminar Marta nos detiene.

—Este momento hay que immortalizarlo.

Nos juntamos todo lo que podemos, Aitor en el centro con sus hermanas a un lado y yo al otro y Marta nos encuadra en la pantalla del teléfono a la vez que indica:

—Decir: selfiii.

Echamos a andar y noto que una mano me retiene por la muñeca.

—Ahora quiero una tú y yo solos.

Aitor se coloca a mi espalda, haciéndome sentir pequeña y segura a la vez, y me rodea la cintura con un brazo mientras con la otra mano sostiene el móvil.

—Sonríe, porque cuando lo haces me enamoro —susurra y toma la fotografía—. No has salido sonriendo —me indica con una mirada cálida.

Me enseña la pantalla. Es cierto. Sin embargo, no hace falta porque la imagen es un claro ejemplo de cómo se debe ver la felicidad.

El teléfono de Aitor se ilumina y comienza a sonar. En la pantalla aparece un número sin nombre, que yo reconozco a la primera. Se lo tiendo a su dueño extrañada. *¿Alicia?*

—¿Nerviosa?

Alicia hace una mueca y le da un sorbo a su agua. Está tan pálida que parece un muerto.

—Si no lo haces te arrepentirás.

Suspira y cierra los ojos.

Cuando llaman a la puerta noto cómo se estremece a mi lado. Cojo su mano y se la aprieto. Aitor nos mira comprobando que todo va bien y luego va a abrir.

Escuchamos los saludos y las voces que se acercan para detenerse por completo cuando llegan al salón. Alicia se pone en pie y Sebastián se para en seco cuando la ve.

—Para ser un cumpleaños la fiesta está poco animada —dice con una sonrisa, pero sin rastro de humor en la voz.

—La fiesta puede esperar —Aitor se acerca y le pone una mano en el hombro.

—Y tú puedes meterte en tus asuntos —espeta Sebastián.

—Solo te digo que la escuches. —Le da una palmada amistosa y me tiende la mano—. Os dejamos solos.

Alicia que todavía no ha abierto la boca levanta una mano.

—No hace falta que os marchéis. De hecho me gustaría que os quedaseis. Necesito decirlo en voz alta sin miedo ni vergüenza.

Nos apartamos dándoles un poco de intimidad. Alicia traga saliva y luego mira a Sebastián que la observa con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión indescifrable.

—Nunca creí en los cuentos de hadas, las mariposas en el estómago ni nada por el estilo. Aparte de que en mi casa nunca hemos sido cariñosos en exceso, no es que me ocurriese nada en particular, sino que ya desde adolescente me parecía que los finales felices que veía en las películas eran fantasías y me preguntaba qué pasaría después de un año o de dos cuando los protagonistas descubrieran que no eran perfectos. Veía a las personas a mi alrededor vivir su primer amor como algo extraordinario y luego sufrir al perderlo, en la mayoría de los casos, lo que me hacía afianzarme en mi teoría. Sin embargo, a los diecisiete años llego mi turno y creí enamorarme, seguía sin sentir las mariposas en el estómago, pero si notaba un cierto cosquilleo de emoción cuando le tenía cerca. Estuvimos juntos unos años y el cosquilleo no crecía ni menguaba se mantenía ahí, pero dejó de ser suficiente. Cuando

rompimos los dos salimos heridos, él porque me quería y no supe valorar ni cuidar su amor y yo porque había hecho daño a una persona que me importaba. Después de esto llegué a la conclusión de que el amor duele demasiado y no merece la pena arriesgarse por lo que te da a cambio. —Hace una pausa para beber agua.

El silencio es sepulcral en la habitación. Miro a Sebastián que continua en la misma postura, su expresión se ha vuelto más taciturna.

—Y de pronto un día, de la forma más inesperada, te pones a hablar con alguien mientras esperas a una amiga que llega tarde y es encantador y te hace sonreír, y cuando te pide tu número de teléfono se lo das y te marchas con una sensación que no tiene nada que ver con lo que crees que sentirías si unas mariposas revoloteasen en tu estómago, pero sí mucho con la felicidad, la que encuentras en las pequeñas cosas que te apasionan. Y entonces te llama y quedas con él, y cuanto más le conoces más la sientes. Y a la vez te encuentras frágil y desprotegida, porque no sabes ceder el control y el amor duele. Pero aun así una pequeña llama de esperanza consigue mantenerse viva y llegas a pensar que puede que él sepa cuidar tu corazón. Luego descubres que estás embarazada y todos tus miedos regresan con más fuerza apagando esa llama, sientes que todo se acelera y la presión te puede, el riesgo resulta demasiado elevado, porque si se queda contigo cada día el amor que ya sientes seguirá creciendo y el día que se vaya no podrás recomponer tu corazón hecho pedazos.

Sus ojos se enlazan con los de Sebastián que ahora la mira con ternura.

—He hecho todo lo posible por alejarte y cuando lo he conseguido me he dado cuenta de que no quiero estar sin ti. El amor puede llegar a doler, pero mientras estuviste a mi lado nunca fue así, sin embargo, lo hace ahora que sé lo que es perderte —concluye y suspira como si se hubiera desecho de algo muy pesado que la estuviera ahogando.

Todos los ojos están fijos en Sebastián, expectantes por comprobar su reacción. Coge aire y rompe la distancia que le separa de mi prima hasta quedar solo a unos pasos de distancia.

—¿Eso es todo?

Una expresión insegura aparece en el rostro de Alicia. Sebastián se

acerca un poco más y le coloca las manos en la cintura.

—Son las únicas palabras que me hubieran hecho falta, las que llevo queriendo escuchar desde hace meses.

La comprensión ilumina la mirada de Alicia que enlaza los brazos alrededor de su cuello. Busca sus ojos y con voz alta y clara dice:

—Te quiero.

Una sonrisa dulce se dibuja en el rostro de Sebastián.

—Te quiero —dice a su vez—. Nunca me has perdido, cariño. Solo me he alejado lo necesario para darte la oportunidad de echarme de menos. Puedo afrontar tus miedos. Tus rabietas y tus días malos. Solo has de confiar en mí. —Acaricia su mejilla con el pulgar.

—El problema es que no confío en mí, en que sabré hacerlo bien, en que podré retenerte.

—Nadie puede retener a nadie si no quiere quedarse y yo quiero estar con vosotros. —Le coloca las palmas de las manos sobre el vientre—. Más que nada en el mundo. Yo confío en ti, cielo. Solo tienes que dejarme mostrarte cómo te veo.

Sus bocas se unen en un beso que sube de intensidad en pocos segundos y que nos indica que ahora sí es el momento de dejarlos a solas.

Capítulo 35

Aitor

Me despido de mis hermanas en la estación Chamartín. Las abrazo con fuerza, las beso y me quedo observándolas hasta que acceden a la zona de viajeros. Ha sido un fin de semana diferente, sin duda alguna, y me ha encantado pasarlo con ellas. Con ellas y con Paula. No sé explicarlo, pero verlas juntas a las tres me provoca un cosquilleo extraño en el pecho.

Saco el teléfono móvil y marco su número.

—Hola —su voz dulce me saluda.

Me debo estar volviendo un moñas, porque solo escuchar su voz me dibuja una sonrisa en la cara.

—Hola —contesto.

—¿Ya se han marchado?

—Sí, las he dejado sanas y salvas en el tren.

—Me encanta cuando te sale la vena de hermano sobreprotector — bromea haciéndome reír.

—¿Qué haces? Me muero por verte.

Ahora es su risa cristalina la que me llega a través del teléfono.

—Hace solo unas horas que nos hemos separado.

—Ya, pero estabas vestida.

Se vuelve a reír y mi sonrisa se extiende.

—Tengo comida familiar. —Suena un poco decepcionada y yo me siento igual—. Quizá si no llego muy tarde...

—Llámame a la hora que sea.

Paso el resto de la mañana y parte de la tarde en el TTeam. Cuando llego el restaurante está lleno. Sebastián no ha dado señales de vida y me imagino que no las dará, al menos, en un par de días. Recuerdo la escena de la noche anterior y no puedo evitar sonreír. Me siento muy feliz por ambos. Desde el momento en que entro por la puerta no me da tiempo a parar, pero no me importa, agradezco mantenerme ocupado. Incluso así, no puedo evitar, mirar

de vez en cuando hacia los ventanales de la casa de Paula.

Cuando salgo del restaurante sigue sin haber luz tras los cristales de su piso. Cruzo la calle y entro en el portal. El ascensor no está, por lo que voy hacia la escalera y comienzo a subir. Llego al tercer piso y veo que el ascensor se encuentra aquí parado. Me acerco a su puerta y guiado por una corazonada pulso el timbre.

Paula me abre. Lleva el abrigo puesto y la única luz que hay encendida es la del recibidor. Me sonrío.

—Hola. Acabo...

No la dejo terminar, doy un paso adelante y cubro sus labios con los míos. Permanece inmóvil un segundo y al siguiente noto sus dedos en mi nuca. Su boca se mueve con la mía y el mundo real desaparece. Solo estamos ella, yo y este universo de magia que creamos juntos.

Aprieto los dedos en su cintura y la acerco hasta que no queda un milímetro de separación entre nuestros cuerpos, un leve gemido sube por su garganta y muere en mis labios. Sin dejar de besarnos nos movemos por el piso en penumbra, nuestros cuerpos se niegan a separarse. Chocamos con una pared y el marco de la puerta y entramos a su habitación. La única claridad proviene de las farolas de la calle y la luz de la luna. Nos detenemos a los pies de la cama y entre beso y beso nos vamos despojando de la ropa. Acaricio su espalda desnuda y la noto temblar bajo mi tacto.

—Aitor —susurra mi nombre, sus manos se deslizan por mis hombros, mi pecho, me recorren el abdomen y se detienen en mi cintura. Me arde la piel.

La inclino con suavidad hasta que queda tendida en la cama y me coloco a su lado. Nuestras bocas se buscan. Nos besamos lento. Sus pechos rozan mi torso y mi mano aprieta su cadera. Quiero ir despacio. Quiero recorrerla entera, probar cada centímetro de su piel, sentir cómo vibra con mis manos, con mis labios, recrearme en su calor y fundirme con su cuerpo. Que no se haga de día. Que las emociones se desborden de esta cama y nos mantengan a la deriva en un mar de intimidad compartida.

—Eres preciosa, por fuera y por dentro.

Beso un punto bajo su oído y su cuerpo suave se arquea bajo el mío.

Deslizo las palmas de mis manos dibujando cada curva, cada valle. Me incorporo y la traigo conmigo hasta que nos encontramos sentados sobre la cama, sus piernas rodeando mis caderas. Quiero contemplar cada expresión en su precioso rostro y que sus ojos, que en mí todo lo ven, descubran cada una de las emociones que me provoca.

Acuno sus pechos entre mis manos y recorro con los pulgares sus pezones que se yergen ante mi atención. Los beso y los acaricio con mis labios. Deja caer la cabeza hacia atrás y se aferra con fuerza a mis hombros. La sujeto de la nuca y con suavidad la llevo hasta mi boca. La beso y entro en su interior, despacio, atento a cada reacción de su cuerpo. Nuestras respiraciones agitadas se mezclan en la frontera de nuestros labios y nuestras miradas se enredan. Mueve sus caderas y me pierdo en la sensación de nuestros cuerpos unidos. En el placer físico del roce de su piel, de su calor rodeándome, la caricia de su respiración y su sabor en mi boca, pero también otra sensación que palpita en mi pecho más intensa y trascendental que no sabría expresar con palabras.

La sujeto y nos tumbo de nuevo, mi cuerpo sobre el suyo, necesito demostrarle con cada parte de mí lo que me hace sentir. Sus ojos conectan con los míos y ya no se despegan. Nos miramos fijamente mientras nuestras caderas se buscan. Nuestros movimientos se aceleran y puedo sentir a Paula en cada centímetro de mi cuerpo, su esencia fundiéndose con mi piel para colarse hasta mi torrente sanguíneo, directa al corazón.

Nuestros cuerpos tiemblan, sus brazos me rodean y la estrecho contra mí escondiendo mi rostro en la curva de su cuello. El placer nos atrapa y me hace estallar rompiéndome en mil pedazos que al volver a su lugar me recomponen, me sanan y me hacen sentir completo y vivo.

Estiramos las horas de oscuridad perdidos el uno en el otro, con los labios hinchados y las pieles húmedas, usando el lenguaje de nuestros cuerpos, que todavía no se han saciado. Nos dormimos enredados, agotados de tanto sentir y con una emoción flotando en el ambiente que creo que puede ser felicidad.

Cuando abro los ojos estoy solo en la cama. Una tímida claridad proveniente de los primeros rayos de sol ilumina la habitación. Las sábanas

arrugadas todavía conservan las huellas de las horas anteriores. Me estiro satisfecho. El aroma a café recién hecho me llega desde la cocina. Imagino que Paula estará desayunando. Mi cuerpo reacciona con rapidez a su recuerdo. Una sonrisa estúpida aparece en mis labios.

Me levanto, recojo mis calzoncillos del rincón donde quedaron relegados anoche, me los pongo y me dirijo al cuarto de baño. Cuando abro la puerta Paula da un pequeño grito. Su pelo gotea y su piel aún está húmeda del agua de la ducha.

—Perdona... —Voy a darme la vuelta para dejarle un poco de intimidad cuando mis ojos se topan con la cicatriz que cruza su tórax. La línea que marca el lugar donde abrieron su pecho para sacar su corazón enfermo y colocarle otro sano que le salvase la vida. No es la primera vez que la veo, pero sí la primera que lo hago a la luz del día desde que me enteré de quién fue su donante. Y se me pasa por la cabeza que Teresa debía tener una en su cuerpo cuando la despedimos. Ese pensamiento me hace sentir extraño. Lo aparto de mi mente. Me imagino que es algo normal, que durante un tiempo pasará. Los recuerdos están en mí y a veces volverán. Alzo la mirada, sonrío a Paula y salgo del cuarto de baño diciéndole que la espero en la cocina para desayunar.

Capítulo 36

Paula

Sus ojos que anoche me hicieron sentir preciosa, querida y deseada son como un hierro candente que me quema la piel. Me mira y sé que en este momento no está pensando en mí.

Termino de secarme, me visto y voy a la cocina. Aitor se acerca con una taza de café con leche, me la da y me besa en los labios. Cierro los ojos ante el leve contacto. Me siento junto a él en un taburete y simulo que toda va bien y no siento que mi corazón se va desgarrando con cada dulce palabra y caricia.

Estoy confusa. Mis pensamientos y sentimientos giran como en una montaña rusa enredándose, sobreponiéndose unos a otros sin orden ni concierto. Nunca me había sentido así. Nunca había amado de esta manera sin límites, con pasión, pero con los ojos abiertos. Sintiéndome yo misma y siéndolo junto a él. Y necesito que me quieran de la misma manera incondicional, por elección, dándolo todo al igual que yo lo ofrezco todo. Sin dudas, ni temores. Sin sentir que siempre seremos más de dos.

Paso el día entre una neblina de dudas e inquietud. Cuando Aitor me llama por la noche le pongo una excusa; necesito pensar y aclararme. Necesito saber si lo que quiero y lo que tengo pueden llegar a ser la misma cosa. La noche es larga y agotadora, pero cuando despunta el día he tomado una decisión.

El timbre suena y lo siento estallar en cada parte de mi cuerpo. Me paso las manos por la cara, tomo aire y me pongo en pie. Cuando abro la puerta, una sonrisa lenta se extiende por los labios de Aitor, que se inclina y los posa sobre los míos en un beso breve y dulce.

—Hola.

—Hola —respondo y me aparto de la puerta para que pueda entrar.

Cuando pasa a mi lado extiende la mano y me acaricia la mejilla en un gesto inconsciente, que me da ganas de llorar, porque lo hace infinitamente

más difícil. Le veo quitarse la cazadora y colgarla del respaldo de una de las sillas del salón, antes de girarse y buscarme con la mirada.

—Te llevo llamando toda la mañana.

No contesto, me limito a quedarme parada en medio de la estancia buscando las palabras, unas que no quiero decir, pero que me debo obligar a pronunciar. Aitor se acerca, rodea mis caderas con sus manos y me mira con la preocupación arrugando su frente.

—¿Qué pasa, pequeña?

Inspiro, espiro. Mis ojos se posan en los suyos.

—¿Podemos sentarnos? —no lo sugiero por él, sino porque dudo que mis piernas me sostengan mucho más tiempo.

Me observa un instante, como si mirando mis pupilas pudiera saber lo que pasa por mi cabeza. Luego me toma de la mano y nos lleva hasta el sofá. Enlazo mis manos sobre el regazo y decido que lo mejor es hablar sin rodeos.

—Me marcho.

Un claro gesto de incompreensión se dibuja en su rostro.

—He adelantado mi viaje y me voy en dos semanas. —Aprieto los labios y trago saliva.

Su expresión se relaja.

—Bien, has cambiado de planes. No pasa nada. —Deja escapar una pequeña risa y desliza una mano entre sus mechones morenos—. Joder, Paula, tienes una manera de decir las cosas...

—No, he acabado.

Cualquier rastro de humor desaparece de expresión. Apoya los codos sobre los muslos, entrelaza los dedos y me mira.

—No puedo seguir con esto. —No me interrumpes y continúa—. Hemos estado rehuyendo el pasado, tratando de obviar que hay un vínculo inevitable entre nosotros. El problema es que no importa cuánto te esfuerces, hay cosas que por mucho que trates de ignorar nunca van a dejar de existir. —Hago una pausa—. Necesito espacio y tiempo. Necesitamos distanciarnos y ser capaces de descubrir qué sentimos en realidad. Al menos yo lo necesito, porque cuando te tengo cerca la vorágine de emociones que me provocas me engulle y no soy capaz de pensar con claridad. No quiero que nos aferremos a una

ilusión que solo sea una verdad a medias. No quiero seguir teniendo dudas. Quiero sentir que cuando me miras me ves a mí, solo a mí —declaro a la vez que señalo mi corazón y lo cubro con la palma de una de mis manos.

Me contempla unos segundos. Sus ojos se dulcifican y toma mis manos entre la suyas.

—Nunca quise dañarte y, sin embargo, aquí me tienes haciéndolo de nuevo. Te mereces ser feliz y es lo único que quiero. Lo que también anhelo para mí mismo después de tanta oscuridad y tristeza. Deseo ser feliz. Me dijiste una vez que cuando fuerzas una pieza para que encaje lo normal es que termine rompiéndose. Nosotros ya tenemos suficientes cicatrices. —Sus pulgares acarician mis muñecas donde mi pulso late acelerado.

Le miro perpleja, porque aunque me dice lo que debería querer oír, ver que no me rebate ni intenta hacerme cambiar de opinión me entristece. Me entristece y también me aterra, porque significa que puede que en realidad Aitor piense lo mismo y que al replantearse su vida y sentimientos yo ya no tenga cabida en ellos y esto no sea un hasta luego sino una despedida en toda regla.

—No llores. —Recoge dos lágrimas con sus pulgares que no soy consciente de haber derramado—. Dejémoslo así. No quiero recordarte llorando, sino con tu preciosa sonrisa llena de estrellas.

Curvo los labios en un amago tembloroso y me atrae contra su pecho para rodearme con sus brazos, pegándome a su cuerpo. Me agarro a él sin querer soltarme nunca, aun sabiendo que debo hacerlo. Nuestros corazones laten rápido y fuerte, y lo hacen acompasados, como dos partes de un mismo mecanismo. Entonces me doy cuenta de que está despedida nos duele a ambos por igual.

Me alza la barbilla hasta que nuestros ojos se encuentran. Los suyos rebosantes de ternura y una serenidad que yo no soy capaz de encontrar.

—Pase lo que pase habrá merecido la pena. Porque me has enseñado que incluso un corazón roto puede seguir latiendo.

Posa sus labios sobre los míos en un beso breve, intenso, apasionado y tierno a la vez. Y me pregunto cómo se pueden mostrar tantas emociones en un gesto tan sencillo. Se separa y la tristeza nos envuelve. Me besa en la

frente y se pone en pie.

—Busca tu felicidad, pequeña.

Y con esas palabras resonando en mis oídos le veo alejarse, mientras deseo con toda el alma que exista un día en que le pueda responder: Mi felicidad eres tú.

Capítulo 37

Paula

Los días pasan como una canción en dos tiempos. Mientras que hay luz me faltan horas para ocuparme de los mil asuntos que debo dejar organizados antes de poder marcharme: detalles que cerrar respecto al viaje, proyectos con fecha de entrega por terminar y las entrevistas para seleccionar a la persona que me sustituirá durante estas semanas en el trabajo.

Las noches, sin embargo, son otra cosa. Se convierten en una lenta sucesión de horas, muchas de las cuales las paso despierta con la mirada perdida en la penumbra, rehén de mis pensamientos. Mi vida lleva el ritmo de la estrofa de Sabina; diecinueve días y quinientas noches y es que todavía no he averiguado cómo sacarme de la cabeza lo que no consigo borrar del corazón.

Trato de ajustarme a mis rutinas. Salgo a correr nada más levantarme, para traer conmigo a la vuelta la calma de las calles apenas amanecidas. Trabajo toda la mañana con la música llenando mi mente de inspiración sin dejar un solo hueco para ningún otro pensamiento. Como con Alicia, cuyo nuevo entretenimiento preferido consiste en buscar planes descabellados para hacer el fin de semana y mantenerme ocupada. Por ahora en su lista figuran: ir a un parque de bolas (sí, los hay para adultos), hacer una *gymkhana* a lo humor amarillo (que también las organizan en el mismo Madrid), acudir a una obra de teatro de improvisación (pero siendo nosotros los actores) y un montón más de ideas demasiado originales por las que todavía no me he dejado convencer. Las tardes las dedico a todas esas cuestiones pendientes que he de solucionar antes de subirme al avión.

Algunas noches voy a cenar a casa de mis padres y Jaime se nos une. Esas reuniones suelen estar llenas de pequeñas conversaciones con mi padre; largas tandas de preguntas sobre mi viaje adornadas de las miradas preocupadas de mi madre, que sufre por pensarme «perdida por el enorme mundo», palabras literales; y risas y bromas compartidas con mi hermano, que creo que me nota triste y se esfuerza por sacarme una sonrisa. Pero sobre

todo están repletas de cariño y amor. Suficiente para que me lleve las reservas repletas y me dure una temporada.

Y sin darme cuenta, me encuentro llenando la bolsa de viaje donde después de meter todas mis pertenencias queda espacio para la ilusión, aunque también hay un bolsillito pequeño que va lleno de tristeza. Con ganas de emprender esta aventura y a la vez pena por saber que de alguna manera simbólica supone una despedida.

No es hasta que piso el reluciente suelo del aeropuerto que la realidad toma consistencia y me aplasta. Tomo conciencia del riesgo que supone viajar sola y las dudas me asaltan por primera vez.

—¿Todo bien, peque?

Jaime se detiene junto a mí frente a los mostradores de facturación. Le miro y mi expresión debe explicarse por sí sola, porque suelta el carro donde van apiladas mis bolsas y me envuelve entre sus brazos. Me aprieta fuerte y yo me aferro a él.

—Vas a disfrutar, a conocer un montón de lugares, a vivir cada instante y luego vas a volver y me lo vas a contar —dice apartándose de su pecho con suavidad.

Asiento secándome una lágrima indiscreta que rueda por mi mejilla, recordando por qué quiero hacer este viaje.

Los indicadores de los cinturones de seguridad se iluminan y me preparo para el despegue. El aparato va cogiendo velocidad y agarro con fuerza el reposabrazos hasta que los nudillos se vuelven blancos. El avión se aleja con rapidez del suelo y en pocos minutos nos deslizamos sobre un manto de nubes blancas. Me relajo en el asiento y me permito pensar en Aitor. Le echo de menos, pero no me puedo conformar con algo a medias, porque quiero querer y que me quieran. Quiero un amor que me llene de sonrisas. Que me haga creer en la magia, porque la vea en sus ojos. Que me deje equivocarme con las manos tendidas por si ha de recogerme. Que no me necesite, pero quiera estar a mi lado. Que permanezca, porque entre todas las opciones posibles me elija a mí, solo a mí.

Capítulo 38

Aitor

Se me disparan las pulsaciones en cuanto la veo cruzar la puerta del portal seguida de su hermano, con una mochila enorme al hombro que le hace parecer mucho más pequeña de lo que es en realidad. Cierro los ojos y siento como si cientos de agujas me estuviesen traspasando el cráneo. El güisqui nunca es una buena decisión.

Sebastián pasa por mi lado y me pone la mano en el hombro. No recuerdo si le he dado las gracias por saber interpretar las señales y aparecer en mi casa antes de que cometiese una estupidez. Si no hubiera sido por él, anoche hubiese acabado bajando la escalera, borracho, para llamar a su puerta. Con seguridad hubiera terminado estropeándolo del todo. Diciendo cosas a las que no les ha llegado el momento de ser dichas.

La observo en la distancia. Recorro cada centímetro de su figura, su pelo, que hoy lleva recogido en una trenza. Trato de adivinar su expresión sin conseguirlo. Se da la vuelta y mira la fachada del edificio. Inclina la cabeza y adivino donde se dirige su mirada. Los latidos de mi corazón se aceleran, retumban en mis oídos con la misma fuerza que si el mundo estuviera estallando en pedazos a mi alrededor.

Miro el cielo que ha amanecido de un gris opresivo, como si supiese que tenía que vestirse acorde a la ocasión, y me froto los ojos. Noto el estómago revuelto y un ardor que me sube por la garganta y no sé si se debe al alcohol o es la repuesta física a su ausencia.

Sus ojos examinan una última vez la calle y entra en el coche. Quiero salir, detenerla, aunque sea solo para sostenerla entre mis brazos un instante. Luego me recuerdo que odio las despedidas. El vehículo inicia la marcha y comienza a alejarse. Me quedo quieto contemplando cómo desaparece en la distancia.

—¿Estás bien? —Sebastián me pone un vaso en la mano—. Bebe.

No discuto y me lo acabo de un trago.

—En el resto no te puedo ayudar, pero al menos esto te aliviará la

resaca. —Me da una palmada en la espalda y se aleja dejándome solo con mis sentimientos.

Tomo aire y dejo de contenerme. Un dolor agudo se abre paso por mi pecho. No me importa, prefiero que duela a no sentir.

Capítulo 39

Paula

Coger aviones, trenes, autobuses, que parecen caerse a cachos, y hasta montar en dromedario.

Respirar.

Pasear por calles de ciudades desconocidas, cruzar desiertos, recorrer pueblos escondidos que conservan intacta su magia.

Disfrutar.

Compartir comida con desconocidos. Dormir en habitaciones de mala muerte. Probar comidas imposibles de catalogar por el aspecto.

Descubrir.

Mirar al cielo para despedirme de un nuevo día, siempre pensando si él se detendrá a mirar también la luna en Madrid.

Amar.

Capítulo 40

Paula

La playa se encuentra desierta y la fina arena blanca cosquillea entre los dedos de mis pies que se hunden con cada paso dibujando un camino cerca de la orilla. Hace rato que ha anochecido, pero la luna redonda y enorme derrama su luz ahuyentando las sombras desde un cielo que aquí parece no tener fin.

Un conjunto de voces apagadas llegan desde el hotel en el que me he alojado estos últimos días. Me alejo buscando un lugar tranquilo donde poder sentarme y disfrutar de un poco de soledad. Esta noche me siento melancólica. Será porque el viaje llega a su fin o quizá por los sentimientos que quise dejar en Madrid y terminé trayendo en la maleta y que hoy se agitan inquietos.

Trato de hacer balance. He disfrutado cada segundo de este viaje, a pesar de los incidentes imprevistos, el cansancio y la soledad que de forma inevitable sientes cuando te alejas de los tuyos, aunque sea por decisión propia. Vuelvo más fuerte, más segura, conociéndome mejor que nunca. Puedo decir que soy feliz, me siento completa. La que se mantiene intacta es la sensación de echarle de menos, pero es una añoranza sana que no tiene que ver con llenar ningún vacío; sino más bien con todo lo bonito que supone compartir las cosas con otra persona que las hace más trascendentes, máspreciadas, mejores. Me pregunto si Aitor será capaz de sentirlo igual alguna vez.

Percibo la presencia de alguien que permanece de pie a mi espalda y alzo la mirada. Lleva las manos dentro de los bolsillos del pantalón y la luna ilumina los perfiles de su rostro. Puedo distinguir la sombra de una barba incipiente que cubre sus mejillas, sus ojos oscuros, los labios que se curvan en una pequeña sonrisa.

—¿Puedo? —me pregunta en español con voz grave y profunda.

Asiento y se deja caer a mi lado sobre la arena. Contemplamos en silencio como las suaves olas peinan la orilla.

—Sé que lo más probable es que me mandes de vuelta por donde he venido, pero aun así voy a arriesgarme ¿Por qué estás aquí tan sola? —me sonrío y pienso que tiene una sonrisa preciosa, auténtica y dulce.

—¿Cuánto tiempo tienes? —Le miro y le devuelvo la sonrisa, pero la tristeza se escapa entre mis labios.

—No tengo prisa, si eso te vale.

Lo estudio con lentitud. Parece sincero. En cualquier otra situación no le confiaría mis pensamientos más profundos a un desconocido, pero ya he dicho que me siento triste o nostálgica o las dos cosas a la vez y me encuentro a diez mil kilómetros de casa. Cojo aire y dejo que mi mirada se pierda en el mar.

—¿Crees en los finales felices? —pregunto y comienzo a hablar dejando que salga todo lo que llevo meses guardando en mi interior.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que las palabras se agotan y siento que ya no hay nada más que contar.

—Y aquí estoy, aburriendo a una pobre alma caritativa que se ha apiadado de la chica solitaria de la playa —concluyo con un suspiro. Escucho su risa suave y le miro tumbado sobre la arena con las manos bajo la nuca. Se ha retirado el flequillo de la cara y me doy cuenta de que es guapo, muy guapo—. ¿Qué hay de ti? ¿No tienes ninguna historia triste que compartir? Me harías sentir mejor después de la conferencia que acabo de darte sobre mi vida.

Se incorpora y se queda sentado a mi lado.

—Me temo que mi historia es de lo más común —sonrío y se encoge de hombros—. Un chico que se va de viaje con unos amigos y se encuentra con la chica más bonita que ha visto nunca. La observa todo el día buscando la ocasión para acercarse y cuando la ve caminar hacia la playa va tras ella esperando tener alguna oportunidad.

Me sonrojo y su mirada busca la mía, segura, sin dudas.

—Puede que esto no vaya a ser una historia de amor épica, pero me gustas. A veces las cosas no tienen por qué ser complicadas.

Le brillan los ojos cuando se inclina para retirarme un mechón suelto que se agita con suavidad a un lado de mi rostro. Desliza el dorso de sus

dedos por la piel de mi cuello y luego los hunde en las ondas de mi pelo. Su pulgar me acaricia la línea de la mandíbula. Percibo la calidez de su piel traspassando la mía y un cosquilleo en el estómago. Es una sensación extraña pero agradable. Se acerca un poco más y no me aparto. Sus labios rozan los míos, los acarician despacio. Siento la suavidad de su piel, su sabor y luego una angustia que me presiona el pecho, porque no son sus labios, ni sus besos, ni su olor, ni la forma en la que me toca, porque por mucho que quiera dejarme llevar y olvidarme de todo, cada célula de mi cuerpo me grita que no es Aitor.

Me separo. Sus ojos recorren mis rasgos y deja caer la mano que todavía mantiene en mi nuca. Su expresión se suaviza.

—Tenía que intentarlo.

—Lo siento. —Desvió la vista avergonzada, las mejillas me arden.

—No pasa nada. Hay cosas que no se pueden controlar. —Se levanta y se sacude la arena. Creo que se va a ir, pero para y baja la vista hacia mí—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Por qué estás aquí?

Le miro confundida sin entender lo que quiere decir.

—Me refiero, a por qué ahora y no hace dos meses o dentro de cuatro.

Me mantengo en silencio, no sé si tengo respuesta para esa pregunta.

—Puede que no me corresponda a mí, pero es gratis y no te hará daño, así que voy a darte un consejo. —Esboza una pequeña sonrisa—. No trates de correr más que tus temores, por más que te alejes siempre te alcanzarán.

Le escucho caminar de vuelta y me quedo a solas con mis pensamientos.

¿Es eso lo que estoy haciendo? Lo veo claro de pronto. Parece que estamos destinados a cometer los mismos errores. Aitor me dejó una vez por no ser lo suficientemente valiente para enfrentarse a sus temores, lo mismo que he hecho yo: aferrarme a lo ocurrido en el pasado para no enfrentarme a los miedos que plantea el presente. Y mi mayor miedo radica en que no sea capaz de elegirme a mí. Sin embargo, me doy cuenta de que yo ya hice mi elección hace mucho tiempo y al alejarme lo único que puedo obtener es distancia, sin embargo, donde existe una opción hay esperanza.

Inspiro con fuerza hasta que el aire llena el último rincón de mis pulmones y luego exhalo con lentitud. Una sonrisa se dibuja en mis labios

mientras le anuncio a la luna que vuelvo a casa.

Capítulo 41

Paula

El taxi se detiene frente al portal. Es noche cerrada y la calle se encuentra desierta. Miro a través de la ventanilla y observo la fachada del edificio. Las luces de las farolas se reflejan en los cristales oscurecidos de la primera planta. Deslizo la vista un poco más arriba y me parece distinguir unos maceteros tras los barrotes de forja de los balcones de mi casa. Esbozo una sonrisa e imagino que son obra de mi madre. Los contemplo durante un rato, hasta que reúno el valor suficiente para llegar hasta la última planta.

La oscuridad es total en el interior de la vivienda. Clavo los ojos en las puertas de madera con intensidad, como si solo con desearlo pudiera ver lo que ocurre en su interior. Han sido semanas de preguntarme si este tiempo que nos impuse fue lo correcto, si fue la prudencia o el miedo el que habló por mí aquel día. Demasiadas dudas para las que creo que ahora tengo una respuesta, aunque tampoco importa, en realidad, pues el pasado no se puede cambiar.

Suspiro y abro la puerta del taxi. El conductor baja conmigo y descarga la enorme y polvorienta mochila que me ha acompañado durante mi periplo y un par de bolsas más que han terminado llenas con la poca ropa limpia que traigo y una buena cantidad de regalos. El amable hombre, al verme tan cargada, me ofrece su ayuda para subir todos los bultos, pero declino la oferta con una sonrisa. Si algo he descubierto durante este viaje es que soy mucho más fuerte de lo que creía, a todos los niveles.

Lo primero que me sorprende al entrar en el apartamento es su olor, ese aroma característico que le indica a mi cerebro que he llegado a casa, y una sensación de bienestar me invade de manera automática. Luego enciendo las luces y resulta extraño, porque parece que el tiempo no hubiera pasado. Todo está igual que lo dejé, diría que incluso más limpio y la imagen de mi madre vuelve a hacer acto de presencia en mi cabeza.

Descargo el equipaje sobre el suelo del salón. Después de veintitantas horas de vuelos, trasbordos y esperas necesito una ducha de manera urgente;

me duele hasta el último músculo del cuerpo y siento como si una segunda piel de polvo y sudor me envolviese.

Me deleito bajo el agua caliente y una vez limpia y vestida con ropa cómoda mi estómago toma el protagonismo, recordándome con un sonoro rugido que apenas he ingerido nada que se pueda considerar comida de verdad en el último día. Abro la nevera con la intención de coger una botella de agua, mientras trato de decidir si pedir algo de comida a domicilio o despachar cualquier precocinado que haya en la despensa, y me quedo clavada en el sitio al descubrir que también se han encargado de hacer la compra por mí y el frigorífico se encuentra lleno hasta los topes. Estallo en carcajadas, a la vez que me debato entre tener una conversación con mi madre acerca de los límites o comérmela a besos. Al final, opto por lo segundo, pero tendrá que esperar hasta el día siguiente.

La energía que me queda no me da para más que tomarme un par de piezas de fruta e irme a la cama. Mi reloj interno no entiende de *jet lag* ni nada parecido, mi cuerpo se ha acostumbrado a dormir en cualquier lugar y manera cuando fuese necesario. No obstante, mis músculos se relajan agradecidos y no puedo evitar un suspiro de satisfacción al tumbarme en mi cama, con su mullida almohada y las suaves sábanas que huelen todavía a suavizante para la ropa.

Siento el agotamiento en cada centímetro de mi cuerpo y a la vez la inquietud que serpentea en mi estómago no me permite conciliar el sueño, porque solo puedo pensar en unos ojos oscuros y la sonrisa que consigue iluminarlos. Mañana, me digo. Mañana.

Me despierto un tanto desubicada y me cuesta unos instantes recordar que estoy de vuelta en Madrid, en casa. Me estiro recreándome en la forma en la que el colchón abraza mi cuerpo y miro el sol que entra a raudales por la ventana. Mi primer pensamiento va a parar a Aitor y las ganas que tengo de verle, que van creciendo por momentos solo al pensar que ya no hay medio planeta que nos separe.

Según el reloj que descansa sobre mi mesilla he dormido hasta medio día. Me levanto y antes de vestirme voy a la cocina a prepararme un café, necesito sacudirme los restos de sueño que todavía me acompañan. Necesito

estar despejada para subir ese tramo de escaleras.

A pesar de que Aitor no ha abandonado mis pensamientos ni un minuto desde que me marché de aquella playa, a medida que se acerca el momento del reencuentro el anhelo va cediendo una parte al miedo. Miedo a que no sienta lo mismo que yo, a que el vínculo que nos unía se haya disuelto en la distancia, miedo a que las circunstancias hayan vencido a las emociones. Planto las manos a ambos lados del aparador que decora la entrada y respiro hondo. La valentía consiste en enfrentarse al miedo y no quiero mirar a otro lado por temor a las consecuencias.

Las manos me tiemblan y siento nauseas en la boca del estómago cuando me detengo ante su puerta, pero ninguna de esas sensaciones consigue sofocar la emoción que me palpita en el pecho. Llamo con los nudillos y espero. Tras unos segundos vuelvo a hacerlo con el puño cerrado. Me paso la trenza por encima del hombro y me coloco el escote barco de la camiseta. No sé qué hacer con las manos y termino enlazándolas delante de mí. Los segundos pasan y no se escucha ruido al otro lado. Ni siquiera me había planteado la opción de que no se encontrara en casa, pero a medida que transcurren los minutos tengo que rendirme a la evidencia.

Me quedo sin fuerza, la decepción y la sorpresa la consumen de un solo golpe. Siento una lágrima correr por mi mejilla y me la seco de un manotazo, furiosa por lo exagerado de mi reacción. Bajo a casa, cojo el bolso y vuelvo a salir, esta vez en dirección a la calle.

—¡Paula!

El grito de Alicia resuena en el rellano y se pierde escalera abajo. Nos fundimos en un largo abrazo que revela lo mucho que nos hemos echado de menos. Mi mejor amiga. Mi hermana. Nos separamos, doy un paso atrás y la examino emocionada.

—¡Madre mía! —Le acaricio la abultada barriga y noto un movimiento bajo mi mano—. ¿Eso es...?

—Aja, una patada —dice sonriente—. Celia se alegra de que su tía esté de vuelta.

—¿Celia? Entonces es una niña.

—Claro, ¿acaso lo dudabas?

—Siempre se tiene que salir con la suya, ya la conoces. —Un sonriente Sebastián aparece por detrás de Alicia y me envuelve entre sus brazos a la vez que deja un beso cálido en mi mejilla—. Bienvenida, preciosa.

—¿Desde cuándo lo sabéis? ¿Por qué no me dijisteis nada?

—Era una sorpresa.

Alicia cierra la puerta y nos encaminamos a la cocina. Cuelgo el bolso del respaldo de uno de los taburetes que se alinean frente a la preciosa barra de Silestone negro y me siento.

—¿Estaba preparando pasta? ¿Te quedas a comer? —Sebastián abre la nevera, saca una botella de vino blanco y me sirve una copa.

—Ya sabes que no suelo beber.

—Sí, pero hoy es una ocasión especial. —Se acerca a Alicia y le da una copa llena de agua con gas y una rodaja de limón—. Por los reencuentros.

Alzamos las copas y las hacemos chocar con suavidad.

—Por los reencuentros —repetimos al unísono y luego bebemos.

—¿Cuándo has vuelto? —Sebastián comienza a sacar los platos del armario y me acerco a ayudarlo.

—Anoche. Solo se lo dije a Jaime, el vuelo llegaba de madrugada y no quería que tuvieseis que estar pendientes —explico. No revelo toda la verdad y tampoco tienen por qué saberla. Lo que no cuento es que necesitaba algo de tiempo para adaptarme y concienciarme de lo que conllevaba la vuelta. Coloco los platos y luego abro el cajón de los cubiertos.

—Sebastián hubiera ido encantado —dice Alicia cuando pasa por su espalda camino del frigorífico. Su mano le acaricia el trasero y él le guiña un ojo.

El gesto me pilla desprevenida y tengo que disimular una carcajada. Me he perdido su evolución como pareja y me resulta chocante verlos en actitud cariñosa. La felicidad se percibe a distancia y eso me hace sonreír como a una tonta.

—Somos un asco de amigos, cielo.

—Es cierto, yo hubiera ido a recogerte encantado, Paula.

—No sois ningún asco —aseguro—, y fui yo la que no quise molestar a nadie. Si me he movido sola por la otra punta del planeta creo que puedo

coger un taxi en el aeropuerto —les digo con cariño.

Sebastián me coloca delante un plato hondo repleto de pasta. Aspiro el delicioso olor y cierro los ojos con placer.

—¿Tienes hambre?

—Mucha —confieso.

—Pues no esperes, que se enfría. —Se gira, termina de servir los demás platos y se sienta.

—Bueno, ponnos al día. Tendrás un millón de cosas que contar —dice Alicia, tras darle las gracias a Sebastián que se sienta a su lado.

—En realidad, sí. Ha sido increíble. —Enrollo en el tenedor una porción de espaguetis—. Hum..., buenísimos —farfullo con la boca llena.

—Te pondré los que sobren para llevar —ríe Sebastián.

—Eso y a mí que me den —se queja Alicia.

—No la hagas caso, son las hormonas las que hablan por ella. Cuando hay comida de por medio se vuelve peligrosa —me advierte bajando la voz.

—Te he oído —replica Alicia.

—Lo sé, cariño, lo sé —asegura con media sonrisa. Se incorpora, besa los labios de mi prima y se vuelve a sentar.

Los miro encantada y con un punto de envidia.

—Tengo un millón de fotos que enseñaros y... ¡regalos!

—¡Regalos! —Alicia palmea como una cría.

—Pero no los he traído. —No explico que he salido tan rápido huyendo de la decepción que los he olvidado—. Mejor venís a casa cuando querías y os lo enseño todo.

Carraspeo un poco y cuando mis labios van a pronunciar el nombre de Aitor, me acobardo y formulo otra pregunta menos directa, pero que espero que me lleve al mismo resultado.

—Y por aquí, ¿cómo va todo? ¿Me he perdido algo interesante?

Mis amigos cruzan una mirada silenciosa que no sé muy bien cómo debo interpretar y consigue infundirme cierta desazón.

—En realidad no —dice Sebastián—. O bueno, quizá sí —sonríe—. Llevo semanas tratando de convencer a tu prima de que se mude conmigo. Mi piso es más grande y la zona más tranquila. A ver si ahora que has vuelto

consigues hacerla entrar en razón, porque es más terca que una mula.

Alicia pone los ojos en blanco y hace un gesto que interpreto como «déjalo, pobre iluso». No consigo contener la carcajada.

Pasamos el resto de la tarde charlando sobre mi viaje. Los países que he visitado. Las diferentes culturas. Las personas que he conocido. Me acribillan a preguntas y consigo distraerme de los oscuros pensamientos llenos de posibilidades que hasta ahora había tratado de mantener bloqueados en un rincón apartado de mi mente. Sin embargo, una vez que me voy acercando de nuevo a mi calle todo tipo de ideas se enredan dentro de mi cabeza y la ansiedad no me deja respirar.

Entro en el ascensor y pulso el botón correspondiente a la última planta sintiendo cómo mi corazón se encoge a cada tramo del ascenso. Tengo la puerta delante de mí, la miro durante un tiempo que no soy capaz de precisar, hasta que extendiendo el brazo y golpeo la madera.

Dos toques suaves son suficientes esta vez para que escuche pasos en el interior y, un instante después, las llaves girando en la cerradura. El pulso me late en los oídos y me tiembla todo el cuerpo. Quiero sonreír, pero lo máximo que consigo es una mueca en mis labios tirantes. Noto los ojos vidriosos de puro anhelo por volver a verle.

La puerta se abre y alzo la mirada. Pierdo pie, el mundo gira a mi alrededor y me cuesta respirar.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

La voz amable de la mujer me llega entre la neblina que embota mi cerebro. Parpadeo y enfoco la vista. Sus ojos avellana me miran con amabilidad. Sus dedos empujan un mechón de pelo castaño y lo recogen tras su oreja.

—No había quedado con nadie. ¿Vienes a ver el piso?

Siento como si ardiera por dentro. Todo el cuerpo me quema.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... No...Yo... —Hago un esfuerzo por ordenar las palabras—. Me he equivocado. —Consigo pronunciarlas escasas palabras con voz firme y escapo escaleras abajo, sin importarme nada más que escapar de la desilusión y el dolor. Sin importarme que los pedazos de mi corazón queden esparcidos

en el suelo del edificio.

Capítulo 42

Paula

—Paula, ¿estás bien? —Es la cuarta vez que mi madre me lo pregunta.

—Claro, mamá. —Dibujó una sonrisa que no siento y acaricio su mano —. Solo estoy cansada, debe ser por el cambio horario.

Me observa con la misma mirada penetrante que lleva usando desde que entré en la adolescencia y frunce los labios.

—Deberías marcharte y descansar. Las ojeras te van a llegar al suelo — advierte mientras termina de retirar los últimos platos de la mesa.

Sé que tiene razón, no he dormido en toda la noche buscando exóticas explicaciones a lo obvio y luchando contra el sentimiento de pérdida que amenaza con derrumbarme. No voy a engañarme y culparme por haberme alejado. Tampoco le culpo a él. La distancia y el tiempo nos han mostrado que hay barreras que son infranqueables. No obstante, siento que nos debemos una última conversación. La posibilidad de decirnos adiós y cerrar cicatrices. Dejar el pasado atrás y hacer espacio para lo nuevo que venga. Suena sencillo así planteado, sin embargo, sé que no va a ser fácil y también sé que lo conseguiré, porque la vida sigue y yo quiero querer y que me quieran, mucho y bien, con ganas, dejarme la piel y entregarlo todo, porque elija hacerlo.

Me despido de mis padres y me monto en el coche con la intención de volver a casa. La música suena en la radio y el sol que penetra a través de los cristales me calienta la piel. Entro en las calles más céntricas de la ciudad y siguiendo un impulso me desvíó de mi camino, necesito aislarme durante un rato de la realidad y no se me ocurre mejor lugar.

Aparco en el primer hueco libre que encuentro y recorro la distancia que me separa de mi destino. El día ha amanecido excepcionalmente cálido para el mes de abril y la camiseta marinera de manga francesa y los delgados pantalones de algodón resultan demasiado abrigados y se pegan a mi piel. Cruzo cerca de las cuatro estructuras de piedra que conforman el Templo de Debod y me adentro en el remanso de naturaleza y paz que conforma el

Parque del Oeste.

Vago por los senderos sin un rumbo concreto disfrutando del colorido y los aromas que la primavera muestra sin recato. Hasta que llego al pequeño recodo algo más apartado que oculta un banco de piedra. Me detengo, casi percibo la fuerza de su presencia. Recuerdo la sensación que me invadió cuando le vi allí sentado perdido en su mundo de dolor y sombras. La atracción, el instinto de protección. Quise confortarle, ayudarle; creo que desde ese instante deseé formar parte de su vida.

Me siento y dejo la mente en blanco. Pierdo la noción del tiempo y no sé cuánto llevo aislada de la realidad cuando escucho una voz grave y profunda.

—¿Vienes mucho por aquí?

Mi corazón se lanza a una carrera frenética. Cierro los ojos y mis dedos se curvan con fuerza en los bordes de piedra. Me permito unos segundos de debilidad antes de recuperar la compostura y esconder mis sentimientos bajo una falsa capa de serenidad. Aitor rodea el banco y se sienta a mi lado, tan cerca que su mano se roza con la mía. Me muero por girar la cara y mirarle después de tantas noches teniéndole solo en mis sueños, pero me da miedo que mi cuerpo me traicione y se desborden las lágrimas que lucho por contener.

—¿Nos conocemos? Me resultas muy familiar —insiste.

Tengo que hacer o decir algo. Respiro y alzo el rostro para encontrarme con su mirada. Me observa con intensidad y cuando nuestros ojos se encuentran sus labios se elevan con lentitud en una sonrisa tierna que llena de calidez sus pupilas. La misma que antes hacía volar las mariposas en mi interior y ahora deja mi corazón hecho jirones.

—Veo que mi técnica sigue sin dar resultado. —Ensancha la sonrisa y las arrugas alrededor de sus ojos se acentúan.

—Eso es porque sigue estando anticuada. —Me cuesta un mundo hacer que las palabras salgan burlando el nudo que me oprime la garganta. Un parque. La lluvia. La música sonando en su coche. Una playa. Su piel y la mía. Una azotea en Lavapiés. Sus besos. No sé si voy a poder hacerlo sin resquebrajarme ante sus ojos.

Inclina la cabeza y se frota el vello crecido de varios días que le cubre la

cara, ya no lleva barba, pero todavía puedo recordar su tacto suave sobre mi piel.

—Has vuelto. —Hace una pausa—. No esperaba que nos viésemos aquí después de tanto tiempo. Aunque en nuestro caso tiene sentido.

Me parece detectar cierto tono de tristeza en su voz. Nos quedamos callados. Jugueteo a hacer dibujos en la arena con los pies hasta que Aitor rompe el silencio de nuevo.

—¿Encontraste lo que fuiste a buscar? —Usa un tono tranquilo y su expresión es reservada.

—Sí, lo hice.

Y ahora ya no importa.

—Bien. —Su gesto se suaviza y esboza una pequeña sonrisa—. Por cierto, estás preciosa.

Su mirada parece acariciarme la piel. Me duele y siento el impulso de salir corriendo.

—No puedo quedarme... —Hago el amago de levantarme y la mano de Aitor cubre la mía. Me detengo, notando cómo su calor se extiende por mi piel.

—Tengo que contarte una cosa, pero antes me gustaría enseñarte algo. —Busca mis ojos y leo la súplica en sus iris brillantes.

Me recuerdo que nos debemos esa conversación y que por mucho que ahora duela, se merece ser feliz de la forma que elija, aunque sea sin mí, no le deseo otra cosa, así que asiento.

Nos ponemos en pie y recorremos la distancia hasta la salida en silencio. Aitor lleva las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros desgastados y yo camino encogida con los ojos fijos en el suelo. A pesar de ello, cada pocos pasos puedo notar su mirada sobre mí.

Abandonamos el recinto del parque y comenzamos a alejarnos.

—He traído el coche.

—Si no te importa prefiero que demos un paseo. Si quieres luego te puedo acompañar a recogerlo. —Aguarda a que de mi consentimiento y seguimos avanzando—. Esperaba que me llamasas. —Me mira desde debajo de sus pestañas y se revuelve el pelo que ahora lleva más largo.

—Sí, pensaba hacerlo.

No tiene ningún sentido explicarle que cuando regresé la única idea que ocupaba mi mente era correr a su lado, pero que al hacerlo ya no me estaba esperando.

—¿Cuándo?

Me encojo de hombros. ¿Qué más da? No quiero alargarlo. No quiero conversar ni pasear como buenos amigos. Quiero que se acabe ya. Aitor nota mi malestar y alza la mano para tocarme, pero me aparto. Estoy a punto de derrumbarme y su caricia solo lo empeoraría.

—Paula... —Lo pronuncia con angustia. Me mira, se humedece los labios y sé que lo que viene a continuación me va a doler.

Capítulo 43

Aitor

Alargo la mano y se encoge como si la hubiese golpeado. Su reacción causa el mismo efecto en mí. Puedo percibir su tensión y me produce casi un dolor físico. Lo peor, no sé qué puedo hacer para que desaparezca. He soñado con este momento decenas de veces, pero nunca pensé que se convertiría en una de mis pesadillas. Cuando Sebastián me ha llamado para decirme que había vuelto he salido corriendo a buscarla. Solo he parado en el parque para calmarme y ordenar mis ideas.

Trago saliva y decido llegar hasta el final. Puede que las cosas hayan cambiado entre nosotros, no obstante, necesito explicarme, no dejar nada guardado en mi interior.

Caminamos unos minutos más y me detengo delante de un portal. Paula se gira extrañada y estudia el edificio, que se encuentra a solo unas pocas calles de su casa. El corazón me late desenfrenado cuando saco el juego de llaves que llevo sosteniendo dentro de mi mano como un amuleto desde que hemos salido del parque y le pido paciencia con la mirada.

El ascensor es grande, pero se encuentra tan lleno de cosas por decir que resulta agobiante. La llave tiembla en mi mano cuando la introduzco en la cerradura y la giro. Me doy la vuelta con la palma extendida hacia arriba.

—Confía en mí.

La veo dudar. Aprieta los labios. Sus ojos brillan demasiado, como si estuviese reteniendo las lágrimas y su piel ha perdido todo el color.

—Confía en mí —repito enlazando mis ojos con los suyos, sin máscaras ni escudos, con el alma al aire y las cicatrices visibles.

Me agarra la mano y cruzamos juntos el umbral. La luz entra a raudales por los ventanales y llena de claridad la estancia. No hay muebles, solo el suelo y las paredes desnudas.

Me vuelvo y entrelazo sus dedos con los míos.

—¿Sabes lo que veo cuando miro esta casa?

Paula me escucha con los ojos muy abiertos.

—Te veo a ti. Dibujando concentrada frente al ventanal, porque allí la luz es mejor. Sentada en el sofá sin parar de hablar mientras miramos una película, porque te mueres de miedo aunque no quieras reconocerlo. Tomando café en la cocina con uno de tus ridículos pijamas llenos de animales y el pelo recogido sobre la cabeza. Desnuda entre las sábanas con la piel brillante y la respiración agitada. ¿Sabes que más veo? A mí, compartiendo cada momento contigo. —Hago una pausa para infundirme valor—. Paula, tú eres lo único que veo cuando te miro. Te lo podía haber dicho aquel día en tu piso. Pero no creo que hubiera servido de mucho. Te ibas a ir de todas formas. Las promesas son solo palabras que adornan un futuro incierto y yo no quería darte eso. La vida cambia en un instante, ambos lo sabemos bien, y no sé si puedo ofrecerte ese futuro, después de todo, ¿quién lo sabe? Pero quiero darte mi presente que es todo lo que tengo, todo lo que soy. Construirlo día a día contigo.

Concluyo y tomo aire. La miro a los ojos tratando de leer su reacción.

—¿Qué dices? —pregunto, sintiéndome frágil y, por qué no reconocerlo, asustado. Ilusionado y vivo.

Por primera vez no soy capaz de interpretar su expresión.

—Yo... —Respira con fuerza, pero antes de que continúe la interrumpo.

—Espera. —Me paso las manos por el pelo, nervioso—. Quería decirte tantas cosas. He repetido el discurso mil veces en mi cabeza y al final creo que me he olvidado de la mitad. De la mitad y de lo más importante que es decirte que te quiero. Te quiero, Paula. Desde mucho antes de que me atreviese a aceptarlo. Te quiero, porque a pesar de ver lo peor de mí me tendiste la mano; porque estuviste a mi lado incluso cuando no me lo merecía; porque me hiciste ver que los errores y los miedos forman parte de las personas y hay que aprender a perdonarlos; porque me has enseñado que hay abrazos que curan y cuando avanzo cogido de tu mano la vida es más brillante y la oscuridad pierde intensidad; porque me haces ser mejor persona, con menos miedos y más ganas. Y, sobre todo, te quiero porque un latido tuyo es suficiente para hacer girar mi mundo.

El silencio se espesa y el sentimiento de derrota avanza abriéndose camino en mi interior.

—Puede que sea tarde y que ya no valga de nada, pero quería que lo supieras. —Aprieto las llaves en mi mano—. Si quieres puedo acompañarte a recoger el coche.

Me mira. Da un paso hacia a mí y se echa en mis brazos aferrándose con tanta fuerza como si fuese un salvavidas y ella un náufrago en medio del océano.

Capítulo 44

Paula

Te quiero. Dos palabras, en apariencia algo sencillo. Lo difícil no suele ser decir las, sino demostrar que son de verdad. Y no hay más verdad que la que puedo ver en cada centímetro de este piso y lo que supone que nos encontremos aquí ahora.

Aspiro su olor, me recreo en el calor de su cuerpo firme sujetando el mío y pienso que no quiero separarme nunca más de él. Sus manos se deslizan a lo largo de mis brazos y luego suben hasta enmarcarme el rostro, me sujetan con suavidad, aunque con firmeza como si temiese que me fuese a desvanecer. Nuestras bocas se acarician y cada milímetro de mi piel cobra vida. Nos besamos despacio, deleitándonos en cada roce, como si quisiéramos suplir con la intensidad la cantidad de besos que nos hemos perdido.

Los movimientos se vuelven más lentos y nuestros labios se separan. Aitor apoya su frente contra la mía y suspira.

—Dime que esto no ha sido una despedida —murmura, su aliento mezclándose con el mío.

Muevo la cabeza en señal de negación y coloco mi palma abierta sobre su mejilla.

—No, solo es un te quiero.

Baja los párpados, solo un instante, y cuando me vuelve a mirar sus ojos brillan más que nunca, sin rastro de oscuridad en su interior. Nuestros labios se vuelven a unir y se acarician con suavidad, casi con timidez, reconociéndose en un beso familiar, pero con sabor a primera vez. Su mano se desliza por mi espalda y presiona hasta que no hay espacio entre nuestros cuerpos. Me levanta y mis piernas rodean su cintura. Caminamos sin separar nuestras bocas hasta llegar a la habitación que se encuentra tan vacía como el resto del piso salvo por una enorme cama.

Le miro y arqueo una ceja.

—Llámalo esperanza.

Me rio contra sus labios y volvemos a besarnos. Todo desaparece y el mundo se reduce a este momento, en este lugar donde el pasado no duele y el futuro no asusta, porque hemos elegido el ahora. Un presente lleno de un amor que cura las heridas y ahuyenta las sombras y consigue que incluso los pedazos de un corazón roto puedan latir con más fuerza que antes.

Epílogo

Aitor

Hay instantes que te cambian para siempre, un segundo, el corto espacio de tiempo que tarda tu corazón en bombear la sangre a todo tu cuerpo y al latido siguiente todo es diferente. Te revelas ante la crueldad de una vida que te parece injusta y te aferras al dolor creyendo que es lo único que te queda.

Recuerdo esos días de oscuridad, una sucesión interminable de horas teñidas de sufrimiento e incomprensión. Las cicatrices que crearon ahora forman parte de mí, son una parte más de mi alma, de mi ser, de todo lo que soy, porque estamos hechos de experiencias, de momentos, de recuerdos.

Hay personas que cambian tu vida para siempre. Que iluminan las sombras con su sonrisa, recomponen tu corazón roto a base de abrazos y con cada beso que te dan curan tu alma herida. Te demuestran que la felicidad es una cuestión de actitud, que las segundas oportunidades existen y que los finales felices no son solo cosa de cuentos de hadas. Te devuelven la esperanza y la capacidad de soñar. Y esos sueños también pasan a formar parte de tu ser, porque estamos hechos de pasión, de ilusión, de deseos.

A veces la vida duele, pero siempre hay un motivo para seguir adelante. Caer es lícito y levantarse obligatorio. Paula y yo lo sabemos bien. El amor también ayuda. En los momentos felices nos recordamos el uno al otro que nos amamos y cuando hay días difíciles lo hacemos mucho más.

La casa está en calma cuando llego. Las cortinas descorridas del salón dejan entrar la luz a raudales. Sobre la mesa un bloc de dibujo y varios lapiceros. Voy al frigorífico y saco una cerveza. Mientras le doy el primer trago recorro con la mirada la cantidad de objetos pagados a la puerta como un mural de nuestra vida. Aquella primera fotografía que tomé en la calle, frente al museo Thyssen, donde ya se palpaba el amor. Las entradas de La, La, Land, que guarde en un impulso y aparecieron en una de las cajas tras la mudanza. Un posavasos de aquel bar clandestino. Más fotos: de la fiesta de inauguración que dimos en este piso, de nuestros viajes, del primer cumpleaños de nuestra ahijada, Celia. Y repartidos entre todo ellos decenas

de *post it* con frases de películas:

«Te quiero cuando después de pasar el día contigo mi ropa huele a tu perfume y quiero que seas tú la última persona con la que hable antes de dormirme»

«Tápate los oídos fuerte, fuerte, fuerte, muy fuerte. ¿Oyes lo mucho que te quiero?».

«No eres perfecto amigo. Y voy a ahorrarte el suspense. La chica que conociste tampoco es perfecta. Lo único que importa es si son perfectos como pareja».

Escucho el inconfundible sonido de las patas de Canela al acercarse. Un segundo después su hocico se frota contra mi pierna.

—¿Qué pasa chica? ¿Quieres mimos? —Levanto al cachorro del suelo y lo acaricio mientras me da la bienvenida a su peculiar y, un tanto húmeda, manera—. ¿Dónde está tu dueña? —La perra mueve el rabo y la dejo en el suelo de nuevo.

Sigo su alegre trote por el pasillo hasta que la veo girar en una de las habitaciones y desaparecer. Me detengo en el umbral y me delito contemplando la imagen que se desarrolla ante mis ojos. Me pregunto cómo es posible que cada día la ame más. Mi presencia no pasa desapercibida durante demasiado tiempo, es como si nuestros cuerpos reconociesen la cercanía del otro de una forma que no soy capaz de explicar. Paula levanta la vista y me sonrío con dulzura. Dios, creo que nunca le he visto tan bella como en este momento. Me acerco y me siento con cuidado en el brazo de la mecedora.

—Se ha quedado dormida.

Miro al precioso bebé que descansa plácidamente seguro entre los brazos de su madre, con su pequeña boca rosada fruncida alrededor de su pecho desnudo. Las contemplo largo rato, luego me inclino y con suavidad beso su delicada cabecita.

—¿Estáis bien?

—Estamos bien. —Paula alza el rostro y la beso en los labios. Suspira contra mi boca y sonrío.

Cojo a mi pequeña entre los brazos y con cuidado de no despertarla la

coloco en su cuna.

Luego levanto a su madre y la tumbo en la cama. Me quito la camisa y me acurruco a su lado todavía vestido con los vaqueros y una camiseta de manga corta.

—Os he echado de menos.

—Y nosotras a ti. Yo la que más de las dos. —Desliza su mano juguetona por la cintura de mi pantalón desabrochándolo. Luego agarra la parte inferior de mi camiseta y tira de ella para quitármela. Me incorporo un poco y la ayudo antes de que mis labios asalten los suyos en un beso lleno de necesidad. Lo que supone tener un bebé en casa es que queda poco tiempo para las cosas de adultos.

Hundo mi nariz en su cuello y aspiro su olor. Voy desabotonando la camisola hasta dejar sus pechos plenos y expuestos. Me deshago del sujetador y los beso con delicadez. Uno primero, el otro después. Luego mis labios se posan en la fina línea que recorre su torso, alzo la cabeza y la miro a los ojos, antes de posar mis labios sobre ella y recorrerla a besos. Se ha convertido en un gesto de intimidad que nos recuerda que la vida siempre tiene una cara dulce que compensa lo amargo que nos entrega y yo me siento afortunado por poder disfrutarla.

Terminamos de desnudarnos con urgencia. Me coloco sobre ella y la beso con todo lo que siento en mi corazón. Me deslizo en su interior y nos miramos a los ojos.

—Te quiero —me dice.

—Te quiero —respondo, beso su corazón y siento que un latido suyo sigue siendo suficiente para hacer girar mi mundo.

FIN

Agradecimientos

Cierro un proyecto nuevo y llega el momento de hacer balance. Cada libro es una aventura y cada palabra que escribo en él, para mí, supone una parte de mi plan personal de aprendizaje, no solo a nivel técnico (refirámonos así a la parte literaria) sino a nivel vital. La idea de la que partió la historia de Paula y Aitor llevaba tiempo dando vueltas en mi cabeza, esperando el momento adecuado para ser contada. La empecé con mucho cariño e ilusión y ha terminado significando mucho más de lo que esperaba.

El año durante el que le he dado vida a esta bilogía ha sido un año duro a nivel personal y a medida que los acontecimientos se precipitaban en mi día a día, cada vez tomaba más importancia para mí mostrar estas dos caras de una misma moneda, que es la vida, encarnadas en sus dos protagonistas principales. El dolor y la desesperanza de Aitor contrapuesto con la ilusión por vivir y la superación de Paula. A pesar de que cuando comencé a escribir me resultó más fácil empatizar con el sufrimiento de Aitor, quiero pensar que una vez escrita la palabra «FIN» es el espíritu de Paula el que se queda conmigo. No quiero que el ritmo diario me arrastre y me haga olvidar las cosas importantes; quiero disfrutar y atesorar los pequeños momentos para poder llevarlos siempre conmigo; quiero más risas que llantos y aunque el dolor a veces sea inevitable elijo no aferrarme a ese sufrimiento; quiero querer y que me quieran mucho y bien; y por encima de todo quiero vivir, no buscando la felicidad, sino encontrándola en cada pequeño «instante perfecto de cada día», porque en todos mis días hay algo que por sencillo que sea logra sacarme una sonrisa y hacerme sentir feliz.

Dicho esto quiero dar las gracias a todas las personas que me acompañan en este camino. Los primeros, como siempre, mi familia y amigos que me animan, apoyan y siempre digo que son mis mejores *managers*. Y en especial a mis dos chicos, que aguantan mis dudas, mis agobios y me permiten que les robe un poquito de nuestro tiempo de familia para dedicarlo a mis letras.

A mi editorial, Ediciones Kiwi, en particular a Teresa, mi editora, que sigue apostando por mí a pesar de sustos e imprevistos de última hora. Y a Borja que le sigue poniendo cara a mis historias con sus preciosas portadas.

A todas las personas que me siguen, me animan y dan difusión a mi trabajo en redes sociales. Gracias por vuestro apoyo, por los comentarios y todo ese inmenso cariño. Sois enormes.

Y por último a ti que estás leyendo estas palabras. Gracias desde el corazón por darle vida a mis historias, como digo siempre, sin tu ayuda solo serían letras sobre un papel. Un millón de gracias.